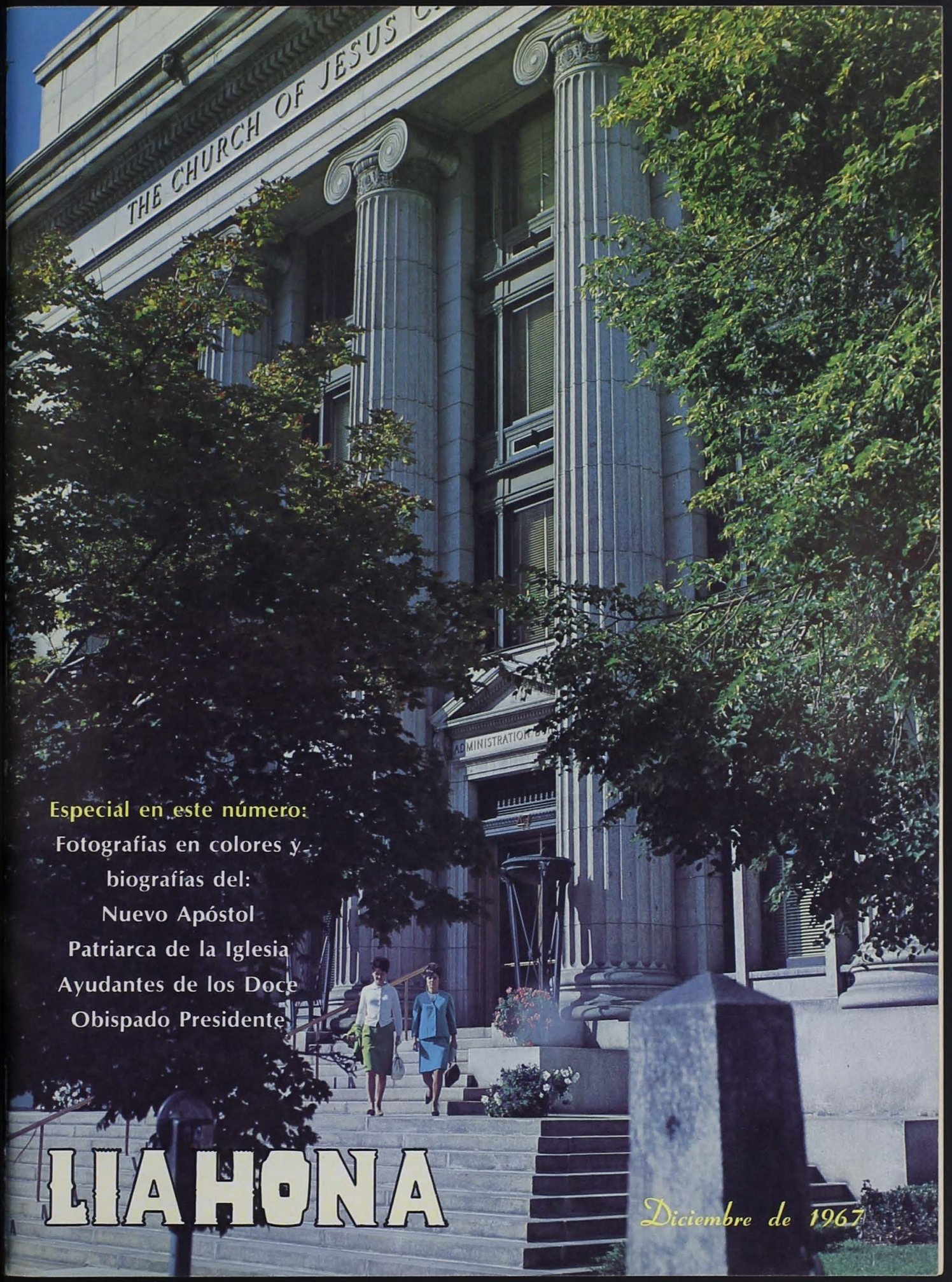


Especial en este número:
Fotografías en colores y
biografías del:
Nuevo Apóstol
Patriarca de la Iglesia
Ayudantes de los Doce
Obispado Presidente

LIAHONA

Diciembre de 1967

Un mensaje de

Harold B. Lee

DEL CONSEJO DE LOS DOCE

SE ve a menudo en la actualidad a hombres y mujeres que viven tan apartados de las cosas espirituales, que cuando el Señor les habla a sus oídos y mentes con sonidos audibles, o por medio de sus siervos autorizados, quienes, al ser dirigidos por el Espíritu, son como su voz, sólo escuchan un ruido, como lo hicieron en Jerusalén. En igual manera no reciben sabiduría inspirada, ni seguridad interior, de que la mente del Señor ha hablado por medio de sus profetas.

Los profetas de la antigüedad aprendieron, como todos deben saber, cómo comunicarse con Dios por medio de la oración, hablar con él y recibir respuesta en Su manera. Conocer a Dios y a Jesucristo a quien él ha enviado (Juan 17:3), tal como Jesús enseñó a los discípulos, es el comienzo seguro en la senda que conduce a la vida eterna en la presencia de estos seres glorificados.

EN ESTE NUMERO

PAZ, BUENA VOLUNTAD Y VIDA ETERNA 349
David O. McKay

UNA CONFERENCIA EXTRAORDINARIA 350
Henry A. Smith

LA UNIDAD ES IMPORTANTE PARA LA OBRA DE DIOS 352
David O. McKay

EL PERFIL DE UN PROFETA 357
Hugh B. Brown

LA VIDA TIENE SEMAFOROS 360
Alvin R. Dyer

SIERVOS EN EL REINO DE DIOS 362
The Improvement Era

FOTOGRAFIAS EN COLORES Y BIOGRAFIAS DE LAS AUTORIDADES GENERALES DE LA IGLESIA

LA SECCION DE LOS NIÑOS ..... A-H
The Children's Friend

EL PODER DE LA ORACION 364
N. Eldon Tanner

UNA CANCION PARA NAVIDAD 368
Reed Blake

LA PAGINA DE LA ESCUELA DOMINICAL 370
The Instructor

AQUELLOS QUE AMAN MAS 372
Sue Smart

OMIE 374
Lowell M. Durham

SALUDO NAVIDEÑO 376
J. Reuben Clark, hijo

DENTRO O FUERA DE LA IGLESIA ..... Contratapa
The Church News

Estamos complacidos de presentar en este número 23 fotografías en colores y breves biografías del nuevo apóstol, el Patriarca de la Iglesia, los Ayudantes del Consejo de los Doce, el Primer Consejo de los Setenta y el Obispado Presidente. Para este propósito se han tomado nuevas fotografías de estos hermanos. Las biografías fueron preparadas por los escritores de THE IMPROVEMENT ERA.

(Placas cortesía de *The Improvement Era*, elaboradas por *the Deseret News Press.*)

Año 13 Núm. 12

LIAHONA

Diciembre de 1967

Publicación Mensual Editada por el Comité Misional de la Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Ultimos Días
47 E. South Temple St., Salt Lake City, Utah, E.U.A.

★ ★ ★

CONSEJO DE REDACCION
J. Thomas Fyans
Eduardo Balderas Luisa I. De Poli

★ ★ ★

SUBSCRIPCIONES: Sírvase hacer su pedido a la misión correspondiente, utilizando el servicio de giros postales para el envío de valores.

★ ★ ★

MISION ANDINA
J. Avril Jesperson, presidente
Casilla de Correo 4759—Lima, Perú.

★ ★ ★

MISION ANDINA DEL SUR
Franklin K. Gibson, presidente
Casilla de Correo 4789—La Paz, Bolivia.

★ ★ ★

MISION ARGENTINA
Rex N. Terry, presidente
General Pacheco 1380—Martínez
Buenos Aires, Argentina.

★ ★ ★

MISION ARGENTINA DEL NORTE
Richard G. Scott, presidente
Casilla 17, Suc. Correos No. 9—Córdoba, Argentina.

★ ★ ★

MISION CENTROAMERICANA
Teddy E. Brewerton, presidente
Apartado 2339—San José, Costa Rica.

★ ★ ★

MISION CHILENA
Robert H. Burton, presidente
Casilla 28, Las Condes—Santiago, Chile.

★ ★ ★

MISION GUATEMALA—El SALVADOR
David G. Clark, presidente
Apartado 587—Guatemala, Guatemala, C. A.

★ ★ ★

MISION MEXICANA
Jasper R. McClellan, presidente
Monte Cáucaso 1110—México 10, D.F.

★ ★ ★

MISION MEXICANA DEL NORTE
Vaughn Green, presidente
Jamaica 501—Monterrey, Nuevo León, México.

★ ★ ★

MISION MEXICANA DEL SUDESTE
E. Seville Hatch, presidente
Apartado 103—Veracruz, Veracruz, México.

★ ★ ★

MISION MEXICANA DE OCCIDENTE
Eugene F. Olsen, presidente
Av. García Conde 310—Hermosillo, Sonora, México.

★ ★ ★

MISION URUGUAYA
William N. Jones, presidente
Dublín 1775—Carrasco, Montevideo, Uruguay.

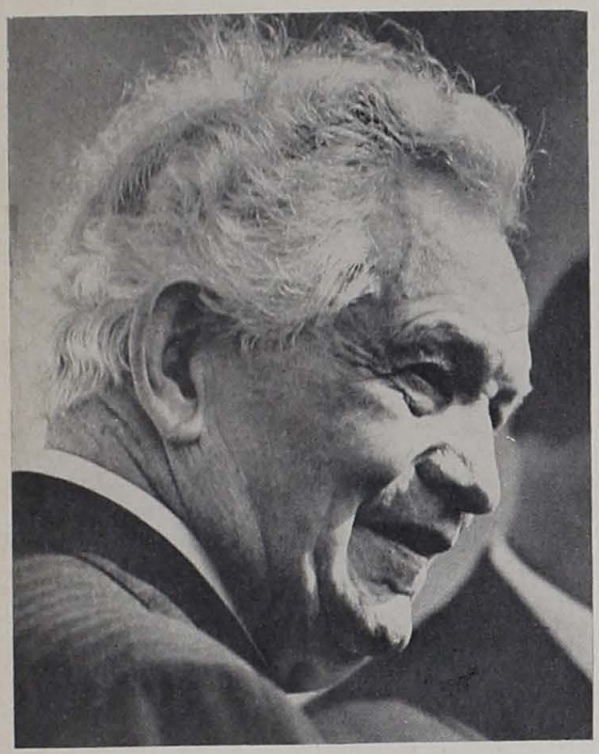
★ ★ ★

Toda subscripción dentro del territorio de los Estados Unidos, debe solicitarse directamente a:
"LIAHONA" — 47 E. South Temple Street,
Salt Lake City, Utah

"LIAHONA" — A publication of the Missionary Commitee of the Church of Jesus Christ of Latter-day Saints. Offices at: 47 East South Temple Street, Salt Lake City, Utah. Subscription price: $1.50 a year. Published monthly. Entered at the Post Office Salt Lake City, Utah, as second-class matter.

Paz, buena voluntud y vida eterna

por el presidente David O. McKay



LA Navidad es la época más feliz del año. Es porque en las tierras cristianas, la festividad de la Navidad está impregnada con el espíritu de Cristo. En este tiempo, más que en cualquier otro, pensamos en otros y tratamos de expresar en palabra o acción nuestro deseo de hacer felices a los demás. Aquí se encuentra el secreto de la verdadera felicidad. Parece filosófico, "Todo el que pierda su vida por causa de mí y del evangelio, la salvará", lo cual nos enseña el verdadero espíritu de la Navidad.

Si me preguntaran el nombre de la ciudad que ha dado al mundo una civilización más grande que cualquier otra, sin titubeos diría Jerusalén. Le daría a esta antigua ciudad esta distinción, no porque fue la "Ciudad de David", ni porque todavía mantiene la veneración de tres grandes religiones de la humanidad, sino porque la asociaría con la vida, enseñanzas y muerte de Jesucristo, el Redentor del mundo.

A cinco millas de la ciudad de Jerusalén se encuentra Belén, una pequeña ciudad de enorme importancia histórica, la cual también será venerada mientras existan corazones cristianos que sientan, y labios que ofrezcan una oración. Su importancia no viene porque es una de las ciudades más antiguas de Palestina, ni porque la asociamos con la hermosa historia de Ruth, la casa de Isaí, David y muchas otras personas importantes e incidentes en la historia bíblica, sino porque Belén fue la cuna del Salvador de la humanidad. "Jerusalén" (del cananita *Urasalín*, y el hebreo *Yarushalayin*) significa "la morada de paz". "Belén" (Beit Lahm) significa "La casa del pan", quizá porque desde su comienzo ha sido un distrito muy fructífero, y por causa de una planta extraña que sólo se ha hallado cerca de Belén, se ha conseguido cultivar el trigo. Es significativo que de la casa del pan, también proviene el "pan de la humanidad".

¡Paz! ¡Vida-Vida eterna! La próxima festividad en la cual celebramos el nacimiento del Redentor, debería agregar un mayor significado a estas palabras.

La *paz*, es lo opuesto al miedo, fue el mensaje que recibieron los pastores de los ángeles cuando dijeron: "No temáis; porque he aquí os doy nuevas de gran gozo."

La *paz* fue anunciada por una hueste celestial: "¡Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz, buena voluntad para con los hombres!"

"Ahora, Señor despides a tu siervo en paz", exclamó Simeón quien por inspiración vió al Niño Bendito que debería ser "Luz para revelación a los gentiles, y gloria de tu pueblo Israel".

Sin lugar a dudas los corazones de los reyes magos estaban llenos de paz y buena voluntad, cuando llevaron oro y costosos regalos al Rey de los Judíos. Sin embargo sus tesoros parecen sin valor al compararlos con el asombro que sintieron cuando al ponerse de rodillas, adoraron a su rey, a quien habían encontrado después de su estudio y búsqueda de la verdad.

El amor a Dios y a los semejantes debería ser el tema de la Navidad. Este fue el anuncio divino de la hueste celestial que dió "¡nuevas de gran gozo!"

"¡Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz, buena voluntad para con los hombres!" ¡Qué sencillas palabras! ¡Qué profundo, y comprensivo su significado! En la Navidad, celebramos su nacimiento en cuya misión sobre la tierra (1) Dios es glorificado, (2) la paz es prometida a la tierra, (3) se da seguridad a los hombres de la buena voluntad de Dios para con ellos.

Si cada hombre nacido en el mundo tuviera como faro de su vida estas tres ideas gloriosas, cuánto más dulce y feliz sería la vida. Con esta ayuda todos buscarían lo que es puro, justo, honorable, virtuoso y verdadero—todo lo que lleva a la perfec-

ción. Evitaría todo lo que es impuro, deshonesto o vil. Si cada hombre deseara mostrar buena voluntad a su prójimo y se esforzara por expresar este deseo con palabras amables y acciones pequeñas, reflejaría bondad y sacrificio; ¡qué contribución haría cada uno por la paz y felicidad universal!

La Navidad es el tiempo apropiado, para renovar nuestros deseos y fortalecer nuestra determinación, haciendo lo mejor de nuestra parte por hacer una realidad entre los hombres, el mensaje anunciado por los ángeles cuando nació el Salvador. ¡Glorifiquemos a Dios, buscando lo bueno, verdadero y hermoso! ¡Procuremos establecer la paz en la tierra, practicando la misma buena voluntad entre el uno y el otro que Dios nos mostró!

Que el espíritu de la Navidad de 1967 more en el corazón de cada Santo de los Ultimos Días, con amor y deseos de bendecir a otros. Que en tales corazones y hogares se encuentre la paz y buena voluntad para con todos los hombres. Importa poco dónde se encuentre esta paz, sea pobre o rico el poseedor, porque él tendrá además de la paz que proporciona "un gozo inexpresable", la seguridad que el Hijo del Hombre dio cuando dijo: "Yo soy el pan de vida; el que a mí viene, nunca tendrá hambre; y el que en mí cree, no tendrá sed jamás."

Paz, buena voluntad y vida eterna son las bendiciones que deseamos a cada uno al repetir nuevamente la antigua salutación: ¡UNA FELIZ NAVIDAD, Y UN PROSPERO AÑO NUEVO!

Una conferencia extraordinaria

por Henry A. Smith

HA caído el telón después de una de las conferencias generales más extraordinarias en la historia de la Iglesia.

Se dio mayor énfasis a la naturaleza internacional de la Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Ultimos Días, tanto desde el punto de vista inspirado de los mensajes como por las presentaciones hechas a los miembros congregados para su voto.

La 137a. conferencia general semianual comenzó el viernes en la mañana con un discurso del presidente McKay que señalaba la importancia de la unidad. El amado Presidente de la Iglesia asistió a la primera sesión, pero siguiendo el consejo de su médico permaneció después en su casa desde donde pudo ver por televisión el resto de las sesiones.

Los tres mensajes del presidente McKay, incluyendo el de la sesión del sacerdocio y el de clausura, el domingo por la tarde, fueron leídos por su hijo Robert R. McKay.

Varios de los oradores hicieron referencia a la naturaleza internacional de la Iglesia, pero su expansión se pudo ver claramente cuando se nombraron 69 Representantes Regionales de los Doce, quienes fueron sostenidos en la sesión de la tarde del viernes.

Al mismo tiempo en que fueron sostenidas las Autoridades Generales el élder Alvin R. Dyer, que desde octubre de 1958 era uno de los Ayudantes del Consejo de los Doce fue sostenido como Apóstol. No se nombró ningún sucesor para el cuerpo de los Ayudantes de los Doce.

El nombramiento del élder Dyer ya tiene precedentes. En tres ocasiones anteriores se han nombrado apóstoles sin que formen parte del Consejo de los Doce. Brigham Young, hijo, fue ordenado apóstol en 1864, pero no fue apartado miembro del Consejo de los Doce sino hasta 1868. Joseph F. Smith fue ordenado apóstol en 1866 y al año siguiente elegido como miembro del Consejo de los Doce. Sylvester Q. Cannon vino a ser apóstol en 1938 y sostenido como miembro del Consejo en 1939.

Los 69 Representantes Regionales de los Doce serán asignados a 109 regiones muchas de las cuales serán más pequeñas de lo que eran anteriormente: cada región tendrá un promedio de cuatro estacas.

Antes de presentar los nombres de los 69 representantes para ser sostenidos, el presidente Hugh B. Brown leyó la siguiente declaración de la Primera Presidencia:

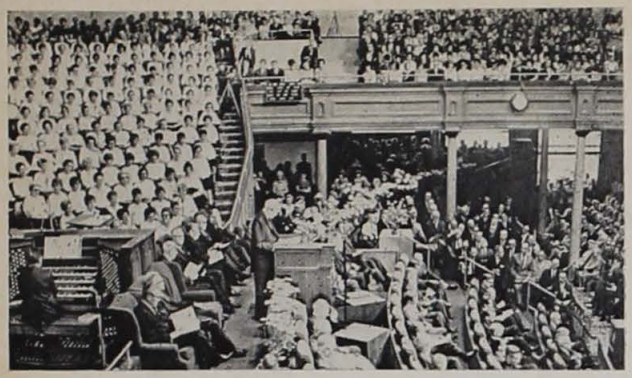
"A los miembros de la Iglesia:

"Como muchos de ustedes recordarán, en 1941 se hizo necesario que se nombraran hermanos adicionales para ayudar a la Primera Presidencia y a los Doce, en la obra de supervisar y poner en orden la Iglesia que está creciendo constantemente. Por lo tanto en la conferencia general de abril de 1941 se nombraron y sostuvieron Ayudantes del Consejo de los Doce 'para ser aumentados o disminuidos de tiempo en tiempo según lo dicte la necesidad de llevar a cabo la obra el Señor.'

"Desde entonces las demandas internacionales de la Iglesia han aumentado aún más y los miembros de la Primera Presidencia y los Doce sienten que ahora es necesario proveer mayor guía y dirección.

"Lo que se propone ahora es el llamamiento de tantos hermanos como sean necesarios para ser conocidos como Representantes Regionales de los Doce, siendo cada uno asignado para responsabilizarse por algunos de los aspectos de la obra, para aconsejar y conducir reuniones de instrucción en grupos de estacas o regiones cuando sean designadas de tiempo en tiempo.

"Estos Representantes Regionales no serán auto-



El presidente Brown en una de las sesiones de apertura de la conferencia. En esta fotografía podemos ver a todas las Autoridades Generales en el estrado.

Entre las sesiones, los santos tuvieron la oportunidad de conocer a otros miembros de diferentes partes de la Iglesia. En esta conferencia hubo representantes de todas las estacas.

ridades 'generales', como tales, sino que servirán más o menos como presidentes de estaca, prestando servicios a la Iglesia por mayor o menor tiempo de acuerdo a las circunstancias.

"Se darán detalles más completos al seguir adelante este plan bajo la dirección de la Primera Presidencia y miembros del Consejo de los Doce."

La carta llevaba las firmas de los cinco miembros de la Primera Presidencia, el presidente David O. McKay y sus consejeros Hugh B. Brown, N. Eldon Tanner, José Fielding Smith y Thorpe B. Isaacson.

Los nuevos Representantes Regionales recibieron sus asignaciones de las regiones y mayores instrucciones en cuanto a sus deberes en una reunión especial que se llevó a cabo el viernes en el Salón de Asambleas, a la que asistieron los presidentes de las 443 estacas de la Iglesia. Los oficiales regionales habían tenido anteriormente un seminario especial de instrucciones bajo la dirección de la Primera Presidencia y Consejo de los Doce.

Las bases del nuevo programa de supervisión e instrucciones pertinentes a las conferencias de estaca para el próximo año, fueron presentadas en la reunión general del Sacerdocio por el élder Harold B. Lee del Consejo de los Doce y director del Consejo de Correlación de la Iglesia.

El élder Lee explicó que el nuevo programa que incluye a los nuevos Representantes Regionales se pondrá en efecto el 1° de enero de 1968. Para el resto de las conferencias de estaca de 1967 y reuniones regionales las asignaciones serán llevadas a cabo por miembros de los cuatro comités del sacerdocio—misional, orientación familiar, bienestar y genealogía. Estos comités serán disueltos y sus miembros relevados honorablemente por la Primera Presidencia el 1° de enero.

En su discurso en la reunión del sacerdocio, el élder Lee explicó que a partir del 1° de enero de 1968 habrá sólo una reunión general de la conferencia de estaca el domingo en la mañana "a la que asistirán todos los miembros de la estaca". "También habrá sesiones en la tarde y noche del sábado a las que asistirán las directivas de las organizaciones seleccionadas", explicó el hermano Lee. "Las Autoridades Generales serán asignadas a dos de las cuatro conferencias trimestrales de estaca, y, por supuesto, presidirán y dirigirán cuando estén presentes. Y como es el caso en la actualidad, en la ausencia de una Autoridad General, el presidente de la estaca seguirá el programa preparado para la conferencia."

El élder Lee también explicó que los miembros de las mesas directivas de las organizaciones auxiliares generales no visitarán las conferencias de estaca comenzando el 1° de enero, pero que, sin embargo, continuarán sus visitas a las reuniones regionales. Añadió que las "conferencias trimestrales de estaca se usarán más extensamente para la instrucción de directores, incluyendo instrucciones limitadas pero importantes por las Autoridades Generales para los nuevos obispados y otros directores de la estaca, en vez de la sesión de la tarde de la conferencia de estaca".

"Todos los barrios de las estacas tendrán reuniones sacramentales en la tarde en que se realice la conferencia de la estaca."

Se explicó también que los cuatro programas del sacerdocio, misional, genealogía, orientación familiar y bienestar, serán representados en las reuniones regionales que se realizarán en cada región dos veces al año. Los nuevos Representantes Regionales de los Doce presidirán en estas reuniones regionales y serán responsables de preparar y programar.

En cuanto a la instrucción de directores en las conferencias de estaca el élder Lee expresó:

"En las conferencias trimestrales de estaca, el sábado en la noche será dedicado a las instrucciones que tienen que ver con los manuales, los cuatro programas del sacerdocio y principios generales y habilidades para la directiva. Las reuniones para los directores del sacerdocio de la estaca también incluirán cierto tiempo para instrucciones similares. Esperamos que los presidentes de estacas desarrollarán seminarios para directores en donde se impartirán instrucciones similares para todos los obispos y directores del sacerdocio y organizaciones auxiliares de las estacas y barrios."

La unidad es importante para la obra de Dios

(Discurso del presidente David O. McKay en la 137a. Conferencia Semianual de la Iglesia, realizada en el Tabernáculo de Salt Lake, el viernes 29 de septiembre de 1967 a las 10:00 horas y leído por su hijo, Robert R. McKay)

MIS queridos hermanos y amigos del auditorio de radio y televisión: Consciente de la responsabilidad que sobre mí descansa al extender un mensaje a los miembros de la Iglesia en esta Conferencia General, suplico humildemente vuestra simpatía, comprensión y apoyo espiritual. Ruego que el Señor nos bendiga, a fin de que podamos corresponder espiritualmente a las verdades del evangelio como nunca antes, no sólo durante esta sesión de apertura, sino a través de todas las reuniones de esta centésimo-trigésimo-séptima Conferencia Semianual.

Extiendo a cada uno de vosotros una cálida bienvenida, y quiero que sepáis que estoy agradecido por vuestra presencia en este histórico Tabernáculo, cuyo centésimo aniversario celebramos este mes.

Reconozco con sincera gratitud la lealtad y la fe de los miembros de la Iglesia, y nuevamente expreso mi íntima apreciación por vuestras oraciones en bien mío, las cuales me han sostenido y alentado. Es un verdadero gozo y una gran bendición estar asociado con vosotros en la obra del Señor, y estoy agradecido por el éxito y el crecimiento de la Iglesia en los últimos seis meses.

Sin duda estaréis interesados en saber que las sesiones de esta Conferencia están siendo televisadas por primera vez en colores, a través de más de doscientas estaciones en los Estados Unidos y Canadá, y que llegará a un potencial de cuarenta millones de hogares.

"Yo les he dado tu palabra; y el mundo los aborreció, porque no son del mundo, como tampoco yo soy del mundo.

"No ruego que los quites del mundo, sino que los guardes del mal.

"No son del mundo, como tampoco yo soy del mundo.

"Santifícalos en tu verdad; tu palabra es verdad.

"Como tú me enviaste al mundo, así yo los he enviado al mundo.

"Y por ellos yo me santifico a mí mismo, para que también ellos sean santificados en la verdad.

"Mas no ruego solamente por éstos, sino también por los que han de creer en mí por la palabra de ellos, para que todos sean uno; como tú, oh Padre, en mí, y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros; para que el mundo crea que tú me enviaste.

"La gloria que me diste, yo les he dado, para que sean uno, así como nosotros somos uno."

Este texto ha sido tomado de una de las oraciones más gloriosas—quizás la mejor de todas jamás pronunciadas en este mundo—sin exceptuar siquiera el Padre nuestro. Aquélla fue la oración que Cristo dijo momentos antes de entrar en el Jardín de Getsemaní, la noche que fue traicionado. Debe haberle impresionado mucho a Juan para que la recordara tan bien y la registrara palabra por palabra, como lo hizo.

La propia ocasión debe haber sido impresionante para Juan, e indudablemente al arrodillarse todos en aquel cuarto antes de atravesar el hermoso portal hacia Getsemaní, el jardín de los olivos al pie del Monte del mismo nombre, Juan notó particularmente la súplica del Salvador.

No conozco otro capítulo bíblico más importante que éste. Los pasajes que he mencionado contienen dos importantes mensajes, para vosotros y para mí.

Uno de estos mensajes está en las palabras, "Que todos sean uno; como tú, oh Padre, en mí, y yo en ti."

Es el principio de la *unidad* lo que ha posibilitado el progreso de los Barrios, Estacas, Ramas y Misiones de la Iglesia, y que se cumplan los propósitos por los cuales la Iglesia fue establecida. No podría haberse conseguido esto mediante la disensión y el odio. Han habido, sí, dificultades. Cada miembro de la Iglesia tiene sus propias ideas. Algunas veces, éstas no son las mismas que las del Obispado, ni las mismas que las de la Presidencia de la Estaca, ni las mismas que las de la Presidencia de la Iglesia; pero cada uno ha tenido que reprimir sus propias ideas en bien de todos, y en medio de ese propósito mancomunado hemos podido lograr algo verdaderamente maravilloso.

Al pensar en el futuro de esta Iglesia y en el bienestar de los hombres y mujeres jóvenes, como así también el de las madres y los padres, tengo la impresión de que no hay otro mensaje más importante que dar que el de "*ser uno*", y evitar todo lo que pueda ocasionar división entre los miembros.

Yo sé que el adversario no podría tener un arma más fuerte contra cualquier grupo de hombres y mujeres en esta Iglesia, que la de arrojarles la traba de la *desunión*, la *duda* y la *enemistad*.

El profeta José Smith habló de la nube que se cierne sobre la Iglesia cuando no somos unidos, diciendo: "La nube que pendía sobre nosotros ha hecho llover bendiciones sobre nuestra cabeza, y Satanás ha fracasado en su empeño por destruirnos, a mí y a la Iglesia, inculcando celos en el corazón de algunos; y agradezco a mi Padre Celestial por la

unión y la armonía que prevalecen hoy en la Iglesia."

Las experiencias sufridas por los hijos escogidos del Señor en otras ocasiones, nos indican que las causas del fracaso temporario provienen de la desunión y de la falta de deseos para obedecer la voluntad de Dios. El Señor dijo a los judíos de la antigua Jerusalén:

"¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas, y apedreas a los que te son enviados! ¡Cuántas veces quise juntar a tus hijos, como la gallina junta a sus polluelos debajo de las alas, y no quisiste!

"He aquí, vuestra casa os es dejada desierta. . ."

Y en nuestra propia dispensación, dijo a los Santos que por causa de la división y la desunión no alcanzaban a ver la redención de Sión:

"He aquí, os digo que si no fuera por las transgresiones de mi pueblo, hablando de la Iglesia y no de individuos, bien podrían haber sido redimidos ya."

He aquí el desafío—y no podemos fallar en los divinos cometidos que se nos han dado. La unidad de propósito, trabajando todos en armonía dentro de la estructura de la organización eclesiástica que el Señor nos ha revelado, debe ser nuestro objetivo. Sienta cada miembro, maestro y líder la importancia del cargo que ocupa. Todos son importantes para el cumplimiento cabal de la obra de Dios, que es también nuestra obra.

A los santos de Efeso, el apóstol Pablo extendió este consejo:

"Un cuerpo, y un Espíritu, como fuisteis también llamados en una misma esperanza de vuestra vocación; un Señor, una fe, un bautismo, un Dios y Padre de todos, el cual es sobre todos, y por todos, y en todos. . .

"Y él mismo constituyó a unos, apóstoles; a otros, profetas; a otros, evangelistas; a otros, pastores y maestros, a fin de perfeccionar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo; hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, a un varón perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo."

La unidad de propósito, trabajando todos en armonía, es necesaria para realizar la obra de Dios. En una revelación dada al profeta José Smith cerca de un año después que la Iglesia fue organizada, el Señor nos hace saber, en un amplio sentido, cómo su obra—aún por cumplirse—se restauró para beneficio de la humanidad y para preparar el camino de su segunda venida. Y dijo así:

"Y aun así he enviado mi convenio sempiterno al mundo, a fin de que sea una luz para él, y un estandarte a mi pueblo; y para que lo busquen los gentiles, y para que sea un mensajero delante de mi faz, preparando la vía delante de mí."

Esto nos indica cuán grandes son las obligaciones de este pueblo en asistir al Señor para que estas cosas acontezcan entre los hombres. Y requiere unidad y dedicación a sus propósitos. Referente a esta necesidad, el Señor nos ha hecho esta advertencia:

"Todo reino dividido contra sí mismo, es asolado, y toda ciudad o casa dividida contra sí misma, no permanecerá."

La mejor garantía que tenemos para la unidad y el valor en la Iglesia, se halla en el Sacerdocio, y consiste en honrarlo y respetarlo.

Oh, hermanos míos—Presidentes de Estaca, Obispos de Barrio, y todos los que poseéis el Sacerdocio—Dios os bendiga en vuestro desempeño, en vuestra responsabilidad de dirigir, de bendecir, de consolar a la gente que habéis sido designados a presidir y a visitar. Guiadles para que vengan al Señor y procuren su inspiración, a fin de que puedan elevarse por sobre la gente vulgar y mala, y vivir en un reino espiritual.

La nota más sobresaliente de la sesión de apertura de la conferencia de octubre fue el mensaje inspirado del presidente McKay. El Presidente de la Iglesia celebró sus 94 años el 8 de septiembre de 1967.

Reconoced a los que presiden sobre vosotros y, cuando sea necesario, procurad su consejo. El propio Salvador reconoció la autoridad en la tierra. Recordaréis la experiencia que Pablo tuvo al aproximarse a Damasco, trayendo en su alforja órdenes de arresto para los que creían en Jesucristo. Una luz resplandeció de pronto sobre él, y oyóse una voz que dijo: "Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?"

Y Saulo respondió: "Señor, ¿qué quieres que yo haga?—Y el Señor le dijo: Levántate, y entra en la ciudad, y se te dirá lo que debes hacer."

El podría haberle dicho a Saulo en pocas palabras lo que debía hacer. Pero había una rama de la Iglesia en Damasco, presidida por un hombre humilde, llamado Ananías, y Jesús reconocía su autoridad. Conocía la naturaleza de Saulo. Sabía que en el futuro sería difícil para Saulo reconocer la autoridad de la Iglesia, como casos posteriores lo demostraron. Saulo tenía que recibir del propio hombre a quien iba a arrestar las instrucciones concernientes al evangelio de Jesucristo.

Aquí encontramos toda una lección para la Iglesia. Reconozcamos, también nosotros, la autoridad local. El Obispo quizás sea un hombre humilde. Algunos de vosotros podréis pensar que sois superiores a él, y quizás lo seáis; pero a él se ha dado la autoridad directamente de nuestro Padre Celestial. Reco-

nocedla. Procurad su consejo y el consejo de vuestro Presidente de Estaca. Si ninguno puede resolver vuestras dificultades, ellos escribirán a los Autoridades Generales y obtendrán el consejo necesario. El reconocimiento de la autoridad es un principio importante.

La unidad y sus sinónimos—la armonía, la buena voluntad, la paz, la concordia, la comprensión mutua —expresan una condición por la que siempre anhela el corazón humano. Sus rivales son la discordia, la contención, la contienda, la confusión.

Sólo muy pocas cosas, si las hay, pueden ser más críticas para el hogar que la ausencia de unidad y de armonía. Por otro lado, sé que el hogar donde moran la unión, la ayuda mutua y el amor, es un pedacito de cielo en la tierra. Presumo que casi la mayoría de vosotros puede testificar en cuanto a la dulzura de la vida en un hogar donde predominan estas virtudes. Con profundo agradecimiento y humildad conservo en mi memoria el hecho de que ni una sola vez vi en mi hogar cuando muchacho, evidencia alguna de discordia entre mi padre y mi madre, y que la buena voluntad y la mutua comprensión fueron siempre los lazos que unieron a nuestro afortunado grupo de hermanos y hermanas. La unidad, la armonía y la buena voluntad son virtudes que deben ser fomentadas y conservadas en todo hogar.

Una de las primeras condiciones que podrían causar la desunión, es el egoísmo; otra sería la envidia. "El hermano Fulano pasó a mi lado y nada me dijo sobre el asunto"; "El Obispado escogió a la señorita Mengana como organista, cuando yo toco mucho mejor que ella"; "No iré nunca más a la Escuela Dominical, porque el Obispado designó a cierto individuo como Asesor de los Presbíteros"; "La Escuela Dominical eligió a Zutano como maestro"; "El Superintendente me ha relevado, y me siento ofendido"; "La Presidencia de la Estaca no me ha reconocido jamás, y eso me duele"; "Las Autoridades Generales no siempre ven las cosas de cerca."

Oh, cien cosas pequeñas como éstas pueden surgir—cosas pequeñas, insignificantes en sí mismas cuando se las compara con las cosas más grandes y reales de la vida. No obstante, *sé por experiencia que el adversario puede magnificarlas en tal forma que terminan siendo verdaderas montañas en nuestra vida, y nos sentimos ofendidos, y nuestra espiritualidad se debilita porque admitimos esos sentimientos.*

Existe otro elemento más—el buscar faltas—que está asociado con el espíritu de la envidia. Encontramos faltas en el prójimo. Hablamos mal unos de otros. Mas cuando este sentimiento se presenta, bien haremos en entonar aquel simple himno titulado, "No Hablemos Mal":

"No hablemos mal; las palabras bondadosas
no dejan resquemores en la gente.
Y hacer eco a cada cuento que nos cuenten,
no es propio del alma noble y cautelosa.
La semilla da más frutos por lo menos
si se siembra con cuidado y con aprecio;
asimismo, si muy poco sabemos de lo bueno,
mejor será que sólo de lo bueno hablemos.
No hablemos mal, y más bien contemplativos,
como somos con nosotros, seamos con los otros.
Y si en notar faltas en alguien somos los primeros,
no seamos los primeros en ser informativos.
Porque la vida no es sino un día pasajero;
no hay labios que digan cuán pasajeros son.
Por tanto, en este breve lapso que nos queda,
hablemos siempre—y solamente—de lo bueno. . ."

"Hablemos siempre—y solamente—de lo bueno." ¿No es ésta, acaso, una magnífica lección para nuestro mundo de hoy, en medio de la falsa propaganda que fluye de una nación a otra, vituperando, contaminando, difamando? ¿No es esto terrible, cuando se lo contempla a la luz del evangelio?

Esto me recuerda una hermosa historia que leí hace muchos años. Sucedió mucho antes de que los cañones ingleses se abrieran paso hacia las naciones japonesas. En aquellos días, éstas rendían culto a sus antepasados como lo hacen hoy, pero también rendían culto a los elementos hermosos de la naturaleza; y aún hoy, si tomáis un sendero hacia una de sus colinas, podéis estar seguros de que os conducirá hasta un paraje magnífico, desde donde podréis contemplar las bellezas de la naturaleza.

La historia cuenta que un anciano filósofo acostumbraba a reunirse con la gente y enseñarle lecciones de virtud y honradez, valiéndose de las flores y los arbustos que con tanta exhuberancia crecían en el país. Cierta mañana, después de la clase, un trabajador se acercó al anciano filósofo y le dijo:

—Esta noche, cuando regrese usted de su paseo, tráigame por favor una rosa para que pueda yo estudiar sus estambres, sus pétalos, y comprender mejor la lección que nos dio anoche.

El viejo filósofo respondió:—Esta noche te traeré una rosa.

Un segundo hombre se acercó a él y le dijo: —¿Podría traerme una ramita de espino blanco, para que pueda yo continuar mi análisis sobre el tema?

Y el anciano contestó:—Sí, te traeré una ramita de espino blanco.

Y un tercero dijo:—¿Podría por favor traerme un lirio, para que pueda yo estudiar la lección sobre la pureza?

—Yo te traeré un lirio. . .

Después de las horas de trabajo, los tres hombres fueron a la puerta del filósofo, para esperarle. Y éste dio al primero la rosa, al segundo la ramita de espino blanco, y al tercero el lirio—tal como les había prometido.

De pronto, el hombre de la rosa dijo:—Ah, hay una espina en el tallo de mi rosa!—Y el segundo dijo—Y en mi ramita de espino blanco hay una hoja marchita.

El tercero, alentado por los comentarios de sus compañeros, dijo:—Y hay tierra adherida a la raíz de mi lirio. . .

—Dejadme ver—respondió el filósofo. Y tomó del primero la rosa, del segundo la ramita de espino blanco y del tercero el lirio. De la rosa quitó la espina, y dio la espina al primero. Arrancó luego la hoja seca de la ramita de espino y se la dio al segundo. Y tomó la tierra de las raíces del lirio y depositóla en las manos del tercero.

Conservando la rosa, la ramita de espino blanco y el lirio, el anciano dijo entonces:—Cada uno de vosotros tiene ahora lo que le atrajo primero. Yo había dejado a propósito la espina en la rosa, la hoja seca en la ramita de espino y la tierra en el lirio. Y cada una de estas cosas fue lo que os atrajo primero. Podéis guardarlas, pues, y yo conservaré la rosa, la ramita y el lirio por la belleza que en ellos veo.

No somos pocos los que tenemos como Pablo un aguijón en la carne. Quizás algunos tengamos aún adherida la hoja marchita de una acción pasada. Hasta podría haber un poquito de tierra en nuestro carácter—pero cada uno de nosotros tiene también una rosa, una ramita de espino blanco o un lirio en su vida. Y ésta es una magnífica lección para nosotros: que podamos ver la rosa y ser ciegos a la espina; ver la ramita de espino blanco y ser ciegos a la hoja marchita; ver el lirio y no la tierra en el carácter de nuestros semejantes.

No sé de nada que pueda contribuir mejor a la unidad de un Barrio, una Estaca o la Iglesia, que el que sus miembros vean sólo lo bueno en los hombres, y que hablen bien unos de otros.

Las calamidades siguien amenazando a la gente sobre el horizonte del mundo. La tragedia de la guerra, con el sufrimiento de los inocentes, la armonía de los hogares destrozada por la muerte de un esposo valiente; las semillas de la discordia y la confusión causadas entre los pueblos por tumultos y violencias de toda clase, hacen importante la necesidad de una completa unión entre nuestras propias filas, al ver que estos disturbios en todo el mundo están destrozando los hogares y socavando nuestra misma civilización.

Al preocuparnos en cuanto a la unidad dentro de la Iglesia, no debemos ser insensibles a las fuerzas malignas que nos rodean, tanto en América como en el mundo en general—las influencias cuyo manifiesto objetivo es sembrar discordias y contención entre los hombres, a fin de minar y debilitar, si no destruir totalmente, nuestras formas constitucionales de gobierno.

Si hablo claramente y en forma condenatoria, me refiero a las reprensibles prácticas de ciertas organizaciones; por favor no penséis que abrigo mala voluntad o enemistad en mi corazón hacia otros ciudadanos de éste o cualquier otro país, cuyos puntos de vista en materia política no coincidan con los míos. Pero *cuando las acciones y designios son manifiestamente contrarios a la palabra revelada del Señor creemos estar justificados en advertir a la gente contra ellos. Podemos ser caritativos y benevolentes para con el pecador, pero debemos condenar el pecado.*

De tiempo en tiempo se han hecho oportunas referencias y advertencias apropiadas en cuanto a los peligros y males de la guerra. Hay otro peligro aún más inminente que la amenaza de una invasión enemiga a cualquier nación amante de la paz. Y éste es el de las actividades antipatrióticas y los encubiertos designios de grupos y organizaciones desleales dentro de cualquier país, causantes de la desintegración—lo cual es muchas veces más peligroso y fatal que la oposición foránea.

Por ejemplo, un individuo puede generalmente protegerse de las lluvias y aun de las tempestades; de los climas helados o el calor intenso; de la sequía o las inundaciones, o de otros excesos naturales; pero con frecuencia es impotente frente a los gérmenes venenosos que se introduzcan en su cuerpo, o cuando un cáncer maligno comienza a debilitar la función de algún órgano vital.

La Iglesia es rara vez, si acaso, afectada por la persecución y las calumnias de enemigos ignorantes, mal informados o maliciosos. *Un impedimento mayor para su progreso es creado por los que buscan faltas, los refractarios, los infractores y las minorías apóstatas que existen dentro de nuestros propios grupos eclesiásticos o quórumes.*

Y así sucede con cualquier gobierno. Es el enemigo interno la peor amenaza, especialmente cuando amaga con desintegrar las formas establecidas de buen gobierno.

Hoy existen en este país muchos enemigos identificados con el sufijo "ismos". Yo los considero "Anti-americanismos", y lo que es verdad en América, también lo es en otros países. Sólo unos pocos de sus líderes luchan abiertamente; la mayoría de sus ejércitos operan como las hormigas, sembrando secretamente la discordia y socavando la estabilidad del gobierno. Varias investigaciones realizadas por un comité del Senado de los Estados Unidos y la F..B.I., ofrecen amplias evidencias en cuanto a la veracidad de esta declaración. Hablando de una de estas amenazas, el doctor William F. Russell, Decano del Colegio Normal de la Universidad de Columbia, que es una de las tantas autoridades que podríamos citar concerniente a las perniciosas actividades de estos grupos, dijo en un discurso que pronunció hace unos treinta años, y que ha demostrado ser de carácter profético:

"Los líderes comunistas han insistido constantemente en que el Comunismo no puede subsistir sólamente en un país. Y tal como nosotros hemos luchado para que 'el mundo sea propicio para la democracia', ellos están luchando para que el mundo sea propicio para el Comunismo. Y están entablando esta lucha ahora mismo. Cada país debe convertirse en comunista, de acuerdo a la idea de ellos. Por tanto, han enviado a sus misioneros, proveyéndoles fondos substanciales. Y han conseguido conversos. Estos conversos han sido organizados en pequeños grupos llamados 'células', que operan separadamente bajo las órdenes de un superior. Esta es una organización

casi militar. Atacan donde hay desocupación. Provocan el descontento entre los oprimidos. Publican y distribuyen muchos diarios y panfletos."

El Dr. Russell continúa diciendo:

"Estas son publicaciones vulgares. En un solo ejemplar descubrí veintiuna declaraciones falsas. Después de uno de mis recientes discursos, distribuyeron unas esquelas atacándome, y que contenían una deliberada falsedad en cada párrafo. . . Su intención es tratar de seducir hacia sus redes a todo generoso y celoso maestro, predicador, consejero social y reformista que conozca la miseria y quiera hacer algo al respecto. Estos comunistas saben lo que están haciendo. Y ellos siguen sus órdenes. En particular, les gustaría controlar nuestros diarios, nuestros colegios y nuestras escuelas. Su campaña es bastante uniforme en todo el mundo. Yo he visto los mismos artículos, casi los mismos panfletos, en Francia, en Inglaterra y en los Estados Unidos."

Robert R. McKay leyó los mensajes de su padre en la 137a. Conferencia General Semianual de la Iglesia.

Uno de nuestros senadores nos llamó recientemente la atención hacia las condiciones existentes en este país en la actualidad, diciendo:

"Estados Unidos ha sido atormentado durante los tres o cuatro años últimos por una epidemia de actos de desobediencia civil, así llamados. Individuos y agrupaciones han desobedecido voluntaria e intencionalmente las ordenanzas municipales y los estatutos gubernamentales. Las propiedades privadas han estado sujetas a una deliberada violación. Los populachos han invadido las calles, obstaculizando el comercio, creando el desorden público y perturbando la paz. La desobediencia civil ha sido a veces predicada desde algunos púlpitos en todo el país y aun alentada, en ocasiones, mediante imprudentes declaraciones por funcionarios públicos. Los populachos han sido frecuentemente tan numerosos, que la policía ha sido impotente para efectuar arrestos. *Estos actos de desobediencia, así llamados, han sido encomiados por importantes personajes políticos como prototipos de la tradición americana. Se ha dicho que el desprecio de las leyes del hombre es parte de la buena doctrina Cristiana,* cuando no coinciden con nuestra propia conciencia y que, por supuesto, en consecuencia, también debe despreciarse a los encargados de hacer cumplir las leyes del hombre. Esta es, verdaderamente, una doctrina falsa y extraña. . . Muy pocas personas se han aventurado a expresar una objeción, por temor a ser calificadas de 'intolerantes', mientras que los representantes de la ley y el orden han sido caracterizados como villanos y los protestadores ilegales han pasado a ser objetos de conmiseración."

El Senador de referencia continúa: "Finalmente, quizás el factor más culpable y nocivo que acentúa los desórdenes, el índice creciente de la delincuencia y la falta de respeto a la ley y el orden, es el de una disciplina indulgente, tan evidente en la actualidad entre un número cada vez mayor de jóvenes en nuestra sociedad. *El hogar norteamericano no es ya lo que supo ser, y esto se refleja en la disciplina paterna, que tampoco es lo que era.* Demasiados son los hijos a quienes *no* se les enseña a respetar a sus mayores. Una atmósfera general de condescendencia extremada satura nuestros hogares, nuestras escuelas y nuestras iglesias. . . Unos pocos pero notablemente elocuentes *religiosos abogan hoy por el decrecimiento de la Divinidad. Estos son todos síntomas de una sociedad aquejada de una enfermedad que si se deja avanzar libremente, destruirá la ley, el orden y toda progresista sociedad de hombres libres.* En una atmósfera tal de condescendencia, de desobediencia civil y falta de respeto a la ley, las semillas del crimen han echado profundas raíces, y la nación está hoy madurando para la cosecha."

Y así, presenciamos actualmente los atentados que se hacen por medio de fuerzas insidiosas, con el fin de incitar a la contención y a la confusión en las sociedades organizadas de la humanidad.

Y ahora, mis hermanos y hermanas, quiero hacer eco a la oración del Salvador: "Que sean uno, Padre, así como Tú y yo somos uno. Están en el mundo . . . mas no son del mundo. *No ruego que los quites del mundo, sino que los guardes del mal.*"

Dios nos ayude para que podamos continuar sirviendo a la humanidad; para que podamos sentir en nuestro corazón que tenemos un privilegio al servir a los hijos de Dios; para que nos conservemos unidos como pueblo suyo, y también como país.

Magnifique cada padre el Sacerdocio de Dios en su propio hogar, y con su amada esposa y compañera enseñe a sus hijos en el camino que el Señor nos ha revelado.

Los poseedores del Sacerdocio tienen que velar siempre por la Iglesia, porque el Señor nos ha dado esta instrucción a fin de que nuestra familia pueda andar rectamente delante de nuestro Padre Celestial:

"El deber del maestro es velar siempre por los de la Iglesia, y estar con ellos, y fortalecerlos;

"Y ver que no haya iniquidad en la Iglesia, ni dureza entre uno y otro, ni mentiras, ni calumnias, ni mal decir;

"Y ver que los miembros de la Iglesia se reúnan

con frecuencia, y que todos cumplan con sus deberes."

Os doy mi testimonio de que estamos embarcados en la obra de Dios, en la salvación de los hombres. Que podamos tener la fuerza, mediante la unión dentro de la Iglesia, para seguir adelante en el cumplimiento de sus divinos propósitos, ruego humildemente en el nombre de Jesucristo. Amén.

El Perfil de un Profeta

(Discurso pronunciado por el presidente Hugh B. Brown de la Primera Presidencia en la sesión del domingo 1° de octubre, durante la 137a. Conferencia General semianual de la Iglesia.)

MIS hermanos que sois miembros de la Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Ultimos Días y los que sois miembros de otras iglesias o de ninguna, todos los que tal vez estéis escuchando los discursos de esta conferencia, os saludo y os doy la bienvenida como mis hermanos, porque creo en la Paternidad universal de Dios y por consecuencia en la hermandad del hombre.

Me gustaría agregar mi apoyo y dar testimonio a la declaración de que el evangelio de Jesucristo, tal como fue enseñado por El y sus apóstoles en el meridiano de los tiempos, ha sido restaurado por Jesucristo, en el estado de Nueva York en el año 1830 y que la Iglesia fue organizada por el profeta José Smith bajo su dirección.

Me gustaría dar algunas razones de esta fe y tratar de justificar el hecho de que me haya hecho miembro de esta Iglesia. Quizá pueda hacerlo mejor si me refiero a una entrevista que tuve en Londres en 1939, inmediatamente antes de comenzar la Segunda Guerra Mundial. En tal oportunidad me presentaron a un prominente caballero inglés, miembro de la Cámara de los Comunes, que había sido anteriormente uno de los Jueces de la Corte Suprema de Inglaterra. En nuestra conversación sobre diversos temas, hablamos de economía, leyes, política, relaciones internacionales, guerra y frecuentemente de religión.

Un día me llamó por teléfono, pidiéndome si podía acudir a su oficina para explicarle algunos aspectos del evangelio. Me dijo: "Pienso que la guerra es inminente. En tal caso, usted tendrá que regresar a su país y posiblemente no volveremos a vernos otra vez." Esto fue toda una profecía. Cuando llegué a su oficina, manifestó que algunas cosas que le había dicho anteriormente, le dejaron intrigado.

Me pidió que preparara un alegato sobre el mormonismo y lo tratara con él como si fuera un problema legal. Dijo: "Usted me ha dicho que cree que José Smith fue un Profeta. Y también me ha dicho que cree que Dios el Padre y Jesús de Nazaret aparecieron a José Smith. No puedo entender como un abogado y procurador canadiense como usted, puede aceptar tan absurdas declaraciones. Lo que me dice sobre José Smith parece fantástico, pero desearía que tomara tres días, por lo menos, para preparar un resumen de sus creencias y me permita examinarlo y hacerle algunas preguntas."

Le contesté que había estado preparando un resumen como me había solicitado, por aproximadamente 50 años y que procediéramos de una vez y tuviéramos un "examen confrontativo", lo cual, en pocas palabras, es un careo entre las partes opuestas en un pleito legal donde el demandante y el demandado, con sus abogados, presentan sus reclamos respectivos y tratan de encontrar el medio por el cual llegar a común acuerdo, economizando tiempo, de esta forma, tanto a la corte como a los participantes del juicio.

Le dije que tal vez podríamos encontrar un lugar común en donde podríamos discutir mis "ideas fantásticas". Asintió rápidamente y continuamos con nuestro "examen confrontativo".

En el breve tiempo de que ahora dispongo, sólo puedo daros un condensado resumen de nuestra discusión, que duró tres horas. Comencé preguntándole:

—Señor, ¿puedo proceder, asumiendo que es usted cristiano?

—Sí, soy cristiano.

—¿Cree usted en la Biblia, es decir en el Antiguo y Nuevo Testamentos?

—Por supuesto.

—¿Cree en la oración?

—Sí.

—¿Dice usted que mi creencia de que Dios habló al hombre en esta dispensación, es absurda y fantástica?

—Para mí lo es.

—¿Cree usted que Dios habló con alguien, alguna vez?

—¡Oh, sí! A través de la Biblia toda encontramos evidencias de ello.

—¿Habló El con Adán?

—Sí.

—¿Habló El con Enoc, Noé, Abraham, Moisés, Jacob, José y otros profetas antiguos?

—Sí, creo que habló con cada uno de ellos.

—¿Cree usted que al aparecer Jesucristo sobre la tierra, cesó todo contacto entre Dios y el hombre?

—No, por el contrario, dicha comunicación alcanzó su apogeo, su punto culminante, en esa época.

—¿Cree usted que Jesús de Nazaret fue el Hijo de Dios?

—Sí.

—¿Cree usted, señor, que después que Jesús resucitara, un cierto abogado llamado Saulo de Tarso, en su camino a Damasco, habló con Jesús de Nazaret, quien había sido crucificado y luego resucitara y ascendiera al cielo?

—Sí, creo.

—¿De quién era la voz que oyó Saulo?

—Era la voz de Jesucristo, pues El mismo se presentó.

—Entonces, milord (esta es la forma de dirigirse a un juez en la Gran Bretaña), con toda seriedad me permito hacer resaltar el hecho de que en tiempos bíblicos fue cosa muy común que Dios hablara con el hombre.

—Creo que he admitido eso, pero que ello cesó poco después del siglo primero de la era Cristiana.

—¿Y por qué cree usted que cesó?

—. . . No sé.

—¿Piensa usted que Dios no ha hablado desde entonces?

—Estoy seguro de que no.

—Pues en tal caso, debe haber una razón para ello—¿Puede usted mencionar alguna de ellas?

—No, no se me ocurre ninguna. . .

—¿Puedo yo sugerir algunas posibles razones? Quizá Dios no ha hablado más al hombre porque ya no puede hacerlo. Tal vez ha perdido el "poder".

—No, no. Creer en esto sería blasfemar.

—Bueno, entonces quizás El ya no habla al hombre porque no nos ama.

—No, yo estoy convencido de que Dios ama a todos los hombres.

—Si puede hablar, y nos ama, entonces la única razón posible sería que nosotros ya no le necesitamos más. Hemos hecho tan rápidos avances en la ciencia, estamos ahora tan bien educados que ya no necesitamos a Dios.

A este punto, el caballero inglés, pensando quizá en la guerra inminente, dijo con voz emocionada y temblorosa:

—Señor Brown, no ha habido nunca, en la historia del mundo, otro momento como éste en que la voz de Dios haya sido tan necesaria. Quizá usted pueda decirme por qué es que el Señor no habla.

Mi respuesta fue:

—El habla, El ha hablado, pero el hombre necesita tener fe para poder oírlo.

Entonces pasamos a tratar acerca de lo que yo llamaría el "perfil de un Profeta". Convinimos entre ambos, en que las siguientes características deben identificar a todo hombre que reclame ser un Profeta.

1. Dirá, humilde pero audazmente "Dios me ha hablado".

2. Su mensaje será digno, inteligente, sincero y honesto pero no será necesariamente una persona docta.

3. No tendrá pretensiones espirituales, ni contacto con los muertos, ni será clarividente o prestidigitador.

4. Por lo general será un joven como Samuel, un hombre que haya tenido buenos padres y asociados.

5. Su mensaje será razonable y de acuerdo con las Escrituras.

6. Deberá declarar su mensaje sin temor alguno y sin hacer débiles concesiones ante la opinión pública.

7. No hará concesiones a la opinión pública o por el efecto que pueda tener sobre sí mismo, su reputación o fortuna personal.

8. Su mensaje será real, único y de acuerdo a la historia.

9. Simple pero sinceramente declarará lo que ha visto y oído.

10. Su mensaje, y no su persona, será importante para él.

11. Declarará audazmente "así dice el Señor".

12. Predecirá acontecimientos futuros en el nombre del Señor—acontecimientos que no pueda controlar—que sólo Dios puede hacer que pasen.

13. Su mensaje será importante no sólo para su generación, sino para siempre, como el mensaje de Daniel, Ezequiel y Jeremías.

14. Tendrá valor, fortaleza y suficiente fe para soportar la persecución y de ser necesario dar su vida por su testimonio, estará deseoso de sellarlo con su sangre como lo hicieron Pedro y Pablo.

15. Denunciará la iniquidad sin temor y por lo tanto será rechazado y ridiculizado.

16. Hará cosas sobrehumanas, cosas que sólo un hombre inspirado de Dios podría hacer.

17. La consecuencia de sus enseñanzas serán evidencia convincente de su llamamiento profético: "Por sus frutos los conoceréis."

18. Su palabra y su mensaje lo sobrevivirán.

19. Sus enseñanzas deberán coincidir estrictamente con las Escrituras, y aun sus mismas palabras y escritos serán Escritura. "Porque nunca la profecía fue traída por voluntad humana, sino que los santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo." (*2 Pedro* 1:21.)

José Smith fue el primer hombre, desde el martirio de los apóstoles de Jesucristo, en declarar lo que los profetas han dicho: que Dios le había hablado. Yo creo que fue un profeta de Dios porque dio a este mundo algunas de las revelaciones más grandes de todos los tiempos. Creo que fue un profeta de Dios porque predijo muchas cosas que han ocurrido, cosas que solamente Dios podría hacer que sucedieran.

Juan, el discípulo amado de Jesús, declaró: ". . . el testimonio de Jesús es el espíritu de la profecía." (*Apocalipsis* 19:10.) Si José Smith tenía el

testimonio de Jesús, tenía el espíritu de profecía, y si tenía el espíritu de profecía, era un Profeta. Tal como lo destaqué ante mi amigo, quiero destacar ante vosotros también, que, al igual que cualquier otro profeta, José Smith tuvo el testimonio de Jesús; como los apóstoles de la antigüedad, él vio al Señor y le oyó hablar. Y aun dió su vida por este testimonio.

Creo que José Smith fue un profeta verdadero porque hizo muchas cosas sobrehumanas. Una de ellas fue traducir el Libro de Mormón. Algunas personas no aceptan esto; pero os aseguro que él al traducir el Libro de Mormón, hizo algo sobrehumano.

"Por medio de los susurros del Espíritu Santo he llegado a saber que José Smith fue el Profeta verdadero", dijo el presidente Brown.

Desafío a cualquiera a que emprenda la tarea de escribir la historia de los antiguos habitantes de América, y hacerlo como él lo hizo sin tener material informativo. Debe incluir 54 capítulos acerca de guerras y sus consecuencias; 21 capítulos sobre historia; 55 capítulos en cuanto a visiones y profecías, y éstas deben coincidir meticulosamente con la Biblia. Deberá escribir 71 capítulos sobre doctrina y exhortaciones, y aquí también se debe comparar cada declaración con las Escrituras, o la obra podrá ser fraudulenta. Debe también incluir 21 capítulos acerca del ministerio de Jesucristo, y cada cosa que se diga que El ha hecho o dicho, y cada testimonio que se dé acerca de El en ese libro, debe estar absolutamente de acuerdo con el Nuevo Testamento. También sugeriría que debe emplear figuras de expresión, comparaciones, metáforas, narraciones, exposiciones, descripciones, oratoria, ética, lírica, lógica y parábolas. Así mismo el escritor debe recordar que el hombre que tradujo el Libro de Mormón fue un joven que no había tenido la oportunidad de estudiar como vosotros lo habéis hecho, y no obstante, pudo dictar la traducción del libro en poco más de dos meses e hizo muy pocas correcciones—si las hizo. Por más de cien años, algunos de los más destacados literatos y eruditos del mundo han estado tratando de probar mediante la Biblia que el Libro de Mormón es falso; pero ninguno de ellos ha sido capaz de demostrar que algo que José Smith haya escrito esté en contradicción con las Escrituras, con la Biblia y la palabra de Dios.

El Libro de Mormón no solamente declara en la portada que su propósito es convencer al judío y al gentil de que Jesús es el Cristo, el Eterno Dios, sino que además, esta verdad es la esencia de su mensaje. En 3 Nefi está escrito que "la multitud se acercó y metieron sus manos en su costado, y palparon las marcas de los clavos en sus manos y en sus pies . . . y dieron testimonio de que él era aquel de quien los profetas habían escrito."

José Smith emprendió y llevó a cabo otras tareas sobrehumanas; entre ellas, deseo anotar las siguientes: Organizó la Iglesia. (Cabe destacar que ninguna constitución hecha por hombres ha permanecido más de cien años sin que haya sufrido enmiendas o modificaciones. La ley básica o constitución de la Iglesia, jamás ha sido alterada.)

Emprendió la tarea de llevar el mensaje del evangelio a todas las naciones, lo cual es una tarea sobrehumana que aún se está desarrollando. Accedió, por mandamiento divino, a congregar a miles de personas en Sión. Estableció la obra vicaria por los muertos y edificó templos para tal fin.

Prometió que ciertas señales seguirían a los que creyeran, y hay miles de testigos dispuestos a certificar que esta promesa se ha cumplido.

Le dije a mi amigo: "Milord, no puedo entender cómo puede usted decir que mis creencias son fantásticas. Tampoco puedo comprender cómo pudo haber cristianos que, aun reclamando creer en Cristo, persiguieran y mataran a un hombre que sólo se proponía probar la veracidad de las cosas que ellos mismos estaban declarando creer: específicamente, que Jesús es el Cristo. Podría comprender que le hubieran perseguido si él hubiera dicho: 'Yo soy el Cristo'; o 'No hay Cristo'. En tal caso, los que creían en Cristo habrían estado algo justificados al oponerse a él. Pero lo que José Smith dijo fue: 'Os declaro a quien proclamáis servir.' El joven Profeta declaró a sus contemporáneos: 'Vosotros decís que creéis en Jesucristo. Yo os testifico haberle visto y hablado con El. El es el Hijo de Dios. ¿Por esto me perseguís?'

"Parafraseando lo que dijo Pablo en Atenas: 'Al que vosotros adoráis pues, sin conocerle, es a quien yo os anuncio.' (*Hechos* 17:23.) José Smith les dijo a los cristianos de su época: 'Vosotros proclamáis creer en Jesucristo. Yo testifico que lo vi y hablé con El. Es el Hijo de Dios, el Redentor del mundo. ¿Por qué me perseguís por eso?'

"Cuando José salió de la arboleda donde había tenido la visión, había aprendido por lo menos cuatro verdades fundamentales y las anunció al mundo: *primero* que el Padre y el Hijo son dos individuos distintos y separados; *segundo*, que el canon de las Escrituras no estaba completo; *tercero*, que el hombre fue creado a la propia imagen corporal de Dios,

y *cuarto*, que las vías de comunicación entre los cielos y la tierra estaban ahora nuevamente abiertas y que la revelación era reanudada."

El juez permaneció sentado y escuchó atentamente, hizo algunas preguntas muy importantes e inquisidoras; y al final dijo: "Señor Brown, me gustaría saber si su gente reconoce la importancia de su mensaje; ¿la aprecia usted mismo?"

También dijo: "Si lo que usted acaba de explicar es verdad, es el mensaje de mayor importancia dado al mundo, desde que los ángeles anunciaron el nacimiento de Jesucristo."

Este que hablaba era un juez, un gran estadista, un hombre inteligente. El arrojó al aire un desafío: "¿Apreciáis vosotros la importancia de lo que decís?" Y agregó: "Quisiera que fuera cierto. Espero que sea verdad. ¡Dios sabe que debiera serlo! Agradecería a Dios, si—y se emocionó al decirlo—un hombre ha aparecido realmente sobre la tierra, diciendo: 'Así dice el Señor.' " Nunca más volvimos a vernos con este hombre.

He mencionado, muy brevemente, algunas de las razones por las cuales creo que José Smith fue un Profeta de Dios. Pero aún reforzando mi exposición quiero daros, desde el fondo mismo de mi corazón, mi testimonio, revelado por el Espíritu Santo, de que José Smith fue un Profeta de Dios. Aunque éstas o aquellas evidencias puedan ser citadas y con ellas podamos lograr ciertas convicciones intelectuales, sólo por medio del Espíritu Santo puede uno llegar a saber las cosas de Dios. Por medio de los susurros del Espíritu Santo he llegado a saber que José Smith fue un Profeta verdadero.

Agradezco a Dios por ese conocimiento y ruego para que recibáis sus bendiciones.

La vida tiene semáforos

(Discurso pronunciado por el élder Alvin R. Dyer, nombrado apóstol en la sesión del viernes en la tarde de la 137a. *Conferencia General Semianual.)*

MIS queridos hermanos es difícil expresar las emociones verdaderas en un momento como éste. Después del sostenimiento de oficiales he estado pensando que la vida tiene semáforos, y he pensado en varios que he tenido en mi vida y si hubiera hecho una mala decisión lo más probable es que no estaría ocupando la posición que tengo ahora.

Los que me escuchan cantar, no podrán siquiera imaginar que en una época integré parte de un cuarteto que llegó a ser bastante bueno, hasta el punto en que se nos había ofrecido un contrato para cantar durante 42 semanas y todos estábamos dispuestos a hacerlo, pero fue en esa época que el obispo Parry del Barrio 17 me llamó a su oficina y me dijo que quería recomendarme para ser llamado a una misión, y, por supuesto, ése fue el fin del cuarteto en lo que a mí concernía. Salí al campo misionero a la edad de dieciocho años y cuando volví, dos o tres equipos de béisbol me propusieron que jugara, ya que lo había hecho en la escuela secundaria. Siendo que me gustaba tanto ese deporte, había decidido jugar profesionalmente. Firmé un contrato con uno de esos equipos, pero pronto mi dí cuenta de que esto iba a interferir con mi llamamiento de servir en el obispado por lo tanto tenía que decidir, y la decisión que hice fue la de seguir mi obra en el obispado y servir al Señor en la mejor manera posible de acuerdo a mis habilidades.

Entonces me dediqué a la tarea de lograr el éxito en los negocios; a medida que pasaron los años se fueron haciendo cada vez más prósperos, y como la mayoría de los jóvenes tenía el deseo de hacer mucho dinero. Mi meta era un millón de dólares, y pensé que si seguía a ese paso podría conseguirlo cuando llegara a la edad de 55 años. Todo iba muy bien hasta que el presidente Stephen L Richards me llamó a su oficina y me dijo que había sido llamado para presidir la Misión de los Estados Centrales. Aproximadamente un año después me deshice de mis intereses comerciales, así que nunca sabré si hubiera o no alcanzado mi meta.

Recuerdo una llamada telefónica que recibí después de haber sido nombrado Ayudante del Consejo de los Doce mientras asistía a una conferencia en la Estaca de Drigs. No fue más que un asunto rutinario, pero sus implicaciones tremendas me asustan siempre que pienso en ellas. La voz de uno de los miembros de la Primera Presidencia me dijo en el teléfono: "Hermano Dyer, ¿le gustaría ir a Europa, y cuándo estaría listo para salir?" Yo le contesté que podía salir en cualquier momento, pensando que sería sólo un viaje por dos semanas para asistir a algunas conferencias o por alguna otra asignación. Pero él me contestó: "No va a volver muy pronto, así que será mejor que lo piense más detenidamente." Pero no cambié de opinión, acepté el llamamiento y junto con mi esposa pasé 25 meses presidiendo la Misión Europea.

Han habido muchos otros semáforos en mi vida y confío en que cada uno de ustedes los tengan en sus vidas.

Cuando el presidente McKay me preguntó el otro

día en el Templo si aceptaba el llamamiento del apostolado, le contesté que sí, aunque un poco perplejo ante lo que significaría este llamado en vista de las circunstancias. Al ir a otro cuarto del templo, mis sentimientos se calmaron ante las palabras amables y significativas de un miembro del Quórum de los Doce, a quien amo y respeto, quien, después de felicitarme me dijo estas palabras que tienen un gran significado: "No se preocupe, Alvin, ha sido llamado por la autoridad más alta que existe en la tierra, y se le hará saber lo que debe hacer."

En este empeño sé en parte lo que me impondrá el apostolado. Por supuesto, sé que el Señor ha revelado que un apóstol no debe contender con nadie sino con la Iglesia del maligno, tomar sobre sí el nombre de Cristo, declarar la verdad con solemnidad y ser testigo, un testigo especial de Jesucristo en el mundo. No importa, sin embargo cuánto comprenda, porque estoy dispuesto a prestar servicio al presidente del sumo sacerdocio, al cual llamamos el Presidente de la Iglesia. Ese de quien el Señor ha declarado ser semejante a Moisés, para presidir a toda la Iglesia; y sólo hay uno sobre la tierra nombrado a esta alta y santa posición. Sé con toda mi alma que el presidente McKay es ese siervo de Dios sobre la tierra en la actualidad.

He tenido el privilegio de sentir la proximidad de su espíritu. He sentido la majestuosidad de su alma cuando estuvimos en el valle de Adán-ondi-Ahman, observando a corta distancia un lugar allí conocido como Spring Hill, al que se refiere en la sección 116 de las Doctrinas y Convenios donde Adán, Miguel o el "Anciano de Días", de acuerdo con la profecía de Daniel, vendrá a visitar la tierra por una razón importante cuando el Señor así lo disponga, y al estar allí oí al presidente McKay decir "Este es un lugar sagrado". En varias ocasiones he derramado lágrimas de gozo y pesar con este gran hombre.

Recuerdo la experiencia de un famoso arquitecto europeo, Hans Wacher, que se había convertido a la Iglesia, un hombre conocido en toda Eurasia, Sudamérica y Africa por su gran habilidad. Había escrito varios libros en cuanto al uso de la luz en los edificios. Tuve el privilegio de presentarle este hombre al Presidente, y sentarme al otro lado de la mesa mientras hablaban. Escuché decir a este hombre cuando salimos de la oficina del presidente McKay estas palabras que en un sentido hacen eco a las mías una y otra vez. Me dijo: "Hoy he estado en la presencia de un profeta de Dios. Un verdadero profeta. Volveré a mi amada Baviera y testificaré a mi familia y amigos que David O. McKay es un profeta de Dios."

Estos últimos días, mis hermanos, han sido gloriosos al manifestarse el espíritu del Señor en el progreso de la Iglesia y sus programas del futuro para el servicio de la humanidad. Ayer en el Seminario de los Representantes Regionales, sentimos un resurgimiento del espíritu cuando el hermano Lee testificó sobre la obra. Sus palabras tuvieron gran influencia sobre todos y me afectaron profundamente. Me sujeto invariablemente a las leyes del sacerdocio y a las instrucciones y direcciones que nos ha dado el Señor como pueblo, y a las revelaciones tanto del presente como del futuro. En el sacerdocio se encuentra la fuerza que gobierna mientras que la revelación es la luz que guía.

En este momento todos mis sentimientos se relacionan estrechamente con mi fiel y maravillosa compañera por esta vida y toda la eternidad, es decir, mi querida esposa y novia. Juntos hemos compartido muchos años de servicio en la Obra del Maestro y siempre ha habido un sentimiento de unidad en ese servicio y ahora cuando mi corazón rebosa, sé que el suyo está conmigo en este llamamiento y es parte de él. ¡Cuán maravilloso es su apoyo y comprensión! Estoy muy agradecido por ella y por nuestro hijos, Gloria y Brent, quienes con sus parejas bendicen nuestras vidas con nietos.

Sólo tengo un hermano que vive. Mi hermano Guss y yo somos los únicos que quedamos de una familia de quince, y estoy agradecido por él y por su constante trabajo en la Iglesia.

En este momento no deseo hablar más, pero para terminar quisiera leer algo que me ha impresionado durante muchos años como reflexiones de las enseñanzas del Maestro en el trato de los unos con los otros. El espíritu de cada palabra se puede hallar en sus parábolas y enseñanzas:

"Que no sea enemigo de nadie—y amigo de lo eterno. Que nunca desee el mal para ningún hombre, y si alguien me desea el mal que pueda librarme sin herir a nadie. Que ame, busque y logre sólo lo que es bueno. Que desee para todos felicidad y no envidie a nadie. Y por último que no logre ninguna victoria que me hiera a mí o a mi oponente. Que me respete y dome las pasiones dentro de mí."

Que el gozo y felicidad continúen siendo la posesión de aquellos que aman y obedecen el evangelio y que ésta sea la esperanza y abra la puerta de luz a los que son honestos de corazón y buscan sus verdades doradas en el mundo, que ellos sean contados con los hijos de nuestro Padre Celestial en esta gran obra de los últimos días. Y doy mi testimonio de que sé, sin ninguna duda que ésta es la obra de nuestro Padre Celestial y estoy agradecido por los semáforos que me han señalado el camino y ahora sólo espero la oportunidad de continuar al servicio del reino de Dios. Dejo este testimonio en el nombre de Jesucristo. Amén.

Siervos en el reino de Dios

Apóstol
Patriarca de la Iglesia
Ayudantes del Consejo de los Doce
Primer Consejo de los Setenta
Obispado Presidente

LAS Autoridades Generales de la Iglesia son miradas con amor y respeto por todos los Santos de los Ultimos Días en todo el mundo. Ellos son los hombres escogidos del Señor para ayudar a dirigir su obra sobre la tierra en la actualidad. *Liahona* se complace en presentar en las páginas siguientes las fotografías en colores y biografías de 23 de estos hermanos, un Apóstol, el Patriarca de la Iglesia, los Ayudantes del Consejo de los Doce, el ler. Consejo de Setentas y el Obispado Presidente. La Primera Presidencia y Consejo de los Doce, fueron presentados en la edición de noviembre de 1966.

Patriarca de la Iglesia: el 27 de junio de 1839, el profeta José Smith habló considerablemente a los hermanos e hizo la siguiente declaración:

"El evangelista es un patriarca, el mayor de edad de la sangre de José o de la descendencia de Abrahán. Dondequiera que la Iglesia de Cristo se halle establecida sobre la tierra, allí debe haber un patriarca para el beneficio de la posteridad de los santos, tal como fue con Jacob cuando dio su bendición patriarcal a sus hijos, etc." (*Enseñanzas del profeta José Smith,* pág. 179.)

José Smith, padre del Profeta, fue ordenado Patriarca de la Iglesia el 18 de diciembre de 1833. Su descendiente directo en la línea patriarcal, Eldred G. Smith, tiene ahora esa posición.

Los Ayudantes del Consejo de los Doce: El presidente J. Reuben Clark, hijo, al leer el nombre de las Autoridades Generales para su sostenimiento en la conferencia general de abril de 1941 dijo lo siguiente:

"El rápido crecimiento de la Iglesia en épocas recientes, el constante establecimiento cada vez mayor de nuevos barrios y estacas, la extensión geográfica cada vez más amplia comprendida en los barrios y estacas, la necesidad más apremiante cada día de aumentar el número y eficacia de nuestras misiones a fin de que el evangelio sea llevado a todos los hombres, la continua multiplicación de los intereses y actividades de la Iglesia que requieren una vigilancia, supervisión y dirección más rígidas y frecuentes, todas estas necesidades han hecho surgir un servicio apostólico de mayor magnitud.

"Es el sentir de la Primera Presidencia y de los Doce que para cumplir adecuadamente sus responsabilidades y llevar a cabo este servicio del Señor eficazmente, deben contar con alguna ayuda.

"Consiguientemente, se ha decidido nombrar Ayudantes de los Doce que serán Sumos Sacerdotes, apartados para obrar bajo la dirección de los Doce en el cumplimiento de las tareas que la Primera Presidencia y los Doce les impongan.

"No habrá determinado número de estos ayudantes, sino que de cuando en cuando se aumentará o reducirá, de acuerdo con lo que las necesidades de llevar a efecto la obra del Señor dictaren ser lo más prudente."

En la actualidad hay 11 Ayudantes de los Doce.

El Primer Consejo de los Setenta: En la gran revelación sobre el sacerdocio en las Doctrinas y Convenios en la sección 107, el Señor dice:

"Los Setenta también son llamados para predicar el evangelio, y ser testigos especiales a los gentiles y por todo el mundo —diferenciándose así de otros oficiales de la iglesia en los deberes de su llamamiento—

"E integran un quórum con igual autoridad que el de los doce testigos especiales, o Apóstoles, antes nombrados. . .

"Los Setenta obrarán en el nombre del Señor bajo la dirección de los Doce, o el sumo consejo viajante, edificando la iglesia y regulando todos sus asuntos en todas las naciones, primero entre los gentiles y después entre los judíos." (*Doc. y Con.* 107:25-26, 34.)

Los quórumes de setenta, enumerados consecutivamente, se organizan con referencia especial a su llamamiento y ministerio como misioneros. Y, refiriéndose nuevamente a la revelación: "que los presidan siete presidentes, escogidos de entre el número de los setenta." (*Doc. y Con.* 107:93.)

El Obispado Presidente: "El quórum del Obispado Presidente consta del Obispo Presidente y dos consejeros. Los tres son sumos sacerdotes al igual que obispos. Presiden sobre el Sacerdocio Aarónico, administran los asuntos temporales de la Iglesia bajo la Primera Presidencia, además supervisan el manejo de los diezmos, la transferencia de certificados de miembros, informes financieros y estadísticas y otros asuntos parecidos." (*Program of the Church,* por John A. Widtsoe, pág. 156.)

En pocas palabras se han bosquejado las responsabilidades de estos consejos. Ahora vuelvan la página y lean las biografías de los hermanos que han sido sostenidos por los miembros de la Iglesia en esos llamamientos.

ALVIN R. DYER

Apóstol

UNA acción enérgica y el fuerte deseo de hacer la voluntad del Señor caracterizan al nuevo apóstol de la Iglesia, Alvin R. Dyer, hijo de Alfred Dyer y Harriet Walsh, nació el 1° de enero de 1903 en Salt Lake City. Durante los años en que cursó la escuela secundaria y posteriores jugó en varios equipos de béisbol y cantó en un cuarteto que tenía gran aceptación.

El élder Dyer fue misionero en la Misión de los Estados del Este en donde fue líder de zona y en 1923 actuó en lo que fue tal vez el primer espectáculo religioso en el Cerro Cumora. En junio de 1926 se casó con May Elizabeth Jackson y tienen dos hijos.

Su trabajo metalúrgico durante ocho años, así como los cursos por correspondencia de dibujo mecánico e ingeniería, lo prepararon para una fructífera carrera de negocios. Fue director del departamento de calefacción y aire acondicionado de una firma de provisión para constructores, y a la edad de 46 años organizó una compañía de distribución que ha alcanzado gran éxito.

Durante su carrera de negocios, el élder Dyer fue miembro del Club de Intercambio, la Sociedad norteamericana de Ingenieros de calefacción y ventilación, y durante la segunda guerra mundial prestó sus servicios al cuerpo de Ingenieros Militares de los Estados Unidos, en calidad de asesor civil, en varios proyectos.

Pero el servicio al Señor ha sido siempre el gozo del hermano Dyer. Por casi seis años fue obispo del Barrio Monument Park en Salt Lake City. Anteriormente había servido en dos obispados y en los sumos consejos de dos estacas. Mientras era obispo recibió el llamamiento de presidir sobre la Misión de los Estados Centrales.

Dejando a un lado sus intereses, entró en el campo misional y halló un nuevo interés. Para satisfacer su mente en lo referente a la historia de la Iglesia y su gente en Misurí, el élder Dyer hizo una investigación y escribió un relato principalmente para su propio uso. Más tarde este relato fue publicado en forma de libro. Desde entonces el élder Dyer ha escrito siete libros sobre temas del evangelio.

En 1938, sólo cinco meses después de haber sido nombrado primer ayudante en la superintendencia general de la AMMHJ, el élder Dyer fue llamado para ser Ayudante del Consejo de los Doce. Más tarde fue llamado para abrir nuevamente y presidir la Misión Europea, en donde estuvo dos años. Cuando volvió a su hogar se dedicó profundamente a las asignaciones que se le habían encomendado, una de las cuales era el programa de orientación familiar que ayudó a dirigir.

El 5 de octubre de 1967, el élder Dyer fue ordenado apóstol, para estar asociado con los miembros del Consejo de los Doce y como testigo de la misión del Salvador. Su influencia y espíritu humilde lo hacen un siervo valioso en las manos del Señor.

ELDRED G. SMITH

Patriarca de la Iglesia

EL OFICIO de Patriarca en la Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Ultimos Días es un llamamiento sagrado. Es también un llamamiento hereditario dado de acuerdo a la dignidad personal del hombre que lo recibe por medio de la inspiración del Presidente de la Iglesia.

Eldred G. Smith es el séptimo Patriarca de la Iglesia en esta dispensación. Diariamente se encarga de las necesidades espirituales de los santos, a muchos de los cuales les da su bendición patriarcal, grandes pronunciamientos personales que pueden, si la persona es humilde y digna, guiar la manera para alcanzar posibles logros en una vida fructífera.

El élder Smith, hijo de Hyrum G. Smith y de Martha Gee, nació el 9 de enero de 1907 en Lehi, Utah. Cuando tenía cinco años su padre fue sostenido como Patriarca de la Iglesia y la familia se mudó a Salt Lake City. El joven Eldred recibió su educación en las escuelas públicas de Salt Lake City, en la escuela Secundaria Santos de los Ultimos Días y en la Universidad de Utah, en donde estudió ingeniería.

Se casó con Jeanne Ness el 17 de agosto de 1932 en el Templo de Salt Lake, y son padres de dos hijos y tres hijas.

El élder Smith, devoto en su servicio al Señor en cualquier capacidad que ha sido llamado a trabajar, ha servido como miembro de la mesa directiva de la AMMHJ en la Estaca de Ensign en donde fue llamado en noviembre de 1936, y el 5 de mayo de 1938 fue sostenido como segundo consejero en el obispado del Barrio 20 en Salt Lake City. Más adelante sirvió en el Sumo Consejo de la Estaca de Ensign. Cuando se organizó el Barrio 20 Norte, en 1941, él fue nombrado su primer obispo.

En 1944 aceptó un puesto con el proyecto atómico de Oak Ridge en Tennessee. En el camino a su asignación se detuvo en la cabecera de la misión en Louisville, Kentucky en donde ofreció sus servicios a la Iglesia. Cuando llegó a Oak Ridge se encontró que debido a la naturaleza del proyecto atómico no podía obtener permiso para que los santos se reunieran en las dependencias militares, así que invitó a los miembros de la Iglesia para efectuar servicios religiosos en su casa, en donde usaron cajones como mesa y asientos. Los servicios crecieron hasta alcanzar una asistencia de 35 niños y 65 adultos. Se formó entonces la rama de Oak Ridge y el élder Smith fue nombrado presidente de la misma.

Después de la segunda guerra mundial volvió a Salt Lake City, en donde el 6 de abril de 1947, en la conferencia general anual, fue sostenido como Patriarca de la Iglesia y fue ordenado y apartado para ese oficio el 10 de abril de 1947.

Desde entonces ha dado literalmente miles de bendiciones. Pasa muchas horas del día en su escritorio del Edificio de Administración de la Iglesia aconsejando a los miembros que vienen de todas partes del mundo.

ALMA SONNE

Ayudante del Consejo de los Doce

UNA DE LAS FASES más importantes de la conferencia de abril de 1941 fue el llamamiento de cinco Ayudantes del Consejo de los Doce, quienes fueron "apartados para obrar bajo la dirección de los Doce en el cumplimiento de las tareas que la Primera Presidencia y los Doce les impongan." Alma Sonne fue uno de estos cinco hermanos.

El élder Sonne nació en Logan, Utah, el 5 de marzo de 1884 y es hijo de Niels Chistian Sonne y Eliza Peterson. Después de su graduación en la Universidad de Brigham Young en Utah en 1904, trabajó para el First National Bank en Logan. Sirvió una misión en Inglaterra de 1910 a 1912 en donde estuvo a cargo del trabajo de emigración, tráfico y transporte. A su regreso de las Islas Británicas se casó con Geneva Ballantyne el 16 de mayo de 1912 y tuvieron cinco hijos, cuatro varones y una mujer. Después de la muerte de su esposa en 1941 se casó con Leona Ballantyne Wooley.

El élder Sonne ha desempeñado un papel importante en los negocios y desarrollo agrícola de la parte norte de Utah. Es presidente del First National Bank en Logan y miembro de la administración en la universidad del Estado de Utah.

Cuando en 1946 fué llamado para presidir la Misión Europea con cabecera en Londres, alguien le preguntó: "¿Por qué debe ir? ¿Acaso no es tan preciosa el alma acá que el alma en Europa?" A lo que el élder Sonne respondió: "Me imagino que eso es un asunto de convicción. Es muy importante que creamos." Entonces recordó que cuando era joven le había preguntado a su padre: "¿Por qué te uniste a la Iglesia?" El padre vaciló por un momento y después contestó: "Porque he leído el Libro de Mormón." Con la convicción de que esa era la palabra de Dios, su padre había solicitado ser bautizado. El élder Sonne recuerda que su madre había cruzado las llanuras de Council Bluffs al valle de Cache en Utah, detrás de una yunta de bueyes y una carreta cubierta. "¿Por qué?" preguntó el élder Sonne. Se le dijo que era porque tenían la convicción de que la Iglesia era verdadera.

La misma convicción caracteriza el servicio altruista y devoción de Alma Sonne. Infinidad de personas dan testimonio que es sincero cuando dice "no hay nada más importante que las personas". Ha sido miembro de dos obispados en Logan, superintendente de la Estaca de Cache y director del bienestar de esa región cuando fue llamado para ser Ayudante del Consejo de los Doce.

El fundamento de la vida del élder Sonne está basado en el amor por las personas y por el evangelio. "La única guía infalible para hombres y naciones es el evangelio de Jesucristo", dice el hermano Sonne.

ELRAY L. CHRISTIANSEN

Ayudante del Consejo de los Doce

LA FORTALEZA espiritual y sinceridad del élder ElRay L. Christiansen, Ayudante del Consejo de los Doce, han sido una influencia para bien en las vidas de innumerables personas, pues ha participado en actividades de la Iglesia, cívicas, culturales y educacionales.

El élder Christiansen nació en Mayfield, Utah, el 13 de julio de 1897, hijo de Parley Christiansen y Dorothea C. Jensen Scow. Estudió agronomía en la Universidad Agrícola del Estado de Utah y continuó sus estudios postgraduados en las universidades de Utah y Brigham Young. Agricultor y terrateniente ha hecho estudios del suelo y examinado regiones de pastoreo para el gobierno de los Estados Unidos.

Es profesionalmente un educador, una de sus satisfacciones más grandes proviene de enseñar a los jóvenes. Esto lo ha hecho efectivamente en escuelas, con los misioneros, como director de escultismo y en su extenso servicio en los templos de la Iglesia.

Se casó con Lewella Rees, en el Templo de Manti el 14 de junio de 1922 y tienen tres hijos. En 1924 aceptaron un llamamiento para la Misión de los Estados Centrales, y así comenzó una larga secuencia de servicios para la Iglesia. Más tarde sirvió en la superintendencia de la Escuela Dominical y en el Sumo Consejo de la Estaca de East Jordan (Utah) y como obispo del Barrio 1 de Draper. En 1936 se asoció con el Sistema de Escuelas de la Iglesia y se mudó a Logan, Utah.

En 1937 fue llamado para presidir la Misión de Texas-Louisiana. Cuatro años después volvió a Logan en donde fue sostenido como primer consejero en la presidencia de la Estaca de Cache. De 1943 a 1952 fue presidente del Templo de Logan y durante cuatro de esos años sirvió como primer consejero en la presidencia de la Estaca de East Cache y luego como presidente.

El 6 de octubre de 1951 fue llamado como Ayudante del Consejo de los Doce. En esta capacidad ha servido como director del comité de presupuesto del Comité de Bienestar de la Iglesia, fue presidente del Templo de Salt Lake por ocho años y ayudó a preparar el Templo de Londres para la obra de ordenanzas. En 1961 fue nombrado, bajo la dirección de la Primera Presidencia como coordinador de todos los templos de la Iglesia. Además es supervisor del área que cubre las cuatro misiones norteamericanas del sudeste.

El élder Christiansen ha sido honrado y respetado en todos sus trabajos. Cuando fue sostenido en la conferencia de octubre como Ayudante del Consejo de los Doce, hizo hincapié en que un testimonio genuino debe estar acompañado de buenas obras. Ciertamente este ha sido el fundamento de su propia vida: por medio de su firme testimonio ha sido impulsado a obras buenas y ha llegado a ser un hombre dedicado, fuerte y solidario.

JOHN LONGDEN

Ayudante del Consejo de los Doce

EN LOS PRIMEROS días de la Iglesia restaurada, el Señor reveló por intermedio del profeta José Smith lo siguiente: "Porque mi alma se deleita en el canto del corazón; sí, la canción de los justos es una oración para mí."

El élder John Longden ha sembrado con canciones el camino al corazón de los santos por donde ha viajado. Talentoso cantante, ha compartido con gusto sus talentos musicales con congregaciones en muchas partes del mundo al visitarlas en sus asignaciones de la Iglesia.

El élder Longden nació en Oldham, Lancashire, en Inglaterra, el 4 de noviembre de 1898. Sus padres Thomas J. Longden y Lizetta Taylor se convirtieron a la Iglesia y cuando John tenía diez años de edad la familia emigró a Utah. Cursó sus estudios en la Escuela Secundaria S.U.D., Escuela de Comercio S.U.D. y también en la Universidad de Utah.

Sus talentos musicales fueron reconocidos rápidamente, estudió canto y drama y fue miembro de dos compañías de teatro. En 1921 aceptó un llamamiento para servir en la Misión de los Estados Centrales y a su regreso comenzó su carrera de negocios, primero en una agencia de seguros y más tarde en el negocio de artículos eléctricos. En este campo llegó a ser director de la Compañía de Suministros Eléctricos Westinghouse en Salt Lake City y en 1952 fue nombrado director de la Corporación de Productos Eléctricos National, posición que ocupó hasta su jubilación en 1960.

En 15 de octubre de 1924 se casó con Frances LaRue Carr en el Templo de Salt Lake y son padres de dos hijas. La hermana Longden sirvió 13 años como segunda consejera en la presidencia general de la Asociación de Mejoramiento Mutuo de Mujeres Jóvenes.

El élder Longden siempre se ha dado tiempo para servir fiel y gustosamente en la Iglesia. Ha trabajado como superintendente, ayudante y superintendente en la AMM de barrio y estaca antes de ser llamado como obispo del Barrio 19 en Salt Lake City. Sirvió 17 años como miembro del sumo consejo de la estaca, y en 1950 fue llamado como miembro del Comité de Bienestar General de la Iglesia. En octubre de 1951 recibió el llamamiento para ser Ayudante del Consejo de los Doce.

En una reciente conferencia general el élder Longden habló de cuando asistía a reuniones en una pequeña casa galvanizada en Oldham, Lancashire. Cincuenta y seis años después tuvo el privilegio de volver a su tierra natal para dedicar la hermosa capilla en Oldham. "Hace cincuenta y seis años", musitó el élder Longden, "parecería que hubiera sido ayer. ¡Cómo vuela el tiempo!"

Entonces agregó: "No hay nada que podamos hacer a menos de tratar de hacer lo más posible para que pasen en una manera fructífera." Y él lo ha hecho con gran éxito.

STERLING W. SILL

Ayudante del Consejo de los Doce

UNA EXPERIENCIA impresionante en la vida de Sterling Sill fue lo que influyó grandemente en su vida. En una clase de la Escuela Dominical se le pidió que explicara un pasaje del manual. Cuando el joven de 12 años se puso de pie para hablar, fue posesionado de pánico. Las lágrimas comenzaron a rodar por sus mejillas y no pudo terminar de hablar. Ese mismo día, otro joven habló con tal aplomo que el élder Sill aún recuerda el deseo que sintió de alcanzar la misma cualidad. Una mano guiadora ya estaba influenciando su vida pues en una bendición se le había dicho: "El ojo del Señor estará sobre tí . . . y tu lengua será desatada ante tu asombro."

El élder Sill nació el 31 de marzo de 1903 en Layton, Utah, y es hijo de Joseph Sill y Marietta Welling. Aún recuerda la timidez que lo preocupaba durante su misión en los Estados del Sur. Después de asistir a la Universidad de Utah enseñó por dos años antes de entrar en el negocio de seguros en Salt Lake City.

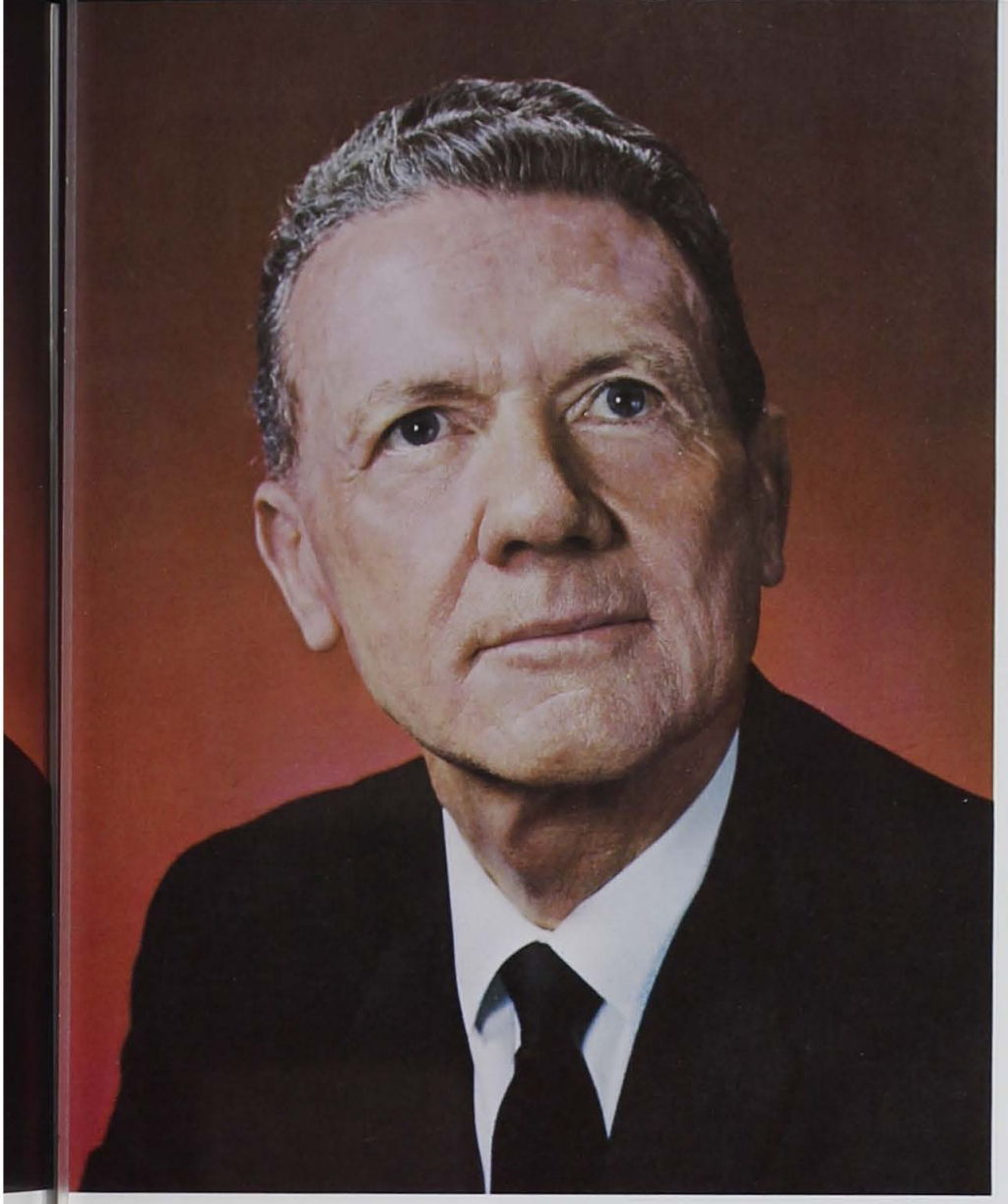
El éxito ganado con mucho trabajo y el constante apoyo de su esposa Doris Mary Thornley (tienen tres hijos) efectuaron grandes cambios en su personalidad. Avanzó rápidamente en su profesión llegando a ser el director de su firma en 1933 e inspector de agencias en 1940, posición que ocupa honorariamente en la actualidad. A la edad de 29 años fue el primer hombre de Utah que habló en la Asociación Nacional de Aseguradores de Vida.

En 1936 fue llamado obispo del Barrio de Garden Park. Pensando que se le pediría que hablara en la próxima conferencia de estaca cercana a su nombramiento, preparó un discurso. Pero no se le pidió que hablara. Para la próxima conferencia había preparado otro discurso, pero tampoco se le pidió que hablara. Por los siguientes 10 años, el obispo Sill preparó discursos, pero nunca dio ninguno en una conferencia. El Señor lo estaba disciplinando para su gran ministerio.

En 1951 fue nombrado miembro de la mesa directiva de la Escuela Dominical y en abril de 1954 fue llamado como Ayudante del Consejo de los Doce. Después de dar una serie de 12 discursos en el programa dominical de la Iglesia en la radio en el año 1959, se le pidió que siguiera dando esos mensajes indefinidamente, y por los últimos ocho años ha preparado y pronunciado discursos en programas radiales de 15 minutos y media hora, que se difunden nacionalmente en más de 450 estaciones.

Mensualmente recibe más de 4,200 cartas de personas que expresan sus sentimientos como: "Me he unido a la Iglesia por causa de sus mensajes." "Usted ha cambiado mi modo de vida." "¡Qué ministerio mormón tan excelente!". Su habilidad para servir al Señor en esta manera ha sido el fruto de 40 años de preparación. Hace varios años comenzó a catalogar sus pensamientos y ahora está compilando el ejemplar número 23 de ideas.

Es un gran predicador del evangelio en nuestro tiempo.



HENRY D. TAYLOR

Ayudante del Consejo de los Doce

"FUE INEVITABLE que alcanzara altas posiciones", se ha dicho de Henry D. Taylor cuando fue llamado como Ayudante del Consejo de los Doce en abril de 1958. Desde su juventud fue instruido para ser un líder en la granja donde vivían en Provo, Utah, donde nació el 22 de noviembre de 1903. Sus padres son Arthur N. Taylor y María Dixon.

Recordando la rica experiencia de su hogar, el élder Taylor dijo en su discurso en una conferencia general: "No fuimos creados para estar solos. Llegamos a ser mejores individuos cuando crecemos juntos y no solos".

Después de una misión en los Estados del Este, el élder Taylor se graduó en la Universidad de Brigham Young en 1929 y en 1960 recibió de la misma universidad el premio al Servicio Sobresaliente. Recibió su certificado de la Universidad de Nueva York en la facultad de Venta al por menor en 1937. En Provo, donde era director de la Compañía Dixon Taylor Russel, el élder Taylor estaba ocupado en asuntos de la comunidad, incluyendo la Cámara de Comercio, miembro del club Kiwanis y la administración del Hospital del valle de Utah.

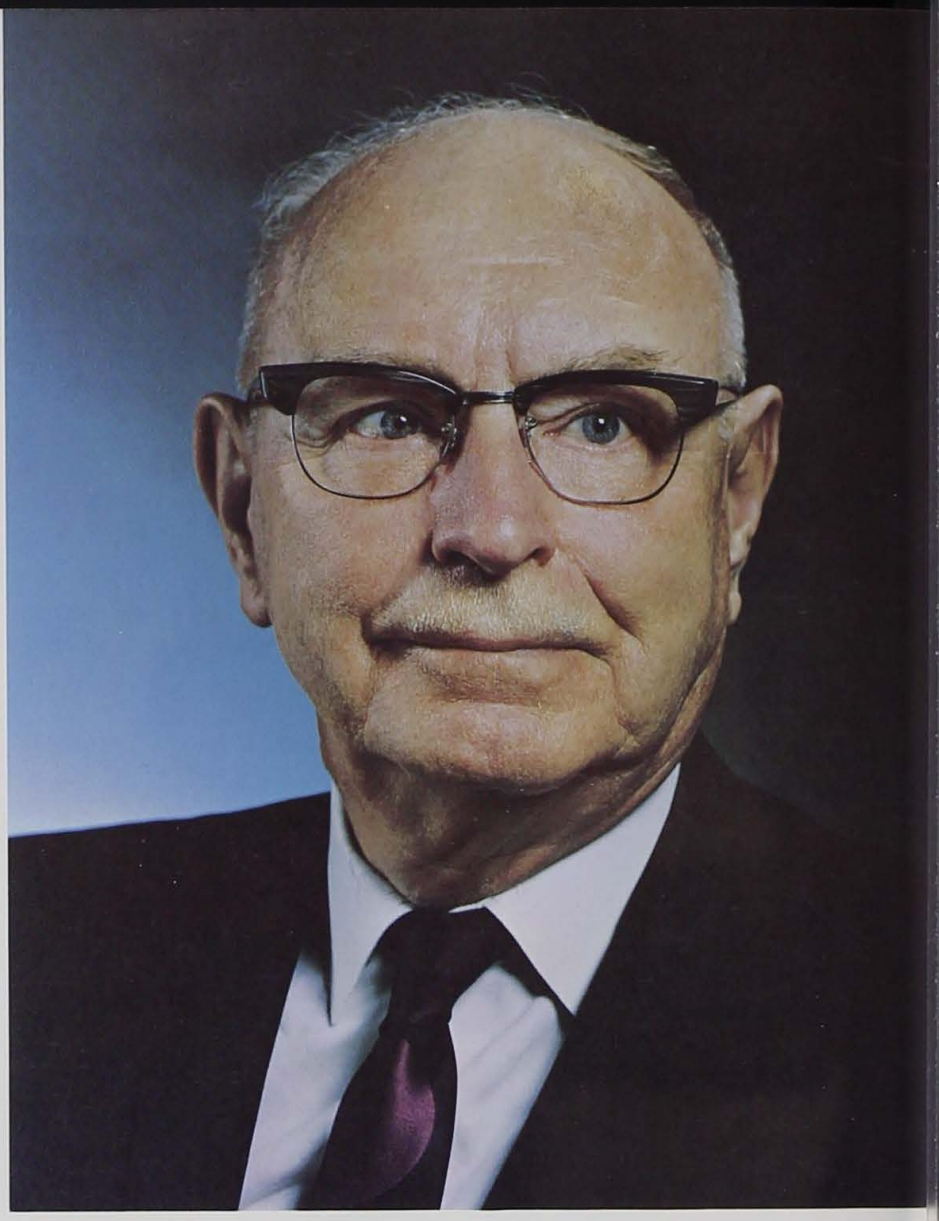
El 26 de diciembre de 1929 se casó con Alta Hansen, de Richfield, Utah, y tienen cuatro hijos. La hermana Taylor ha sido muy activa en las organizaciones del barrio y estaca y siempre apoyó encantadora e inteligentemente a su esposo, compartiendo con él años de oportunidades y logros. Ella falleció el 6 de julio de 1967.

El élder Taylor ha sido descrito como un "dínamo silencioso" y pareció estar destinado a dirigir a sus hermanos. Fue presidente nacional de Delta Phi, miembro del sumo consejo, secretario de estaca, al igual que obispo del Barrio de Pleasant View y presidente de las estacas de Sharon y de Sharon del Este. Se encontraba sirviendo como presidente de la Misión de California cuando fue llamado como Ayudante del Consejo de los Doce.

En la actualidad es gerente director del Programa de Bienestar de la Iglesia. El élder Taylor ha llevado a su llamamiento una amplia y larga experiencia en la obra de bienestar incluyendo la experiencia como director de las regiones de bienestar de Mt. Timpanogos y del Centro de Utah.

El élder Taylor desempeña su trabajo en el Programa de Bienestar con gran amor y compasión por sus semejantes, así como una fe completa e inflexible en la verdad revelada con fortaleza y tolerancia. Hablando del programa dice: "Para llevar a cabo los propósitos del programa se tuvo la intención de que todos los miembros de la Iglesia se unieran y trabajaran juntos, dando un sentimiento de hermandad y unidad, un sentimiento de pertenecer, el uno al otro y al reino de Dios."

Su guía silenciosa y afable y su excelente trabajo con una fe firme en su Padre Celestial distinguen al élder Henry D. Taylor.



WILLIAM J. CRITCHLOW, Hijo

Ayudante del Consejo de los Doce

DURANTE la primera guerra mundial, mientras estaba al servicio de los Estados Unidos en el departamento de estudios geodésicos, el élder William J. Critchlow se encontró estacionado a solas en el pico de una montaña durante varias semanas, donde tuvo tiempo para leer el Libro de Mormón. "Había 'heredado' el evangelio," recuerda, "el llegar a ser miembro de la Iglesia era una cosa rutinaria. Pero mi conversión, ese sentimiento de saber sin ninguna duda, lo recibí en la cima de una montaña al leer el Libro de Mormón y preguntarle a Dios acerca de su veracidad."

Este testimonio lo ha ofrecido con gran fervor y convicción, especialmente desde que fue sostenido como Ayudante del Consejo de los Doce en 1958.

Nació el 12 de agosto de 1892, sus padres fueron William J. Critchlow y Anna Gregorson. El élder Critchlow ha vivido en Ogden, Utah, toda su vida. Después de su graduación en la escuela secundaria entró en la Academia de Weber en donde en el año 1911, como presidente del cuerpo de estudiantes, comenzó una campaña para la edificación de un gimnasio, fijando el modelo para una vida de servicio para el bien de la comunidad. Muchos años después se materializó su sueño y el gimnasio fue edificado. Cuando fue devuelto a la Iglesia y remodelado como el Gimnasio Deseret en junio de 1967, se le pidió a William J. Critchlow, hijo, el hombre que había comenzado la campaña para su construcción, que ofreciera la oración dedicatoria.

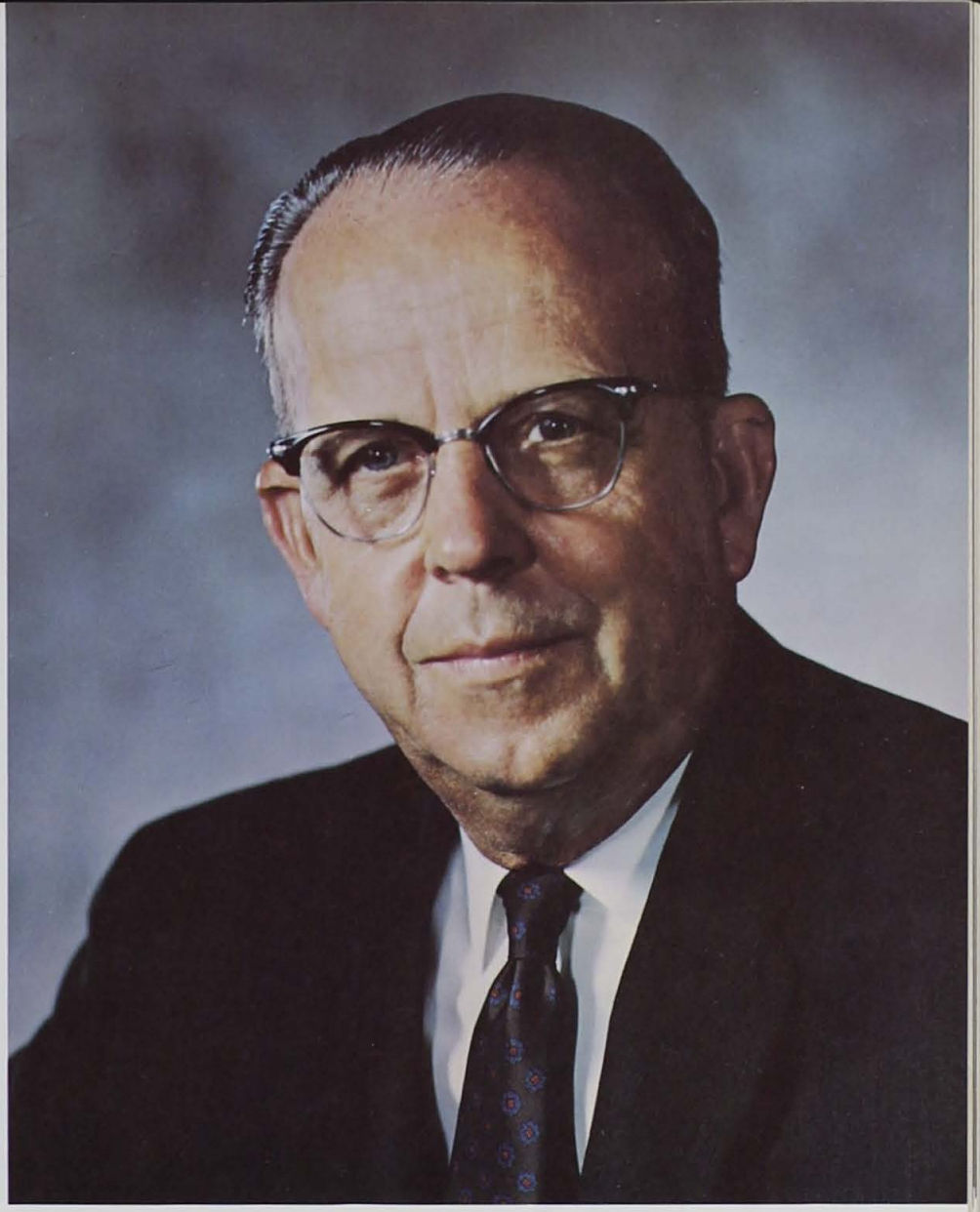
Para prepararse para una carrera en la administración de empresas, tomó cursos por correspondencia de la Universidad de LaSalle en Chicago y también de la Universidad de Utah.

Entró en el campo del servicio eléctrico en 1912, y con la excepción de asignaciones temporales del gobierno, cumplió varias responsabilidades ejecutivas en la Compañía de Luz y Energía Eléctrica en Utah, hasta su jubilación cuando se encontraba sirviendo como gerente del desarrollo de negocios.

"La medida del verdadero éxito de un hombre en la vida es su familia" ha dicho. En 1924 se casó en el Templo de Salt Lake con Anna Maria Taylor y tienen dos hijos y una hija.

La influencia del élder Critchlow en los asuntos de la comunidad de Ogden ha sido muy profunda y ha servido en numerosos comités y en clubes cívicos. Inició el espectáculo histórico que se presenta cada año en Ogden con el título de *All Faces West* (Todos al oeste), el cual representa el viaje de los mormones al valle del Gran Lago Salado. Esta presentación es de interés particular para el élder Critchlow en vista de que su bisabuelo James Brown fue uno de los jefes del Batallón Mormón y fundador de la ciudad de Ogden.

Lo que le dio más gozo en la vida, cree el hermano Critchlow, es el producto del servicio, especialmente el servicio a la Iglesia. Ha tenido muchos cargos en las organizaciones auxiliares y ha servido por 17 años como primer presidente de la Estaca del Sur de Ogden antes de su llamamiento como Ayudante del Consejo de los Doce en 1958.



FRANKLIN D. RICHARDS

Ayudante del Consejo de los Doce

"SIGUE a los líderes de la Iglesia y nunca desperdicies la oportunidad de servir." Estas palabras de consejo de sus padres han sido la filosofía que ha guiado al élder Franklin D. Richards, Ayudante del Consejo de los Doce, quien ha dedicado su vida al servicio de su comunidad, nación e Iglesia.

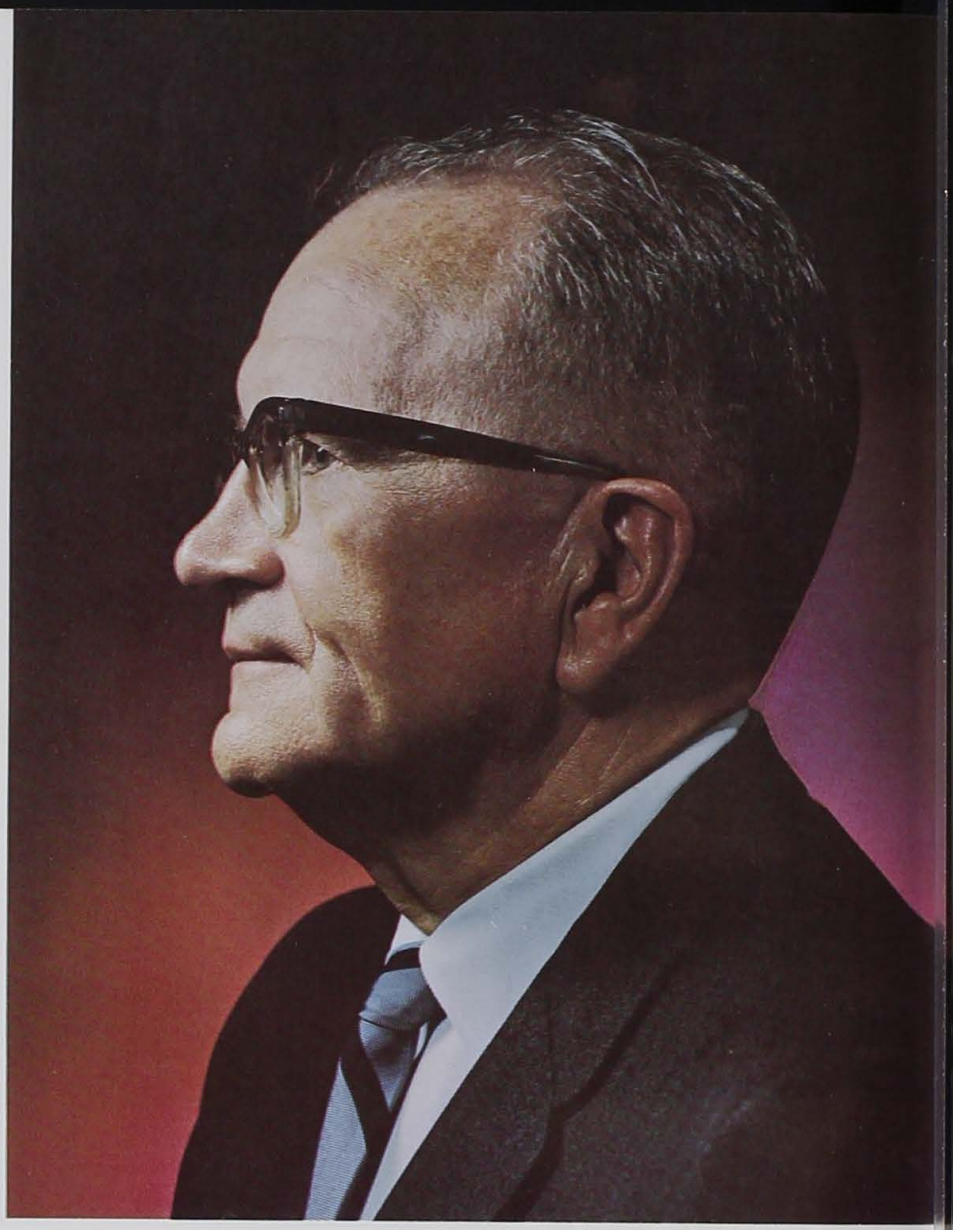
El élder Richards, hijo de Charles C. Richards y Letitia Peery, nació el 17 de noviembre de 1900 en Ogden, Utah. Desde joven fue muy industrioso y trabajó en la granja de su padre para ganar el dinero necesario para cursar sus estudios. También fue muy activo en las actividades de debate y publicaciones de la escuela.

Se graduó en la Academia Weber en Ogden y estudió en la Universidad de Utah antes de recibir su llamado como misionero a la Misión de los Estados del Este. A su regreso terminó sus estudios para graduarse como Bachiller en Leyes en 1923 y comenzó a practicar la abogacía en Salt Lake City. Se casó con Helen Kearnes en el Templo de Salt Lake el 1º de agosto de 1923. La pareja tiene dos hijos y dos hijas.

El élder Richards fue el primer director de la Administración Federal de Vivienda en Utah en el año 1934 y más tarde fue designado apoderado zonal de 13 estados del oeste, con su oficina en Washington D.C. En 1947 fue elegido comisionado nacional de la Administración Federal de Vivienda y durante su término, los Estados Unidos gozó del programa más grande de edificación residencial de su historia. Después de renunciar a su cargo en 1952, estableció su propio negocio de operaciones bancarias, hipotecarias y de la bolsa, con oficinas en Nueva York, Washington y Salt Lake City. Volvió a Utah en el año 1954.

Cuando era joven recibió su bendición patriarcal y en ella se lo bendecía para que fuera "llamado a ocupar cargos de presidencia y responsabilidad en posiciones sagradas y civiles." Esa promesa se ha cumplido, pues además de tener posiciones de responsabilidad pública ha sido también director en sus quórumes del sacerdocio y en las organizaciones auxiliares de la Iglesia.

El élder Richards era presidente de la misión de la Estaca de East Mill Creek cuando fue llamado a presidir la Misión de los Estados del Noroeste en 1959. Allí dirigió una de las misiones más fructíferas de la Iglesia y escribió un nuevo manual para los misioneros incorporando los planes más efectivos para enseñar. El 8 de Octubre de 1960, diez meses después de ser nombrado presidente de misión, se anunció en la conferencia general que había sido llamado para ser Ayudante del Consejo de los Doce. Sus actividades misionales han continuado pues sus asignaciones como Autoridad General han incluido la supervisión de las misiones de la costa este de los Estados Unidos y más recientemente las de Sudamérica.



THEODORE M. BURTON

Ayudante del Consejo de los Doce

UN COLEGA en la Sociedad Genealógica, donde el élder Theodore M. Burton sirve como vicepresidente, así como director del Comité Genealógico del Sacerdocio, lo describe como un hombre humilde "con honestidad, amor, dedicación y fe inflexible en el evangelio y sus principios."

El élder Burton desarrolló esas cualidades en una edad temprana de su vida. Hijo de Theodore Taylor Burton y Florence Moyle nació el 27 de marzo de 1907. Sus padres lo alentaron a trabajar desde la edad de 12 años. Hablando de sus padres, el élder Burton ha dicho: "me dieron las oportunidades y enseñaron el evangelio al dar el ejemplo y vivirlo en nuestro hogar en Salt Lake City."

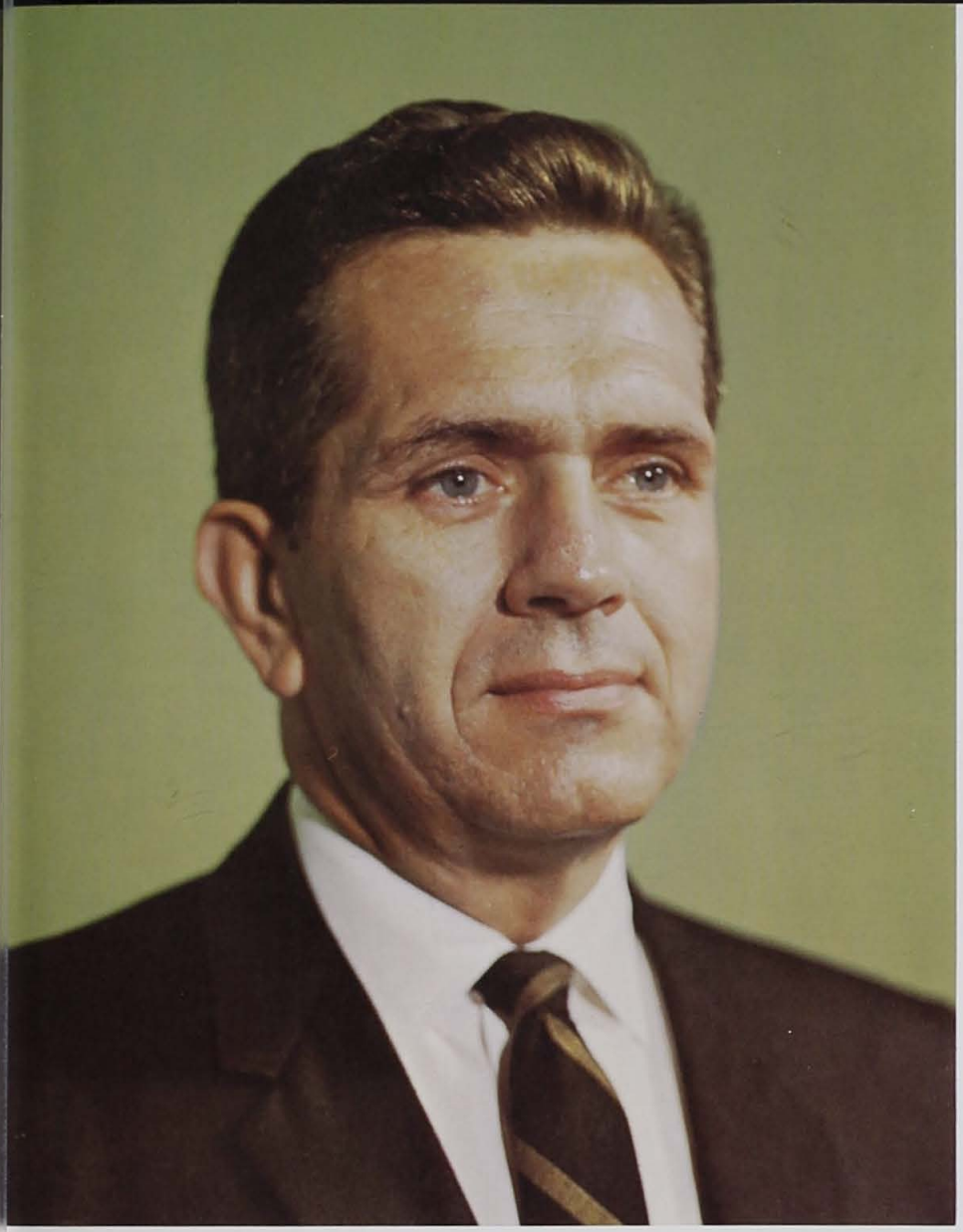
Con gran éxito terminó sus estudios en la Universidad de Utah y recibió su doctorado en química, de la Universidad de Purdue. De 1932 a 1934 trabajó como bacteriólogo en Salt Lake City. Más adelante fue profesor de química en la Universidad Carbon, en Price, Utah y después en la Universidad del Estado de Utah, en Logan.

El élder Burton cree que sus estudios en las ciencias lo han ayudado a ser más sensible a las leyes de Dios. "Mi testimonio ha sido fortalecido, porque en la ciencia he aprendido a ver el orden. En nuestra religión, Dios nos ha dado la verdad infalible la cual podemos probar al aplicarla en nuestras vidas."

De 1927 a 1930 sirvió en la Misión Suizo-Alemana. Más tarde fue obispo y miembro del sumo consejo en Logan. En 1957 volvió a Europa para presidir la Misión Alemana Occidental; en esta posición lo acompañaron su esposa Minnie Preece con la que se casó en el Templo de Salt Lake el 23 de febrero de 1933, y su hijo Robert quien desde estonces ha hecho una misión en Suiza. Antes de ser nombrado presidente de la Misión Europea en 1962, el élder Burton fue apartado como Ayudante del Consejo de los Doce el 9 de octubre de 1960. En junio de 1965 fue nombrado a la supervisión de la Misión de Europa occidental.

"En el mundo venidero no será cuestión de cuántos cargos hemos tenido sino a cuántas personas hemos ayudado" ha dicho; y en cuanto a su trabajo con la genealogía ha expresado: "Lo que Jesús hizo fue un ejemplo para mostrarnos cómo podemos servir a otros por medio de nuestro propio esfuerzo y sacrificio. En nuestra obra vicaria para la salvación de nuestros muertos, seguimos a nuestro Señor y Salvador y llegamos a ser salvadores de aquellos que no pueden salvarse a sí mismos."

Estas no son meras palabras del élder Burton, sino principios que pone en práctica. Se ha dicho de él que "ha jurado su lealtad al reino".



BOYD K. PACKER

Ayudante del Consejo de los Doce

EL ELDER Boyd K. Packer nació el 10 de septiembre de 1924 dentro de un hogar ricamente bendecido con todo menos dinero. Fue el décimo de once hijos nacidos a Ira W. Packer y Emma Jensen. En el círculo de su familia aprendió los principios que habían hecho que el evangelio restaurado fuera una religión de todos los días, y que había hecho que sus tierras áridas florecieran como una rosa.

Durante su último año en la escuela secundaria el incidente en Pearl Harbor había envuelto a la nación en una guerra. Posterior a su graduación trabajó para los constructores del Hospital General Bushnell en Brigham City, Utah. Se alistó en el programa de cadetes aéreos en la Fuerza Aérea y a la edad de veintiún años se graduó como piloto. Recuerda que como un cadete solitario solía abrir su corazón al Señor en oración, prometiendo que si lograba alcanzar los verdaderos propósitos de la vida y resistir la tentación dedicaría su vida al Señor.

Después del adiestramiento adicional estuvo estacionado en Hawaii y luego en las Filipinas. En 1945 lo mandaron a Japón en donde en sus tiempos de ocio tuvo la oportunidad de ayudar a otros compañeros en el servicio a enseñar el evangelio a los japoneses.

Al ser dado de baja del servicio militar continuó sus estudios en el campo de la educación en las universidades de Weber y del Estado de Utah, después de lo cual recibió el grado de maestro. Se casó con Donna Edith Smith y tienen nueve hijos.

El presidente George Albert Smith habló en el tabernáculo de Box Elder en 1948, animando a los ciudadanos de la comunidad para ayudar a hacer uso de las facilidades del Hospital Bushnell para una escuela india, prometiendo a aquellos que estaban presentes que serían bendecidos si hacían todo lo posible para lograr el propósito presentado.

El élder Packer, al igual que otros, tomó estas palabras como un desafío personal. Cuando el primer grupo de estudiantes indios arribó en 1949, el élder Packer, entonces miembro del cuerpo de maestros de seminario, y J. Edwin Baird, fueron asignados para preparar un programa de la Iglesia para esos estudiantes. Desde ese humilde comienzo, el programa de seminarios para indios ha crecido y se ha desarrollado y ahora se usa en toda la Iglesia.

El élder Packer fue sostenido como Ayudante del Consejo de los Doce en la conferencia general de octubre de 1961. En ese entonces era supervisor de los seminarios e institutos de religión y estaba trabajando para obtener su doctorado en educación el que recibió de la Universidad de Brigham Young en junio de 1962.

Desde agosto de 1965 ha estado presidiendo la Misión de Nueva Inglaterra.

La promesa que hizo el élder Packer, cuando era joven cadete de dedicarse al Señor, la ha cumplido ampliamente en su significativa contribución a la educación de la juventud de la Iglesia.

BERNARD P. BROCKBANK

Ayudante del Consejo de los Doce

EL ESPIRITU del trabajo misional se manifiesta en la vida y personalidad del élder Bernard P. Brockbank. La mayor parte de su vida ha sido consagrada a promulgar el evangelio; cuando habla, lo hace con la convicción y entusiasmo de uno que ama el trabajo del Señor y desea compartirlo con sus hermanos.

El élder Brockbank nació el 24 de mayo de 1909, en Holladay, Utah, hijo de Taylor P. Brockbank y Sarah LeCheminant. Estudió en la Escuela de Agricultura del Estado de Utah y las Universidades de Utah y de George Washington en el Distrito Federal de Washington. Interrumpió sus estudios en el año 1929, cuando aceptó su llamado para obrar en la Misión Británica, donde fue presidente de distrito por un año, con lo que comenzó el primero de sus llamamientos en el trabajo misional. Mientras asistía a la Universidad cumplió una misión de estaca en el Distrito Federal de Washington de los años 1934 a 1935.

El 1° de noviembre de 1935 se casó con Nada Rich, y fueron padres de cinco hijos y una hija. La hermana Brockbank falleció el lo. de agosto de 1967.

El élder Brockbank es un renombrado constructor de edificios en Salt Lake City, y se ha conservado activo en sociedades constructoras así como en asuntos cívicos, pues ha sido miembro de la Junta de Bienes Raíces de Salt Lake City y de la Asociación Constructora de Viviendas en Utah, así como presidente de la Junta de Educación del Distrito Escolar de Granite.

Dondequiera que ha residido, el élder Brockbank ha ocupado puestos de responsabilidad en la Iglesia, entre ellos obispo del barrio Winder en Salt Lake City, primer consejero de estaca, presidente de la Estaca de Holladay y presidente de la región de bienestar del Valle del Jordán.

Su inmenso amor por el trabajo misional dió fruto con mayor empuje desde el año 1960 cuando fue nombrado presidente de la Misión Británica. Cuando se dividió la misión en diciembre de 1960, fue nombrado primer presidente de la Misión Escocesa-Irlandesa y 18 meses después de la Misión Escocesa. En octubre de 1962 mientras se hallaba obrando en esta última, fue nombrado Ayudante del Consejo de los Doce.

Cuando se inauguró el Pabellón Mormón en la Exposición Mundial de Nueva York en el año 1964, se designó como administrador al élder Brockbank, cuyo entusiasmo y celo, influyó en los muchos misioneros que trabajaron bajo su dirección, además de los millones de visitantes a quienes se presentó el evangelio restaurado.

Al concluir la exposición el élder Brockbank ha estado ayudando a preparar exhibiciones en los distintos centros de visitantes de la Iglesia, en las cuales se incorporan muchas de las ideas usadas con tanto éxito en la exposición mundial, y que ahora están ayudando a enseñar las verdades del evangelio a un mayor número de personas.

Entonces, cuando empezaba a pudo. —¿De dónde vino eso?—dijo clavar suavemente sus uñas en la

pudo.

—¿De dónde vino eso?—dijo Juancito dejando caer los papeles al suelo.

—¿Donde está?—preguntó Graciela.

—Aquí está—dijo Carolina cuando vió a Pompón en medio de la pila de papeles.

—Esa era nuestra sorpresa para después de la comida—dijo la mamá riendo.

—Me imagino que Pompón no pudo esperar tanto—dijo el papá.

—Nuevamente tengo una familia—dijo Pompón mientras se acurrucaba en los brazos de Carolina, y Juancito y Graciela la acariciaron.

Entonces, cuando empezaba a clavar suavemente sus uñas en la manga de Carolina sintió un cosquilleo en la garganta. Al principio fue muy suave, pero fue aumentando de volumen cada vez más.

Pompón se rió:

—Iba a ser una sorpresa para la familia después de la comida, pero también es una sorpresa para mí. Pensé que necesitaba una caja para ronronear para ser feliz, pero cuando estoy feliz mi caja para ronronear está dentro de mí.

—Feliz Navidad—susurró la pequeña Graciela a su oído.

—Lo mismo para ti—ronroneó la gatita.

La sección de los niños

Algo para hacer

TARJETAS PARA LA MESA

HAGAN estas tarjetas para poner en la mesa en una cena festiva familiar o fiesta de Navidad.

Se usan tiras de cartulina de aproximadamente 13 centímetros de largo por 4 de ancho. La cartulina puede ser verde o roja o se puede colorear. Se dobla cada tira en el centro y se corta un semicírculo justo en el doblez. Las puntas se doblan hacia afuera como lo muestra el dibujo.

En el centro del círculo se pueden poner ramas de pino y otros adornos navideños. (Corten algunas ramitas del árbol de Navidad o de algunas ramas que no se necesiten para la decoración. También se pueden usar ramitas de acebo.)

Pegar las tarjetas sobre un cartón más grueso para que sean más fuertes.

Un manojo de granos

por Bernadine Beatie

ERA la Nochebuena. Miguelito estaba sentado frente a la ventana mirando por el camino hacia el oeste. Apenas si podía ver la luz de la estación de servicio del viejo Miguel en medio de la tormenta de nieve. En frente de cada casa, en cada lado del camino había postes a los que se habían atado manojos de granos.

—Mamá — llamó Miguelito — ¿puedo ir a quedarme con el abuelo?

—Lo único que quieres es escuchar nuevamente la historia de Navidad del abuelo—dijo su mamá poniéndose a su lado—algunas veces pienso que colgamos esos manojos de granos más para complacer al abuelo que para otra cosa.

—No—dijo Miguelito—son para los pájaros y para Olaf.

—¡Um! Todos saben con excepción de tu abuelo que Olaf ha muerto. Nadie podría haber sobrevivido tal tormenta.

Miguelito supuso que su mamá tenía razón, pero era una lástima. El abuelo quería un mejor final para su cuento de Navidad—un final feliz—Miguelito también quería un final feliz.

—Está bien—dijo a mamá—pero quiero que tú y el abuelo estén de vuelta a las diez.

Miguel llegó a la estación de servicio justo cuando entraba un auto. Un hombre alto se bajó del mismo; vestía un uniforme azul marino y tenía una gorra con visera que estaba adornada con una trenza dorada. Parecía un gigante en contra de la obscura pradera cubierta de nieve. Los ojos del niño se agrandaron cuando oyó que su abuelo llamaba al hombre "capitán", nunca antes había visto un capitán de verdad.

caja subía y bajaba debajo de las cobijas. Entonces, cuando la gatita estaba por llegar al lugar de donde venía el sonido, las cobijas se movieron y el hombre se dio vuelta.

Pompón dio dos saltos mortales al bajar de la cama y se escondió debajo de la cómoda formando un ovillo.

—Nunca volveré a ser feliz sin mi caja para ronronear—maulló suavemente.

Cuando la luz de la madrugada comenzó a infiltrarse en el dormitorio, Pompón paró las orejas con deleite. Cerca había otra caja para ronronear.

Estaba al otro lado del pasillo. Rápidamente Pompón fue al otro dormitorio. El ronroneo venía de la mesita que estaba al lado de la cama de la tía Susana. Justo cuando la gatita se estaba estirando para alcanzar su caja para ronronear, la tía Susana se dio vuelta y apretó el botón.

—¿Por qué puse el despertador esta mañana?—se preguntó medio dormida—¡Oh, debo poner el pavo en el horno!

La tía Susana casi pisa a Pompón cuando buscaba sus chinelas.

¡Pobre Pompón!

Ahora deseaba no haberse movido del sótano sobre la frazada de color rosa. Estaba buscando las escaleras para volver a su caja cuando un ronroneo muy fuerte la hizo saltar atemorizada.

Esa sería una caja para ronronear demasiado grande para mí, pensó la gatita, y se escondió debajo de una silla.

La pequeña Graciela, Juancito y Carolina entraron corriendo y levantaron el auricular del teléfono. El ronroneo cesó.

—¡Es la abuela!—gritaron los niños—nos ha llamado para desearnos una feliz Navidad. ¡Feliz Navidad, abuelita! — dijeron los niños.

Entonces todos gritaron:

—¡Feliz Navidad, mamá y papá! ¡Feliz Navidad a todos!

Pompón nunca había escuchado tantos gritos y visto tanta gente correr al mismo tiempo.

Sin hacer ruido entró en el cuarto y se escondió en un montón de paquetes rojos y blancos.

—Achú—dijo cuando una rama de pino le tocó la nariz.

Pompón apenas se había metido entre dos paquetes con moños rojos, cuando toda la familia entró en la sala y se sentó en el suelo.

De pronto un papel blanco cayó sobre la gatita, después un moño verde, luego un papel plateado. Silenciosamente se agachó bajo la pila cada vez mayor de papeles para envolver regalos.

Tembló por causa de un escalofrío, se echó sobre el piso y puso sus patitas blancas bajo el montón. Dejó que un ojo se cerrara y abriera. Se cerrara y abriera. Se cerrara y apenas se abriera. Se cerrara. . . .

Cuando se despertó oyó ruidos alrededor de ella. Pronto la alzaron en el aire junto con un montón de papeles.

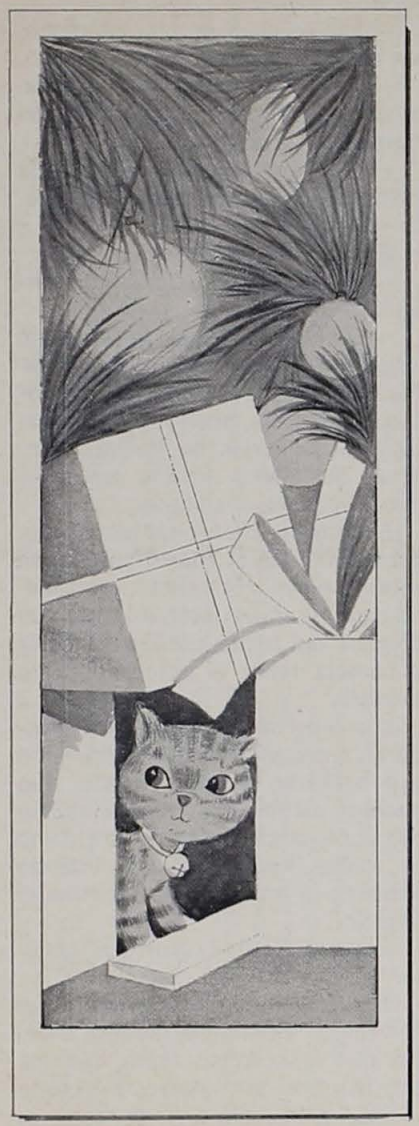
—Llevaré estos papeles a la basura—dijo Juancito casi al oído de Pompón.

Pompón había perdido su caja para ronronear, pero todavía podía maullar.

—Miau—gritó lo más fuerte que

caja subía y bajaba debajo de las taron el auricular del teléfono. El

El ronroneo perdido



por Blanche Boshinski

POMPON no sabía que era la Nochebuena y que a la mañana siguiente sería Navidad.

No sabía que era una sorpresa y que debía quedarse escondida en el sótano.

Lo único que sabía era que estaba triste, porque su mamá gata no estaba con ella. Sus peludos hermanitos y hermanitas no habían venido a esta casa extraña con ella. La casa, que era muy grande, tenía un olor distinto. Además había perdido su caja para ronronear.

—Tal vez perdí mi caja para ronronear cuando vine a la casa con la señora esta tarde—se dijo Pompón—debo encontrarla inmediatamente.

Salió de la caja cubierta con una suave frazada de color rosa y subió los escalones hasta la cocina. Cuando llegó a la puerta escuchó un sonido que le era familiar. A lo mejor era su caja para ronronear. El sonido era Bruzzz y después shrrrr. Brzzzzzz shrrrr.

Con mucho cuidado Pompón cruzó el umbral y comenzó a caminar por la alfombra.

—Está en la cama—se dijo y clavando las garras en la frazada se subió en la cama.

Brzzzz Shrrrrrrr.

Era una caja para ronronear muy poderosa. A medida que Pompón se iba acercando más y más, la

—Dígame—habló el extraño—¿por qué hay manojos de granos frente a las casas?

El anciano se irguió.

—¿Tiene tiempo para escuchar una historia?—preguntó el viejo.

—Siempre tengo tiempo para escuchar historias—dijo el marino.

—Entremos, allí está más caliente.

El hombre negó con la cabeza cuando el abuelo le ofreció un asiento cerca de la estufa, en cambio bajó la visera sobre los ojos y se sentó en una esquina obscura del pequeño cuarto. El abuelo tomó su lugar al lado de la estufa y Miguelito se sentó a su lado, con la esperanza de que ningún cliente perturbara el relato.

—Hace muchos años—comenzó el abuelo—vivían un hacendado y su esposa que amaban a los niños. Pasaron varios años y cuando vieron que su hogar no era bendecido con hijos, comenzaron a cuidar niños sin hogar que pasaban por ese camino; había muchos de ellos, pues era la época en que la depresión y el hambre habían invadido el país. Primero vino un muchacho y después otro y otro, hasta que todos los cuartos de la casa del hacendado estaban ocupados por ellos. Eran jóvenes rebeldes, duros y salvajes. El hacendado siempre tenía que sacarlos de problemas en la escuela o en el pueblo. Muchas personas decían que estaba criando a esos muchachos para la cárcel. Tal vez era verdad, eran verdaderos salvajes. Un día un muchacho distinto de los demás fue a vivir con ellos. Era alto, con el cabello del color del trigo maduro, quien dió como nombre el de Olaf Jensen. Venía de una tierra al otro lado del océano y era tan fuerte como una tormenta invernal, pero a pesar de eso había algo dulce y amable en él. Las semillas que plantaba florecían más rápido que las que plantaban los otros, los pájaros cantaban cuando estaban cerca de él, y hasta el muchacho más rebelde sentaba cabeza ante la voz

de Olaf—Miguelito miró a su abuelo con la seguridad de que el anciano haría una pausa a ese punto, siempre hacia una pausa cuando llegaba a esa parte de la historia. También sabía que en los ojos del anciano habría una mirada perdida, casi como si estuviera escuchando la voz de Olaf.

—¿Sí?—dijo el extranjero animando al viejo a proseguir su historia.

—Los muchachos no gustaban de Olaf—continuó el abuelo—era distinto a ellos y hablaba una lengua extraña. Además notaban que el hacendado y su esposa sentían un cariño especial por Olaf, por lo tanto estaban celosos de él. Cuando el hombre y su esposa no estaban presentes, los muchachos trataban de atormentar a Olaf con todas las maldades posibles. El cabecilla de todos era un joven llamado Miguel. La persecución que Olaf debía soportar le causaba gran tristeza pues amaba a todos los seres vivientes—Miguelito acercó su silla más al fuego, maravillado de saber que el abuelo había sido el Miguel de la historia—salvaje y rebelde.

—¿Por qué no se defendía este Olaf?—preguntó el marino desde la sombra.

—Un día lo hizo. Una Nochebuena, fría y cubierta de nieve como la de hoy. Olaf había ajustado un manojo de granos a un poste y lo había colocado a unos cincuenta metros de la casa. "Para los pájaros", dijo Olaf, "es una costumbre en mi país." Los muchachos se rieron de él, sacaron el poste y desparramaron el grano. Olaf volvió a poner el poste y el grano una y otra vez. Finalmente los muchachos se cansaron y dejaron el poste donde estaba. Más tarde, sin embargo Miguel vio que un pájaro se estaba acercando a donde estaba el grano, tomó una honda y lo mató. Olaf vio lo que había pasado. Corrió hasta donde estaba el pobre animalito, lo tocó suavemente con sus dedos y se volvió hacia Miguel; en sus ojos había una mirada de ira. Tiró a Miguel al suelo y después se tiró sobre él. Los otros muchachos atemorizados ante la ira de Olaf trataron de separarlos. "Detente, lo matarás", le dijo uno de los muchachos.

La ira desapareció de los ojos de Olaf. Se puso de pie y su rostro se cubrió de una profunda tristeza. "Me voy ahora", dijo suavemente, "sólo traigo infelicidad a este lugar. Mi corazón está enfermo. Cuando sane, tal vez vuelva." Entonces se abrochó la chaqueta y desapareció en la tormenta de nieve. Los muchachos se atemorizaron cuando la tormenta se volvió cada vez más fuerte. El pueblo más cercano quedaba a unos treinta kilómetros. ¡Olaf moriría sin duda alguna! Fueron donde estaba el hacendado y le contaron lo que había pasado.

El hombre se irguió. "¿Dónde les he fallado, mis hijos?" Después ensilló su caballo y salió en medio de la tormenta en busca de Olaf.

Pronto obscureció, pero el hombre no volvió. Los jóvenes ensillaron caballos y salieron a buscarlo, formaron una fila y se gritaban los unos a los otros para no perderse en la tormenta. Después de muchas horas encontraron al hombre que se había caído del caballo y estaba medio sepultado en la nieve. Lo taparon con sus abrigos y lo llevaron a una choza.

Pero el anciano tenía una fiebre muy alta y sin medicinas y comida caliente sin duda moriría.

Echaron suertes para ver quién iría en busca de ayuda. Le cayó a Miguel. El joven salió en medio de la tormenta y se caló la gorra para no ser enceguecido por la nieve. Pronto se encontró perdido en un blanco mundo de obscuridad. Pero siguió adelante, con la esperanza de que el caballo lo llevaría de vuelta a casa. De pronto el caballo se asustó por causa de un sonido desconocido y el muchacho cayó en la nieve. Trató de tomar las bridas, pero el caballo ya había desaparecido. Miguel se puso de pie y volvió a caer en la nieve. Oró—este Miguel que nunca antes había orado—oró para tener la energía necesaria para encontrar la ayuda para sus amigos y para el hacendado que los había ayudado a todos. Pero antes que pasara mucho tiempo se dió cuenta que su energía había desaparecido. Tropezó y volvió a caer. Su mano, entonces, tocó algo —era un poste que sobresalía sobre la nieve. Atado al poste había un manojo de granos. ¡Era el poste de Olaf! Y el poste de Olaf le salvó la vida y la del hombre que había sido como un padre para él; Miguel encontró la casa y así pudieron conseguir ayuda.

—¿Qué pasó con los otros jóvenes?—preguntó el extranjero.

El abuelo parecía perdido en sus sueños, de manera que Miguelito continuó con el relato.

—Cambiaron después de eso. Sentaron cabeza y trataron de ser buenos hijos del buen hombre que casi había perdido su vida. La mayoría de ellos todavía viven cerca de acá y muchos tienen hijos e hijas.

—Esa es la razón por los manojos de granos—concluyó el abuelo.

—¿Así que nunca encontraron huellas de Olaf?—preguntó el extranjero.

—No—dijo Miguelito—ésa es la parte de la historia que no me gusta—el final.

El visitante se rió suavemente.

—¿Y cómo te gustaría que terminara?

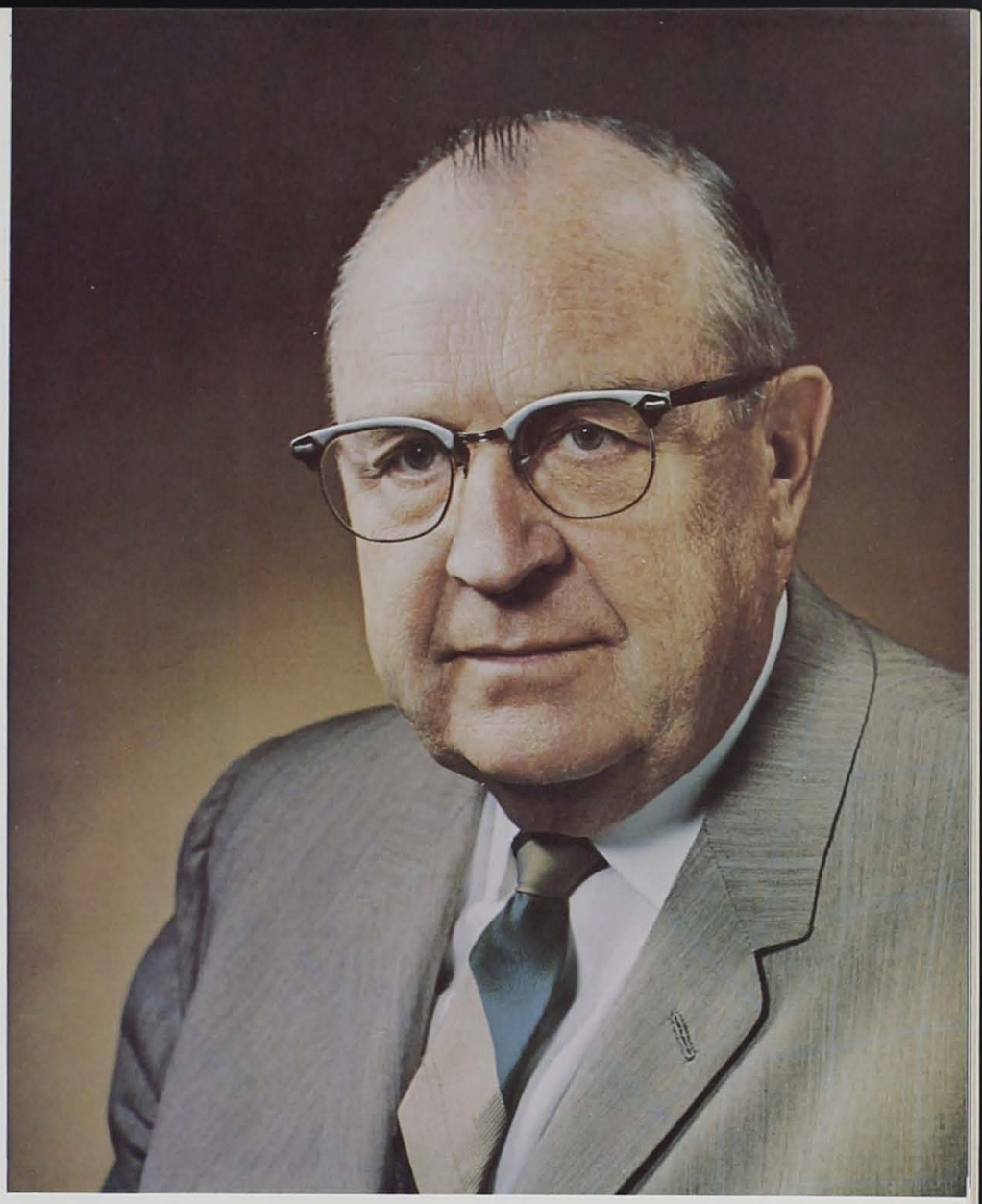
—Olaf tendría que volver—dijo Miguelito—tendría que volver y saber que no trajo infelicidad, que por causa de él los muchachos cambiaron. Las historias de Navidad tendrían que tener finales felices—dijo Miguelito suspirando.

El hombre se puso de pie y pareció llenar todo el cuarto cuando se sacó la gorra. El cabello era blanco como la nieve, pero a la luz que colgaba del techo cambió su color y parecía tener el color del trigo maduro.

Los ojos de Miguelito se agrandaron como platos y el único sonido que había en el cuarto era el que hacía la estufa. Entonces el abuelo dio unos pasos, su rostro era como un sueño hecho realidad, cuando estrechó la mano que le extendía el capitán.

—¡Olaf, Olaf!—susurró el abuelo.

Miguelito salió del cuarto sin hacer ruido. De alguna manera parecía que lo correcto fuera que los dos hombres terminaran la historia juntos, pero sonrió y estrechó el final feliz en su corazón.



JAMES A. CULLIMORE

Ayudante del Consejo de los Doce

DURANTE varios años, James Alfred Cullimore ha guiado y aconsejado a los miembros de la Iglesia; como presidente de rama en la ciudad de Sioux, en Iowa, y en la ciudad de Oklahoma; como presidente del Distrito de West Oklahoma; y a partir del 23 de octubre de 1960, como presidente de la nueva estaca de Oklahoma. El hogar de la familia Cullimore ha sido un paraíso para los misioneros, en donde podían encontrar buena comida y recargar sus baterías espirituales hablando sobre los grandes principios del evangelio.

Cuando en diciembre de 1960, el élder Cullimore fue llamado para presidir la Misión Británica Central, la gente de la ciudad de Oklahoma que sólo lo conocía como un hombre que había alcanzado gran éxito en el negocio de muebles, no podía comprender que desatendiera sus asuntos personales para aceptar una asignación en la Iglesia, posiblemente de varios años de duración. Pero lo hizo, y el concepto de la Iglesia ha crecido en esa ciudad. Fue sostenido como Ayudante del Consejo de los Doce el 6 de abril de 1966, y nuevamente el concepto de la Iglesia creció en el medio oeste.

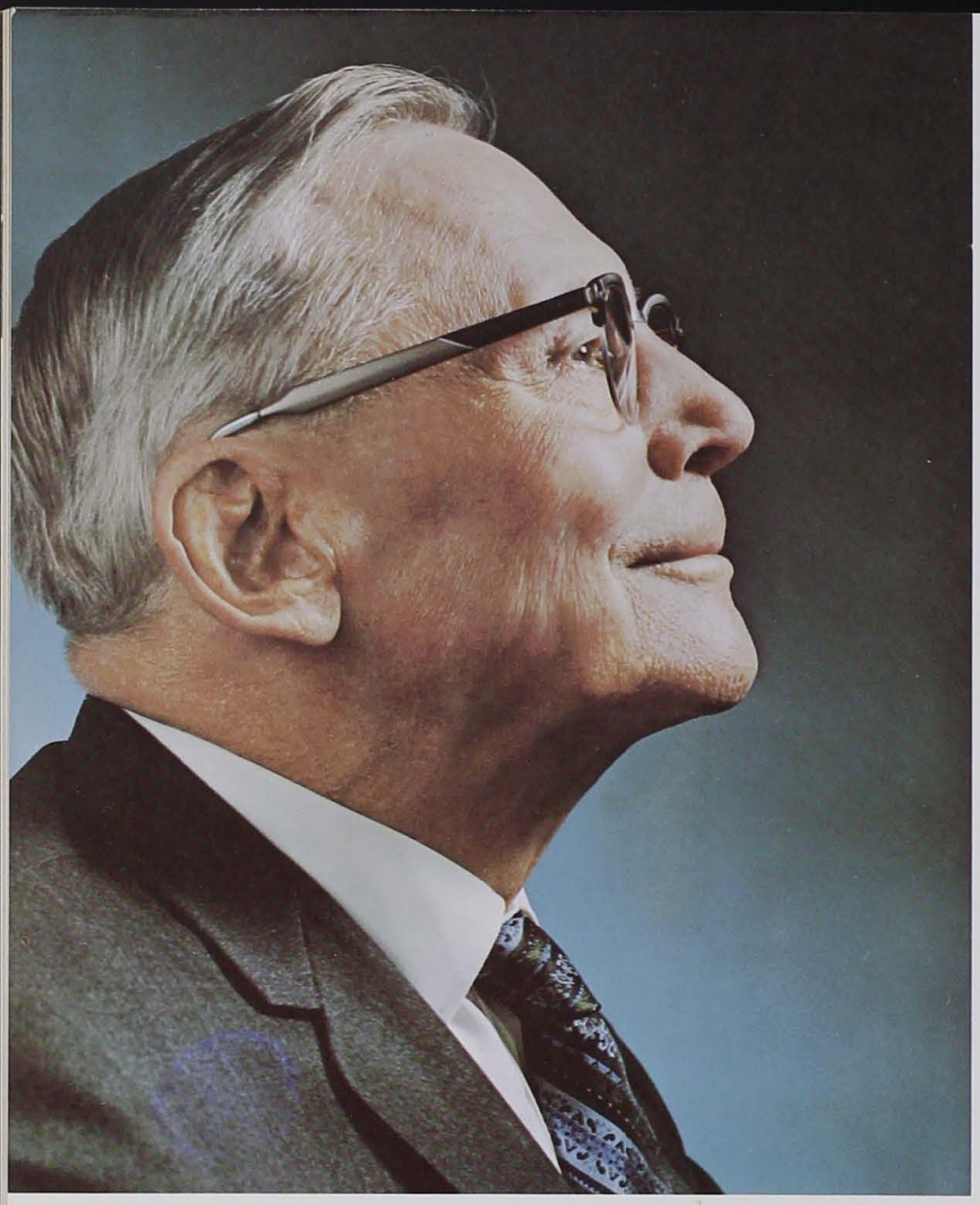
El élder Cullimore, hijo de Albert L. Cullimore y de Luella Keetch, nació el 17 de enero de 1906 en Lindon, Utah. En diciembre de 1924 recibió el llamamiento de misionero para la Misión de California. Después de su relevo continuó sus estudios en la Universidad de Brigham Young en donde fue presidente del cuerpo de estudiantes. Se casó con Grace Gardner en el Templo de Salt Lake el 3 de junio de 1931. La familia pronto se trasladó a la ciudad de Nueva York en donde el élder Cullimore tuvo una beca para continuar sus estudios posgraduados en la Universidad de Nueva York en la Facultad de ventas al por menor.

Comenzó su larga experiencia en la compra de muebles en 1932 con la compañía Gimble Brothers en Nueva York y tuvo la misma posición con la compaía Mandel Brothers en Chicago. En 1937 fue comprador gerente de mercadería para la compañía Brown en Oklahoma.

Durante los primeros años de su residencia en la ciudad de Oklahoma, los Cullimore se preguntaron si no deberían volver a Utah para criar a su hijo y dos hijas. Pero la segunda guerra mundial impidió tal mudanza.

Mientras el élder Joseph F. Merril, del Consejo de los Doce, se encontraba visitando la Misión de los Estados del Centro en 1946 escuchó el problema y dijo: "Aquí es donde el Señor quiere que esté. Enseñe bien a sus hijos y entonces mándelos a la Universidad de Brigham Young a estudiar y se casarán en la Iglesia. Todo saldrá bien." A los pocos días el élder Cullimore había alquilado un edificio en Oklahoma para abrir su propio negocio de muebles que pronto prosperó.

¡Presidente de rama, de distrito, de estaca, de misión, hombre del comité de bienestar de la Iglesia, amigo! El élder Cullimore es todo esto y mucho más al dedicarse cada día a la obra del Señor.



ANTOINE R. IVINS

del Primer Consejo de los Setenta

"¿QUE PUEDE decir sobre Antoine R. Ivins?" se le preguntó a un amigo. "El presidente Ivins es uno de los hombres nobles de Dios, que posee un sentido de balance o temperamento que es difícil encontrar en otros. Es amable, considerado, humilde y cordial con todos. En los consejos de la Iglesia y en su vida diaria tiene una fortaleza interna, calma y autodisciplina que se manifiestan repetidamente en los momentos difíciles."

Antoine Ridgeway Ivins nació el ll de mayo de 1881 en Saint George, Utah, hijo de Anthony W. Ivins y de Elizabeth Ashby Snow. Durante su juventud acompañó a su padre en sus viajes, y era seguro que entre el equipaje colocado sobre el caballo se encontrara una caña de pescar al igual que un libro.

La familia se mudó a México cuando Antoine tenía 15 años de edad, su padre era presidente de la Estaca de Juárez y de la Compañía de Agricultura y Colonización de México. Cuando su padre fue sostenido miembro del Consejo de los Doce en la conferencia general de octubre de 1907, la familia se mudó a Salt Lake City y Antoine entró a estudiar en la Universidad de Utah. También estudió leyes en la Universidad de Michigan, en Ann Arbor.

Se casó con Vilate Ellen Romney el 26 de junio de 1912. Hasta su fallecimiento, la hermana Ivins viajaba a menudo con su esposo cuando tenía que cumplir con sus muchas asignaciones.

Antes de llegar a ser director de las plantaciones de azúcar de la Iglesia en Laie, Hawaii, posición que ocupó de 1921 a 1931, el élder Ivins se dedicó a la agricultura y ganadería.

En la conferencia general semianual de octubre de 1931, fue sostenido como miembro del Primer Consejo de los Setenta.

De agosto de 1931 a marzo de 1934 sirvió como presidente de la Misión Mexicana. Allí continuó la obra de traducción de las Doctrinas y Convenios al español, comenzada por el hermano Rey L. Pratt. El presidente Ivins continuó esta actividad con la ayuda del hermano Eduardo Balderas. Parte por parte fueron impresas hasta que en 1948 salió de la imprenta la 1a. edición en español de las Doctrinas y Convenios y de la Perla de Gran Precio.

En 1934, de vuelta de la misión, el presidente Ivins se dedicó con todo vigor a su asignación como Autoridad General. Ha servido como presidente mayor del Primer Consejo de los Setenta desde la muerte de Levi Edgar Young, ocurrida el 13 de diciembre de 1963.

No hay casi ninguna estaca de la Iglesia que no haya sentido su calor al hablar de las grandes verdades del evangelio desde sus púlpitos, usando historias ricas en humor y experiencias de la vida. Ha ayudado a fortalecer la Iglesia, y desde su llamamiento como Autoridad General la ha visto crecer en número de miembros y actividades.

Informamos con pena a nuestros lectores que el élder Antoine R. Ivins falleció el día 18 de octubre de 1967.

S. DILWORTH YOUNG

del Primer Consejo de los Setenta

CUANDO en abril de 1945, el élder S. Dilworth Young fue llamado a ser miembro del Primer Consejo de los Setenta, el élder Richard L. Evans hizo el siguiente comentario en *The Improvement Era:* "Dios califica a las personas de acuerdo a las demandas del día y necesidades de la Iglesia." En uno de sus primeros discursos, esta Autoridad General dijo: "La necesidad de trabajar con los jóvenes entró en este valle junto con los pioneros."

Había una necesidad y este hombre era el indicado para satisfacerla. El élder Young estaba sirviendo como ejecutivo scout en el consejo zonal en Ogden, Utah, cuando recibió su nuevo llamamiento, y éste es el comentario de uno de sus amigos: "Sí, todo está muy bien, ¿pero qué harán los pobres Boy Scouts?" Desde ese grupo en Ogden, la obra del élder Young con los jóvenes se ha extendido mundialmente. Su apego hacia la juventud se siente desde la lejana Rarotonga a un barrio local.

El presidente Young nació en Salt Lake City el 7 de septiembre de 1897 y es hijo de Seymour B. Young, hijo, y de Carlie Louise Young Clawson.

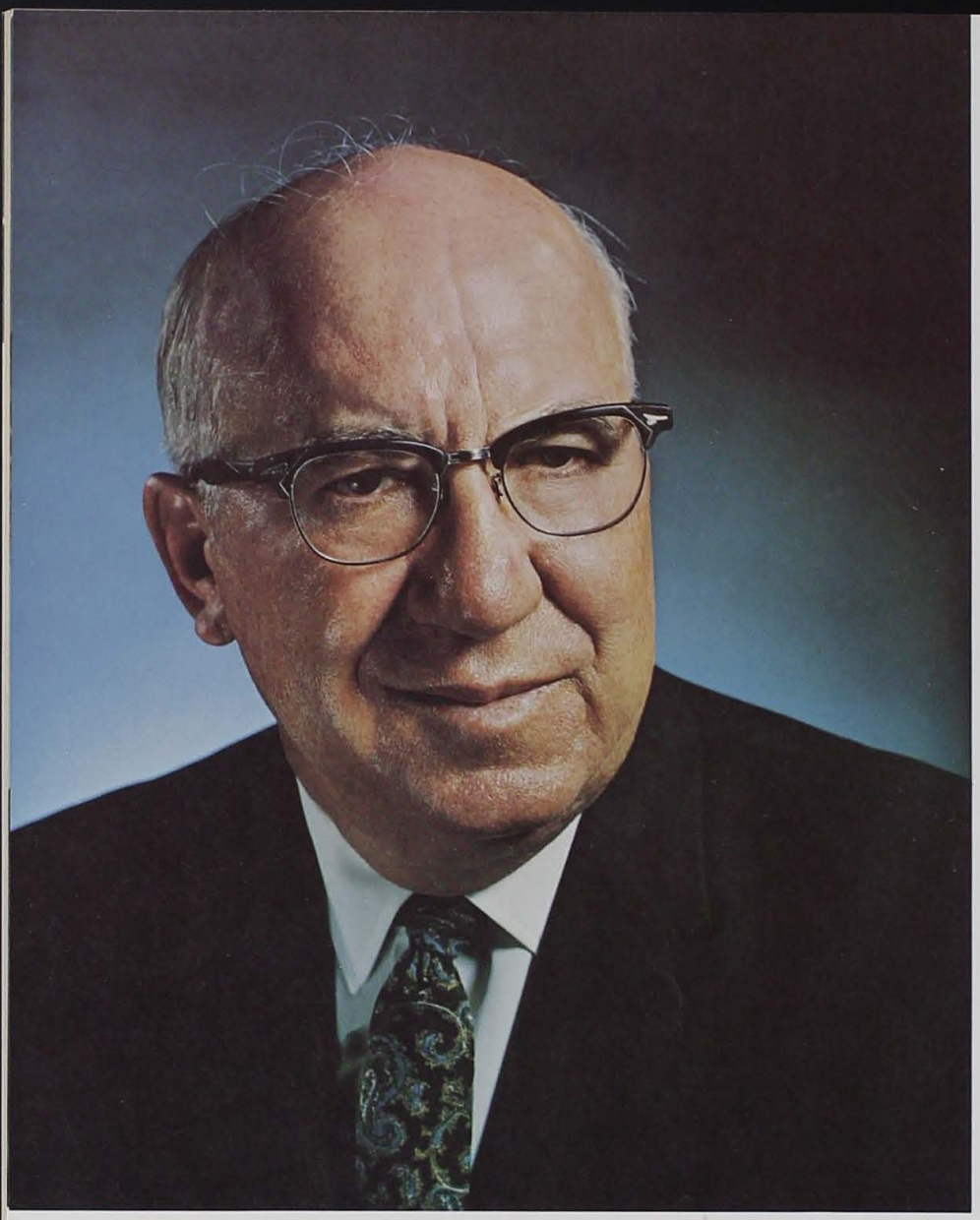
Asistió a la escuela secundaria de Granite donde fue electo presidente del cuerpo de estudiantes en 1917. Después de su graduación, pasó con éxito todos los exámenes para entrar en la Academia Naval de los Estados Unidos en Annapolis a la que había sido asignado, sólo para descubrir que una pequeña dolencia física impedía su entrada. Se unió al 145° batallón de artillería y sirvió en Francia hasta 1918.

En 1920 fue llamado para servir en la Misión de los Estados Centrales y a su vuelta se casó con Gladys Pratt el 31 de mayo de 1923. Dos hijos nacieron de este matrimonio: Dilworth Randolph que fue muerto en acción en Bélgica en 1944 y Lenore que es ahora la esposa de Blaine P. Parkinson. Después del fallecimiento de su esposa, se casó con Hulda Parker el 4 de enero de 1965.

En mayo de 1947 fue llamado para presidir la Misión de la Nueva Inglaterra. Otra dimensión fue añadida de su trabajo con la juventud de la Iglesia, los ex-misioneros informaban que el consejo del presidente Young era: "Confiad en el Señor."

El élder Young es un talentoso escritor de prosa y poesía. Su prosa tiene un estilo distinto y bello; su poesía es sensible y penetrante.

Cuando era diácono, Seymor Dilworth Young habló de su supervisor John D. Giles como un hombre "que hizo sentir que el oficio de diácono era algo importante." En los años que ha servido como miembro del Primer Consejo de los Setenta, en su trabajo con los miembros de consejos y otros setentas en todas partes de la Iglesia, y hablando con los santos reunidos en conferencias, el élder Young ha hecho que el trabajo de los setenta sea una asignación importante y real, de gran significado en el reino y gran dignidad para el individuo.



MILTON R. HUNTER

del Primer Consejo de los Setenta

MILTON R. HUNTER ha tenido una profunda influencia en el pensamiento orientado en el evangelio. Sus escritos sobre temas tales como la Perla de Gran Precio, la arqueología del Libro de Mormón, historia de la Iglesia y el evangelio a través de las edades, han formado una impresión indeleble en las mentes de muchos miembros de la Iglesia.

Descrito como un "dotado con la sed de conocimiento", el élder Hunter impresionó a otros con sus talentos desde muy temprana edad. Después de recibir su doctorado en historia de la Universidad de California en Berkeley en el año 1935, el élder Hunter se encontraba hablando con el Dr. Hebert Bolton, famoso bibliotecario e historiador, cuando el profesor le dijo abruptamente: "Hunter, no voy a permitir que eche a perder su carrera en algún pequeño seminario mormón en Utah. Tiene la pasta de uno de los grandes historiadores de los Estados Unidos. No he pasado estos años instruyéndolo para que sean en vano. Si cambia de idea, le conseguiremos un lugar apropiado en una gran universidad, en donde pueda desarrollar sus capacidades y ponga en práctica las instrucciones que ha recibido." Pero el hermano Hunter volvió su atención a su hogar e Iglesia.

Nació el 25 de octubre de 1902 en Holden, Utah, hijo de John Edward Hunter y de Margaret Teeples. Sus fieles padres le enseñaron en su juventud los principios del evangelio. Cuando se recibió en la escuela secundaria sabía que quería obtener todo el conocimiento posible, pero los problemas financieros hicieron que después de tomar unas clases iniciales en la universidad, enseñara en el invierno y continuara sus propios estudios en el verano, un molde que volvió su corazón más y más hacia la educación religiosa.

Cuando terminó sus estudios en la Universidad de Brigham Young, ya había sido director de escuelas en Nevada y en Utah, al igual que de dos seminarios.

En 1931 se casó en Lehi con Ferne Gardner y tienen seis hijos. Enseñó seminario mientras estudiaba para obtener su doctorado; después aceptó un puesto en el Instituto de Religión de Logan (Utah) y comenzó una vida dedicada a la investigación y a escribir.

En unos pocos años había escrito para muchas publicaciones históricas del oeste de los Estados Unidos; su historia sobre Utah había sido elegida, y todavía lo es, como el libro de texto que se usaría en las escuelas de Utah, y había escrito varios libros sobre el tema de la historia de la Iglesia.

El 6 de abril de 1945, el élder Hunter fue llamado para formar parte del Primer Consejo de los Setenta y su investigación y promulgación de la verdad tomaron nuevas dimensiones. Ahora después de haber escrito 22 libros y cientos de artículos, en vez de "haber desperdiciado las instrucciones que había recibido", el élder Hunter ha creado un recuerdo duradero de sus labores.

BRUCE R. McCONKIE

del Primer Consejo de los Setenta

"NO HAY NADA en este mundo que prefiera hacer a tener el privilegio de predicar el evangelio, y dedicar el tiempo y las habilidades con las que me bendiga el Señor para la edificación de su reino." Estas palabras del élder Bruce R. McConkie, del Primer Consejo de los Setenta, señalan la guía de su vida.

Hijo de Oscar W. McConkie y de Vivian Redd, el élder McConkie nació el 29 de julio de 1915 en Ann Arbor, Michigan, donde su padre estaba estudiando leyes en la Universidad de Michigan. A la edad de once años juntaba a sus hermanos y hermanas y les leía el Libro de Mormón.

A su regreso a Salt Lake City, estudió en la Escuela Secundaria S.U.D. durante los dos últimos años de la misma, y de los años 1934 a 1936 cumplió una misión en los Estados del Este. En 1939 recibió su bachillerato en leyes de la Universidad de Utah, y en junio de 1967 recibió su doctorado en el mismo campo. El 12 de Octubre de 1937 se casó con Amelia Smith, hija del presidente José Fielding Smith, y tienen nueve hijos. El 10 de octubre de 1946 fue apartado como miembro del Primer Consejo de los Setenta.

El élder McConkie ha sido miembro de la Sociedad de Abogados del Estado de Utah. Ha ejercido la abogacía y ocupado el puesto de subagente municipal del Ministerio Público y oficial en el Departamento de Información Secreta en el ejército norteamericano. Se afilió a la Legión Americana y en la actualidad tiene el rango de teniente coronel de la Reserva de Artillería. Por muchos años fue el coordinador de la Iglesia para los hombres en las fuerzas armadas. También fue presidente de la Misión Australiana del Sur. Su conocimiento y estudio continuo de las Escrituras han servido para el gozo de miembros de la Iglesia y de sus clases, y su sentido de humor ha añadido realidad a sus enseñanzas.

En un discurso en una conferencia el presidente McConkie dijo: "La gran necesidad y obligación que descansa sobre nosotros como miembros de este reino en los últimos días, es de llegar a tener un conocimiento de las leyes de Dios." A este fin se ha dedicado el élder McConkie, trabajando y estudiando diligentemente.

En la conferencia general de octubre de 1951, relató lo siguiente: "Hace seis meses, cuando en solemne asamblea sostuvimos a la Primera Presidencia de la Iglesia, mientras estaba sentado la voz del Señor vino a mi mente tan ciertamente como estoy seguro que habló a la mente de Enós, y me dijo: 'Estos son los que he escogido para la Primera Presidencia de mi Iglesia. Síguelos.' Este testimonio fue una seguridad más de la divinidad de la obra." A este tema de "seguir a los hermanos", el élder Bruce McConkie ha dedicado su vida.

MARION D. HANKS

del Primer Consejo de los Setenta

"CUANDO UNO habla con el hermano Hanks no le hace sentir como si estuviera en una torre de marfil", comentó un ex misionero cuando se le preguntó sobre su relación con el élder Hanks. "El presidente Hanks está muy en contacto con el mundo en el que viven las personas comunes. Parecería que estuviera en contacto con las emociones, oportunidades y experiencias diarias."

Uno puede hablar con conserjes, oficinistas, amigos de la infancia, compañeros de las Autoridades Generales o el soldado que recién ha vuelto de Vietnam, y comprender que el hermano Hanks es amado porque ha mostrado interés por su bienestar. Ha luchado en muchas batallas silenciosas para traer paz a sus semejantes. También ha tomado posiciones que requerían valor para asegurar un juicio justo para una persona o problema.

Marion Duff Hanks nació el 13 de octubre de 1921 en Salt Lake City. Es hijo de Stanley A. Hanks y de Maude Frame. Se casó con Maxine Christensen, en Honolulu, Hawaii, en 1949 y tienen cinco hijos. Su hogar ha estado siempre abierto para aquellos que necesitan un lugar para quedarse, para ser consolados, para ser sanados. Sin importar la raza, creencias religiosas, estado o problemas en la vida, el extraño siempre ha recibido una bienvenida calurosa en su hogar.

La vida del presidente Hanks ha sido influenciada por un deseo de servir a su Padre Celestial. Desde que era un joven diácono comenzó a leer los libros canónicos de la Iglesia hasta después de la medianoche.

Aunque era un buen deportista, rechazó una beca atlética por servir al Señor como misionero. Se graduó en la Facultad de Leyes de la Universidad de Utah y recibió su doctorado en jurisprudencia de esa institución, pero en vez de practicar la abogacía decidió enseñar en el instituto de religión y seminario. Las clases que enseña en el Instituto de Religión de la Universidad de Utah sobre el Libro de Mormón y las Doctrinas y Convenios atraen a muchos estudiantes, que muchas veces sobrepasan las comodidades del local.

Fue llamado para ser miembro del Primer Consejo de los Setenta en octubre de 1953. El presidente Hanks encuentra que su mayor gozo proviene de ayudar a animar a las personas en su búsqueda de luz y verdad, y como editor de la Era de la juventud ha tenido gran influencia con la juventud de la Iglesia.

Las respuestas que se reciben al preguntar acerca de Marion D. Hanks, revelan las muchas facetas de su personalidad y profundidad de su contribución: "Escucha. Sus discursos en las conferencias son muy reales." "He notado que se siente cómodo entre las almas más nobles y las mentes más brillantes." "¿Recuerda el dicho que dice: 'Sabemos donde está el sereno porque va dejando huellas?' Bueno también se puede saber por donde ha estado Duff Hanks. Las personas son mejores. El se preocupa por ellas."

A. THEODORE TUTTLE

del Primer Consejo de los Setenta

LA MADRE del élder A. Theodore Tuttle quizá nunca supo que su insistencia en que su hijo de seis años memorizara sus discursos en la Escuela Dominical, lo preparaban para su llamamiento como orador, que lo ayudaría a llevar sus palabras alrededor del mundo. Pero tal era la fe que tenía en su único hijo, al cual ella a menudo se refería como un "niño de promesa", recordándole la necesidad de mantenerse digno para toda una vida de servicio.

El élder Tuttle nació el 2 de marzo de 1919 en Manti, Utah, sus padres fueron Albert Mervin Tuttle y Clarice Montez Beal. Desarrolló a temprana edad una reputación como orador y debatista, durante sus días escolares en secundaria y también en el Colegio Snow ganó los puestos centrales en dramas y operetas y fue además presidente estudiantil.

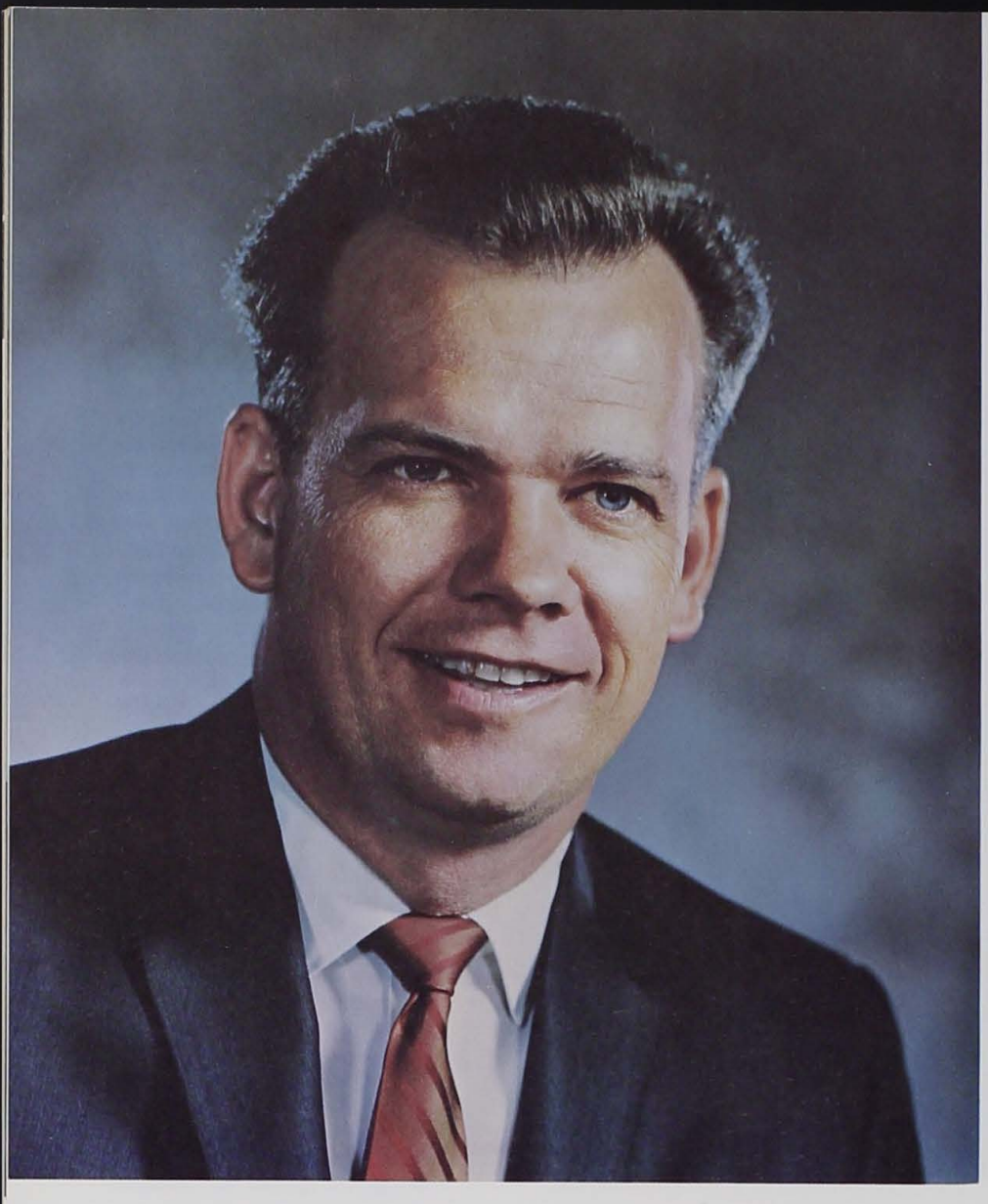
La amistad con su profesor de seminario le ayudó, después de terminar la misión en los Estados del Norte, a trasladarse a la Universidad de Brigham Young y concentrarse en una educación religiosa. Su último año fue altamente elogiado al recibir un premio como el mejor estudiante de religión, así como también al casarse con Marne Whitaker el 26 de julio de 1943. Son padres de siete niños.

Poco tiempo después de su matrimonio entró en la Marina, sirviendo dos años y medio como oficial de línea en la guerra del Pacífico. Fue él la persona que regresó al barco para obtener la bandera norteamericana que debía izarse en el monte Suribachi en Iwo Jima. El levantamiento de la bandera ha sido el tema de leyendas, esculturas, fotografías y aun películas.

De regreso al hogar, comenzó a enseñar en el seminario, trabajando en Utah y Idaho, y en los veranos continuaba su educación pedagógica en la Universidad de Stanford. Después de haber servido como director del Instituto de religión en Reno, Nevada, fue nombrado supervisor de los seminarios e institutos en las escuelas de la Iglesia en 1953.

Un estudiante universitario lo describe como una persona bendecida con "extraordinaria habilidad para asuntos administrativos, uno que posee la rara habilidad de comprender la situación de toda una compañía al examinar y contemplar sus necesidades." Otro de sus conocidos de mucho tiempo ha dicho: "Su profunda educación literaria y reflexión del pensamiento son sumamente admirados, así como sus cualidades de compasión e interés por otros."

El 10 de abril de 1958, el élder Tuttle fue llamado a servir en el Consejo de los Setenta. Tres años más tarde, fue nombrado presidente de las misiones en Sudamérica; en cuatro años y bajo su dirección, el número de miembros de la Iglesia en esa zona aumentó de 20.000 a 40.000. Uno de sus llamamientos en la actualidad es el de supervisar las misiones de habla hispana en Norteamérica. Ciertamente su eterno amor por enseñar el evangelio ha sido reconocido por el Señor. El élder Tuttle es un gran educador en el reino del Señor.



PAUL H. DUNN

del Primer Consejo de los Setenta

EN LA ISLA de Guam, durante la segunda guerra mundial, al herido y atemorizado joven soldado dentro de una cueva de zorras, le vino un oprimente deseo de tener respuesta a algunas preguntas serias. La muerte había desperdiciado la vida de muchos de sus compañeros, y seguían viniendo a su memoria con insistente repetición los pensamientos: ¿Existe un Dios? ¿Es la Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Ultimos Días la Iglesia verdadera? Con profunda inquietud y temor, el élder Paul H. Dunn oró con intención y humildad. De esta experiencia él dice: "Inmediatamente vino a mi alma un dulce espíritu, un sentimiento de alivio, un sentimiento de seguridad de que Dios existe, y que la Iglesia de Jesucristo estaba de nuevo en la tierra."

El élder Dunn nació el 24 de abril de 1924, en Provo, Utah, hijo de Joshua Harold Dunn y Geneva Roberts. Desde temprana edad desarrolló su amor por los deportes, y era tan bueno en béisbol, que después de jugar en su equipo de secundaria en Los Angeles, firmó un contrato con los Cardenales de St. Louis como "pitcher". Fué enviado a las ligas de "Pioneer" y "Pacific Coast". La guerra interrumpió su carrera en ese deporte.

Después de la guerra, cuando se encontraba de nuevo como "pitcher" bajo el contrato de los Cardenales se quebró una clavícula. Con oscuras posibilidades de recobrarse plenamente y con gran preocupación acerca de los juegos dominicales, se cambió a otro campo, la educación.

En 1953 se graduó en la Universidad de Chapman y continuó sus estudios posgraduados en la Universidad de Southern California. Mientras tanto había convertido, bautizado y se había casado con la hija del Presidente de la Universidad de Chapman, Jeanne Cheverton (son los padres de tres hijas) y había empezado su carrera en el Sistema Educacional de la Iglesia como profesor del Seminario en Los Angeles.

Ha servido como asistente coordinador de seminarios en California del Sur, como director del instituto de religión adyacente a la Universidad de Southern California. En 1959 recibió su doctorado en educación de la U.S.C. Se encontraba trabajando como coordinador de todos los institutos de religión en California del Sur, cuando fue llamado al Primer Consejo de los Setenta, el 6 de abril de 1964.

La experiencia del presidente Dunn en los programas educacionales de la Iglesia, le ha dado un penetrante conocimiento de las necesidades e intereses de la juventud y adultos contemporáneos. Ha escrito muchas lecciones para las organizaciones auxiliares, basadas en sus propias experiencias, su conocimiento de la juventud y sus problemas. Dichos conocimientos y su grata personalidad son valiosas posesiones para sus presentes asignaciones en la Iglesia, una de ellas sirviendo como presidente de la Asociación de Estudiantes Mormones.

JOHN H. VANDENBERG

Obispo Presidente

EN LA ÚLTIMA parte del siglo diecinueve, un grupo de devotos inmigrantes holandeses miembros de la Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Ultimos Días, abordaron un vapor en Rotterdam con destino al valle de Salt Lake. A bordo del vapor estaba el joven Dirk Vandenberg que pronto se sintió atraído hacia María Alkema. El romance floreció y a su arribo a Utah fueron casados en la Casa de las Investiduras. De esta unión nacieron seis hijos, incluyendo un varón, John Henry que nació el 18 de diciembre de 1904 y que llegaría a ser el noveno Obispo Presidente de la Iglesia en esta dispensación.

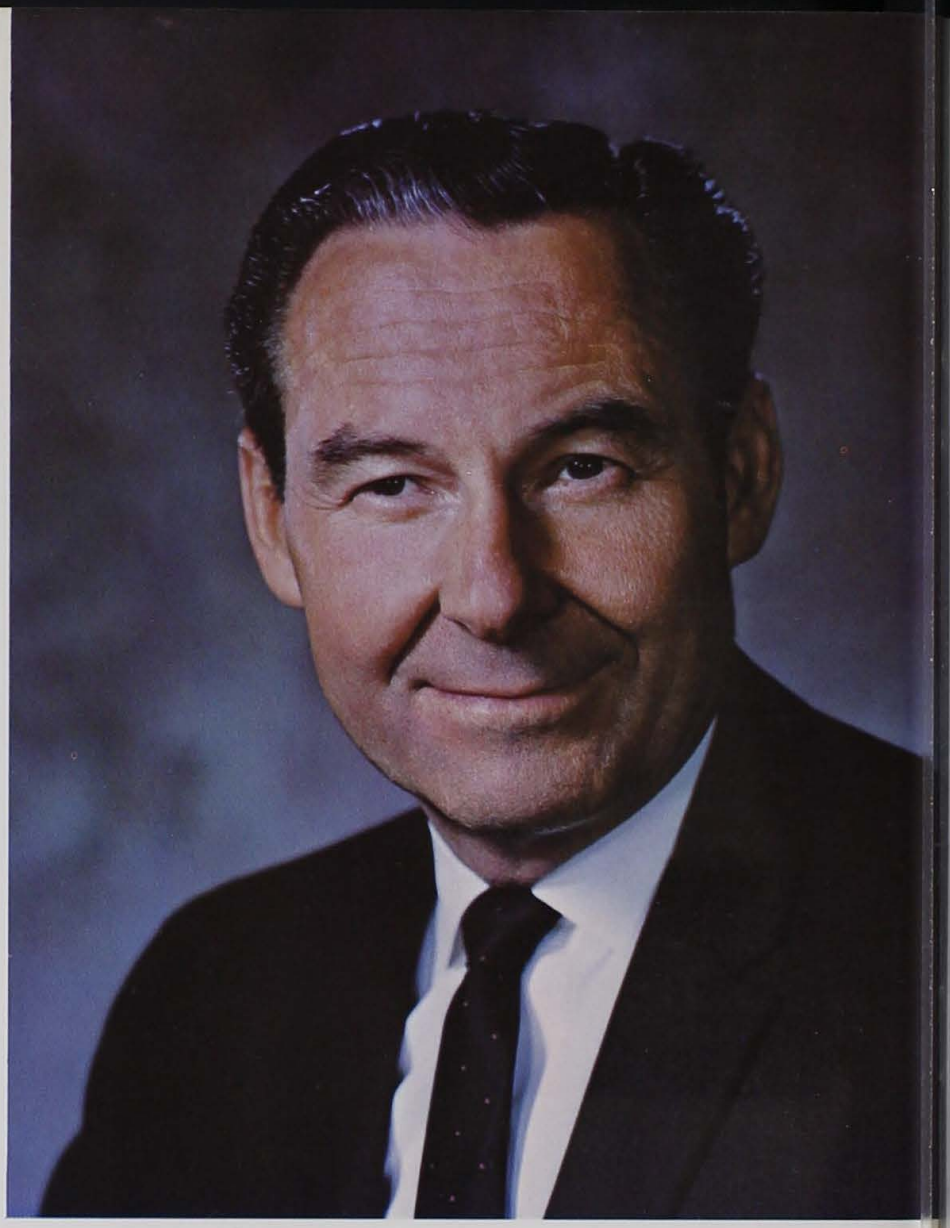
La familia Vandenberg se estableció en Ogden, y el obispo Vandenberg ha declarado que tal vez lo que más ha influído y ha señalado el modelo de su vida, es el ejemplo de amor y servicio mostrado por sus padres.

Desde su juventud decidió que seguiría la carrera de contabilidad. Estudió en la Academia de Weber y por medio de estudios por correspondencia y clases nocturnas llegó a ser eficiente en los negocios y las finanzas. En 1925 fue llamado para cumplir una misión en Holanda. Durante este período fue secretario de la misión y fue allí en la casa de la misión en Rotterdam que conoció a una encantadora joven holandesa, Ariena Stok, la que más adelante emigró a los Estados Unidos y la pareja se casó en el Templo de Salt Lake el 18 de junio de 1930. Ahora tienen dos hijas.

Al volver, el obispo Vandenberg se asoció con una compañía ganadera en Ogden. En 1940 fue trasladado a Denver donde sus intereses también incluyeron los textiles y la ganadería. Entró en el negocio audiovisual en 1950, y en 1955 llegó a ser vicepresidente del Comité de Construcciones de la Iglesia a cargo de las finanzas.

Durante toda su vida, el obispo Vandenberg se ha dedicado completamente a la Iglesia, sirviendo gustosamente en cada posición a la que ha sido nombrado, director de coro de barrio, consejero de quórum de élderes, presidente de quórum de los setenta, presidente de la misión de estaca. Fue el primer consejero en la presidencia de la Estaca de Denver y segundo consejero en la presidencia de la Estaca Ensign, posición que ocupó hasta el 30 de septiembre de 1961, cuando fue sostenido como Obispo Presidente.

Como tal es poseedor de las llaves de presidir sobre el Sacerdocio Aarónico. Cuando se le preguntó qué consejo daría a la juventud, contestó: "Vivan en una relación estrecha con sus padres, y sigan sus consejos." El obispo Vandenberg sabe de lo que habla, pues a través de los años, el consejo y el ejemplo de sus padres han sido una de las fuerzas motrices de su propia vida.



ROBERT L. SIMPSON

Primer Consejero en el Obispado Presidente

EL OBISPO Robert L. Simpson posee una sonrisa contagiosa, es alguien que siempre dice: "Yo sé algo que puede mejorarte, y estoy buscando una oportunidad de compartirlo contigo."

El obispo Simpson nació el 8 de agosto de 1915 en Salt Lake City, hijo de Heber C. Simpson y Lille C. Leatham. La familia se trasladó al sur de California cuando él tenía cinco años. Después de graduarse en la Universidad de la Ciudad de Santa Mónica, fue llamado a servir en la Misión de Nueva Zelandia. Al ser apartado el 14 de abril de 1937, fue bendecido "con un entendimiento de la gente en donde tú trabajes."

Durante el segundo mes de su misión tuvo un sueño en el cual él había regresado a su casa, y encontraba que su familia y miembros del barrio hablaban el idioma maorí, y él no podía entender ni una palabra de lo que decían. Al despertar tuvo dos pensamientos: tenía que poner más empeño para aprender el idioma, y este conocimiento sería de valor para él aun después de su misión. Con esfuerzo, al poco tiempo esta promesa de su bendición fue una realidad.

Al comienzo de la segunda guerra mundial, fue comisionado en la Fuerza Aérea. Al saber, que quizás iba a ser asignado en las líneas de combate, tuvo la esperanza de ir a los Mares del Sur, donde posiblemente podría trabajar nuevamente con el pueblo maorí. En contra a sus deseos su unidad fue enviada a Egipto. En 48 horas supo que una base adyacente estaba compuesta completamente por un batallón maorí de Nueva Zelandia. Muchos de ellos tenían nostalgia, y aceptaron agradecidos las horas de consuelo y consejo que él podía darles en su propio idioma.

El 24 de junio de 1942 se casó en el Templo de Arizona con Jelaire Kathryn Chandler, originaria de Ogden, que como él fue criada en el sur de California. Tienen dos hijos y una hija.

El obispo Simpson ha sido miembro del Sumo Consejo de la estaca de Inglewood en California; consejero en el obispado de su barrio, presidente de la misión de estaca, y superintendente de la AMMJH de estaca. Su trabajo durante 20 años ha sido con la Compañía de Teléfonos del Pacífico.

Muchos ex-misioneros tienen el deseo de regresar al área de su misión con sus familias. Para Robert Simpson, esto fue una realidad, fue apartado como presidente de la misión de Nueva Zelandia el 28 de julio de 1958. Durante su misión fueron dedicados un templo y una universidad, y se organizaron dos estacas, todo en los límites de la misión.

En la conferencia general de octubre de 1961 fue llamado como Primer Consejero en el Obispado Presidente. En esta posición tiene que ver con los asuntos temporales de la Iglesia; con la juventud y con todo el pueblo de la Iglesia.

VICTOR L. BROWN

Segundo Consejero en el Obispado Presidente

CUANDO Victor L. Brown tenía nueve años, fue llevado junto con sus hermanos al Templo de Alberta para ser sellado a sus padres. "Aún puedo recordar tan claramente como si hubiera sido ayer, el significado de la ordenanza. Trajo a mi corazón más paz que cualquier otra experiencia que jamás haya tenido. El día en que íbamos a ir al templo me enfermé y tenía una fiebre muy alta. Mis padres consideraron la idea de posponer la ceremonia, pero les rogué que no lo hicieran. Como niño, quería tener la seguridad de que tendría a mis padres por tiempo y por toda la eternidad."

Esta experiencia de su juventud, marcó una vida de amor y servicio que el obispo Victor L. Brown ha dedicado a la Iglesia, y hoy es el Segundo Consejero en el Obispado Presidente. Hijo de Gerald S. Brown y Maggie Lee, nació el 31 de julio de 1914 en Cardston, Alberta, Canadá. Es sobrino del presidente Hugh B. Brown. Cuando tenía dieciséis años, la familia se mudó a Salt Lake City. Asistió a la escuela secundaria South, la Universidad de Utah, y la escuela comercial S.U.D. También estudió en la Universidad de California en Berkeley. En noviembre de 1936 se casó con Lois Kjar y son padres de cinco hijos.

El desarrollo del obispo Brown en la Iglesia ha sido continuo, su servicio incluye posiciones ejecutivas en los quórumes del sacerdocio y organizaciones auxiliares, obispo del Barrio Cuarto de Denver, y consejero en la presidencia de la Estaca de Denver. El otro consejero en la presidencia de esa estaca fue el obispo John H. Vandenberg que más tarde sería nombrado Obispo Presidente.

En 1941 comenzó a trabajar para la Compañía Aérea United y por 21 años sirvió como supervisor y director en Washington, Denver, y Chicago. Se encontraba como director ayudante de reservaciones en Chicago, cuando recibió una llamada telefónica en septiembre de 1961, en la que se le pedía si podía reunirse con el presidente McKay en Salt Lake City a la mañana siguiente.

Recuerda que en la oficina privada del presidente McKay, los ojos del Profeta penetraron profundamente en los suyos y se le pidió que fuera consejero en el Obispado Presidente. "En ese momento este pensamiento pasó por mi mente: sólo uno mayor podría estar pidiéndome que sirviera, y ése sería el Salvador mismo."

El obispo Brown fue sostenido en su nuevo llamamiento en septiembre de 1961. Entre sus muchas responsabilidades se encuentra la de establecer organizaciones de traducción, publicación y distribución en la Iglesia, cubriendo más de una docena de idiomas y cubriendo el área de casi todas las misiones del mundo.

Quincuagésimo aniversario del Edificio de las Oficinas de la Iglesia

EL EDIFICIO de Administración de la Iglesia, situado en 47 East South Temple, ha sido denominado uno de los edificios de oficinas más bellos del mundo, pero es más que eso. Allí es donde tienen sus oficinas las autoridades de la Iglesia y donde hacen decisiones importantes que afectan a todos los miembros de ella. Allí es donde van muchos presidentes de estaca y obispos para recibir guía adicional. Es donde van los misioneros, con su ansia juvenil, al Departamento Misional en el cuarto piso. Es allí donde el presidente David O. McKay ha saludado a muchos de los líderes de las naciones del mundo.

La piedra angular fue puesta en el año 1914 y el edificio fue inaugurado en 1917, bajo la administración del presidente Joseph F. Smith, sexto Presidente de la Iglesia. El presidente Smith tuvo allí su oficina hasta su muerte ocurrida en noviembre de 1918.

El edificio, construido en terrenos que una vez pertenecieron al presidente Brigham Young, se halla directamente al oeste de las dos casas del caudillo de los pioneros, Beehive House y Lion House. El exterior es del mismo tipo de granito usado en el Templo de Lago Salado. El estilo de la arquitectura es jónico, de líneas gráciles y agradables. Veinticuatro columnas del orden jónico forman un peristilo alrededor del edificio, con pesados bloques de granito en cada esquina. Los capiteles de las columnas tienen hermosos tallados.

El edificio, de cinco pisos, además de un subsuelo, tiene forma rectangular. Mide 30.50 mts. de frente por 50 de fondo y 24 mts. de altura La estructura está formada por 4.517 piezas de granito. La más grande, que es la piedra angular, se encuentra en la esquina sudoeste y pesa ocho toneladas. El peso total del trabajo hecho en piedra es de 6.205 toneladas.

En la entrada principal, al sur del edificio, hay rejas de bronce que se deslizan y entran en la pared cuando el edificio está abierto. Detrás de estas rejas hay dos pesadas puertas de bronce y vidrio

colocadas sobre marcos de bronce, que dan paso a un amplio vestíbulo con pisos de mármol blanco y cuyas paredes son de mármol dorado de Utah.

Al norte del vestíbulo de entrada se halla un salón de recepción el cual también tiene piso de mármol con dieciséis monolitos aflautados de mármol dorado.

Al extremo norte de esta sala hay un cuarto para la Primera Presidencia que está hermosamente decorado en nogal y mármol. En la pared este hay una chimenea u hogar con una repisa de piedra calcárea blanca.

En el lado oeste del piso hay un cuarto en donde se reúne la Primera Presidencia para tratar los asuntos de la Iglesia. Este cuarto que es como el de la Primera Presidencia, se caracteriza por una repisa y chimenea u hogar con un fogón de mármol, recordatorio del hecho de que se necesitaba el fuego abierto en los días en que fue construido el edificio.

La oficina privada del presidente David O. McKay se encuentra en la esquina noroeste del primer piso. En esta oficina, los presidentes Joseph F. Smith, Heber J. Grant y George Albert Smith hicieron las decisiones que el Profeta debe hacer al dirigir la Iglesia y reino aquí en la tierra.

Desde el vestíbulo de entrada en el primer piso, una exquisita escalera curva de mármol lleva a las oficinas de los miembros del Consejo de los Doce, del Patriarca de la Iglesia, de los Ayudantes del Consejo de los Doce, del Primer Consejo de los Setenta, del Obispado Presidente, del Historiador de la Iglesia y otras.

Durante la conferencia general, el edificio está lleno de miembros de la Iglesia que tienen ocasión de entrar en él. En otras ocasiones se pueden encontrar grupos de estudiantes de seminarios y otros haciendo giras y viendo algunos de los registros históricos que se conservan allí. Los turistas, que son siempre bienvenidos pueden recibir un folleto que indica que el mármol es de Utah, el ónix y las maderas que dan belleza a la construcción provienen de distintas partes de los Estados Unidos, Honduras y del Cáucaso (sudeste de Rusia).

La dirección del Edificio de Administración de la Iglesia—47 East South Temple, Salt Lake City, Utah—ha llegado a tener mucho significado para los miembros de la Iglesia. Para el joven que desea salir como misionero, el recibir una carta que lleva esa dirección es algo que se espera con gozo, que se leerá una y otra vez hasta que su contenido se sepa de memoria y entonces se guardará entre las posesiones más preciadas. Terceras y cuartas generaciones de miembros de la Iglesia están recibiendo la guía y dirección que viene de adentro de ese hermoso edificio de granito que comienza la segunda parte de siglo de servicio a la Iglesia.

De Navidad

por Ignacio M. Altamirano

—Pastores, venid, venid,
veréis lo que no habéis visto,
en el portal de Belén,
el nacimiento de Cristo—.
Los pastores daban saltos
y bailaban de contento,
al par que los angelitos
tocaban los instrumentos.
Los pastores y zagalas
caminan hacia el portal,
llevando llenos de frutas
el cesto y el delantal.

Los pastores de Belén
todos juntos van por leña,
para calentar al Niño
que nació la Noche Buena.
La virgen iba a Belén;
le dio el parto en el camino,
y entre la mula y el buey
nació el Cordero Divino.
A las doce de una noche,
que más feliz no se vió,
nació en un Ave-María
sin romper el alba, el Sol.

Un pastor comiendo sopas,
en el aire divisó
un ángel que le decía:
—Ya ha nacido el Redentor—.
Todos le llevan al Niño;
yo no tengo qué llevarle;
las alas del corazón
que le sirvan de pañales.
Todos le llevan al Niño,
yo también le llevaré
una torta de manteca
y un jarro de blanca miel.

Una pandereta suena,
yo no sé por donde va,
camina para Belén
hasta llegar al portal.
Al ruido que llevaba,
el Santo José salió;
—No me despertéis al Niço,
que ahora poco se durmió—.
La Noche Buena se viene,
La Noche Buena se va,
y nosotros nos iremos
y no volveremos más.

El poder de la oración

(Discurso pronunciado por el presidente N. Eldon Tanner de la Primera Presidencia en la 137a. *Conferencia General Semianual.)*

PRESIDENTE McKay, hermanos y hermanas en todo el mundo: es para mí un verdadero gozo estar hoy aquí con vosotros, en este histórico Tabernáculo de la Manzana del Templo, donde los fieles de la Iglesia han venido reuniéndose durante los últimos cien años. Asimismo, gracias a la radio y la televisión los magníficos mensajes de los líderes de la Iglesia han llegado a todas partes del mundo. Deseamos extender una cálida bienvenida hoy a nuestro auditorio de la radio y la televisión.

Hace un momento escuchamos una hermosa canción ofrecida por el gran Coro del Tabernáculo, el cual fue organizado en 1847 y que, juntamente con las Palabras de Inspiración de Richard Evans, ha sido escuchado semanalmente por millones de personas desde 1929. Rogamos al Señor que continúe bendiciéndoles con éxitos.

Al pensar en las numerosas conferencias que se han realizado bajo la dirección de profetas y líderes inspirados, cada uno de los cuales ha sido un dedicado siervo de Dios, y aun muchos de ellos verdaderos gigantes del Señor, ciertamente no puede uno menos que sentirse humilde en esta posición. Ruego sinceramente por la influencia de vuestras oraciones, a fin de que el Espíritu del Señor esté con nosotros y que lo que yo pueda decir esté en comunión con El y sea de beneficio para todos los que estéis aquí presentes y los que me escucháis.

Grande es mi fe en la oración, y creo que "mediante la oración se consigue mucho más de lo que el mundo piensa". En realidad, hoy quiero hablar sobre la oración, y ruego por la ayuda del Señor para que podamos comprender la importancia y el valor de la oración, y cuán grande es el privilegio y la oportunidad que tenemos de poder allegarnos al Señor en acción de gracias y en suplicación.

He escogido este tema hoy porque mis propias oraciones han sido siempre contestadas durante mi vida, porque siento profundamente la gran necesidad de recurrir al Señor para todo, y porque he experimentado en la posición que ocupo la fuerza, las bendiciones y la guía del Señor. Ruego que todos aquellos que dudan puedan ver y entender que Dios es nuestro Padre, que nosotros somos Sus hijos espirituales, y que El realmente existe, pues ha dicho:

"Pedid y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá.

"Porque todo aquel que pide, recibe; y el que busca, halla; y al que llama, se le abrirá."

Con frecuencia me pregunto si realmente reconocemos el poder que tiene la oración, si verdaderamente apreciamos cuán gran bendición constituye el poder recurrir a nuestro Padre Celestial en sincera suplicación, sabiendo que El se interesa por nosotros y quiere que tengamos éxito en todo.

Tal como Richard L. Evans lo ha dicho con tanta elocuencia: "Nuestro Padre Celestial no es un árbitro que trata de descalificarnos. No es un competidor que procura superarnos. No es un fiscal que busca condenarnos. El es un Padre amoroso que sólo quiere nuestra felicidad y nuestro progreso eterno, y que ha de ayudarnos si sólo le brindamos en nuestra vida una oportunidad para ello, con espíritu de obediencia y humildad, de fe y de paciencia."

Para orar eficazmente y sentir que puede ser escuchado y que sus oraciones serán contestadas, uno debe *creer* que realmente está orando a un Dios que puede escuchar y contestar, un Dios que tiene interés en Sus hijos y en el bienestar de éstos. El primer registro que tenemos de alguien que haya orado al Señor, pertenece a Moisés y dice así:

"Y Adán y Eva, su esposa, invocaron el nombre del Señor; y oyeron que les hablaba la voz del Señor en dirección del Jardín de Edén. . . Y Adán y Eva, su esposa, no cesaron de invocar a Dios."

Muchos hombres grandes e influyentes han sabido orar siempre por la orientación divina. Aun nuestro país fue edificado sobre la oración. El Senador Strom Thurmond nos habló de esto el año pasado, cuando refirió que,

"El Convenio del 'Mayflower,' escrito en noviembre de 1620, comienza con una oración '*En nombre de Dios*', y continúa: 'Nosotros . . . habiéndonos embarcado para gloria de Dios, . . . solemne y mutuamente en la presencia de Dios y de cada uno de nosotros, convenimos y nos asociamos juntos en una agrupación civil y política'.

"Y así," dijo el Senador Thurmond, "nuestra nación fundóse sobre la oración. La figura arrodillada de George Washington en medio del crudo invierno de Valley Forge es una imagen de esta tierra que nunca debería olvidarse. . .

"La Convención Constitucional de junio de 1877 había estado realizándose por varias semanas sin

que se arribara a ningún acuerdo, cuando Benjamín Franklin se puso de pie y dirigiéndose a Washington, dijo:

'Señor Presidente: El ínfimo progreso que hemos hecho después de cuatro o cinco semanas de meticulosa atención y constante razonamiento entre todos . . . no es sino una triste muestra de la imperfección del entendimiento humano. . . Hemos vuelto los ojos a la historia antigua en procura de modelos de gobierno que ya no existen. Y hemos contemplado a los estados modernos . . . pero no encontramos constitución alguna que convenga a nuestras circunstancias. . . ¿Cómo es, señor, que hasta ahora no hayamos pensado humildemente una sola vez en recurrir al Padre de las Luces para que ilumine nuestro entendimiento? En los comienzos de nuestra contienda con la Gran Bretaña, cuando éramos sensibles al peligro, ofrecíamos nuestras oraciones diariamente en este cuarto en procura de la protección divina. Nuestras oraciones, señor, fueron escuchadas; y han sido generosamente concedidas. . . Por tanto, propongo que, de ahora en adelante, cada mañana se eleve una oración en esta asamblea, antes de proceder a su desarrollo, implorando la asistencia de los cielos."

Y así se hizo. En la actualidad disfrutamos de sus realizaciones basadas en la oración. En nuestro país la oración jamás ha pasado de moda. Lincoln, quien constantemente oraba en procura de la guía del Señor, dijo:

"Es el deber de hombres y naciones reconocer su dependencia del insuperable poder de Dios, confesar sus pecados y transgresiones con humildad . . . y aceptar la sublime verdad de que sólo las naciones cuyo Dios es el Señor serán bendecidas."

Quisiera apoyar el Senador Thurmond en su exhortación a nuestro pueblo para que ore más, que cada uno examine la herencia religiosa del país y que se compruebe el beneficio de buscar las bendiciones de Dios. "Si sólo analizaran la historia de nuestro país," agregó el Senador de referencia, "todos podrían reconocer que la oración y la comunión con Dios es el fundamento mismo de nuestra sociedad. Si permitimos que ahora se la descarte, estaremos despreciando una de las más grandes garantías que esta nación o cualquier otra nación haya conocido jamás."

Desde Adán hasta nuestros días, todos los Profetas han orado incesantemente por la guía del Señor. Aun el Salvador oró constantemente a Dios, el Padre Eterno. Concerniente a ello, leemos lo siguiente:

"En aquellos días El fue al monte a orar, y pasó la noche orando a Dios."

El Señor nos ha amonestado, indicándonos que debemos orar, y por medio del profeta Santiago nos ha dado esta promesa:

"Si alguno de vosotros tiene falta de sabiduría, pídala a Dios, el cual da a todos abundantemente y sin reproche, y le será dada. Pero pida con fe, no dudando nada; porque el que duda es semejante a la onda del mar, que es arrastrada por el viento y echada de una parte a otra."

Esta promesa es dada a cada uno de nosotros—los prominentes y los subalternos, los ricos y los pobres. Es universal, sin restricciones para vosotros, para mí y para nuestros semejantes. Nos recuerda que debemos creer y tener fe en Dios. Es menester que sepamos que el Señor está preparado para ayudar a sus hijos, siempre que éstos estén en comunión con El mediante la oración y cumplan sus mandamientos.

El Señor nos ha advertido que debemos ser humildes, y no como muchos hombres que, como lo refiere un antiguo Profeta,

"*. . . se han ensalzado en su propio orgullo, y han tropezado a causa de lo grande de su tropezadero . . ; sin embargo, menosprecian el poder y los milagros de Dios, y se predican su propia sabiduría y su propio saber.*"

Y tal como aquel gran estudiante que fue el presidente J. Reuben Clark dijo:

"*Si han de conocer a Dios y ser guiados por El, los hombres deberán arrancar de su propio corazón el orgullo de su saber y sus éxitos. ¿Y por qué no? Pues comparado con la plenitud de la verdad del universo, el conocimiento del más sabio es sólo una gota de agua en el océano. El hombre debe aceptar humildemente a Jesús el Cristo, porque 'no hay otro nombre dado a los hombres en que podamos ser salvos'.*"

Debemos estar preparados para reconocer a Dios como el Creador del mundo, y que por medio de su Hijo, Jesucristo, y sus profetas, nos ha dado, en lenguaje simple, conocimiento en cuanto a la relación entre El y los hombres, información referente a nuestra existencia pre-mortal, el propósito de nuestra misión aquí en la tierra, y sobre el hecho de que nuestra existencia post-mortal, después de esta vida, es real, y que lo que hagamos aquí determinará lo que seremos en la vida venidera.

No debemos dejarnos confundir por las doctrinas de los hombres. Ningún estudio científico o filosófico ha podido contestar jamás la pregunta: "¿Qué es el hombre y por qué está aquí?" Pero ésta es simple y claramente dilucidada por el Evangelio de Jesucristo, y además se nos ha dicho:

"*Si alguno tiene falta de sabiduría, pídala a Dios.*"

No seamos como aquellos a quienes el Señor se refirió al decir:

"*. . . Bien profetizó de vosotros Isaías, cuando dijo: Este pueblo de labios me honra; mas su corazón está lejos de mí. Pues en vano me honran, enseñando como doctrinas, mandamientos de hombres.*"

Todos deberíamos estar preparados para decir fielmente, como Pablo dijo a los romanos:

"*No me avergüenzo del evangelio, porque es poder de Dios para salvación de todo aquel que cree. . .*"

Es difícil comprender cómo hay personas que no pueden creer o les resulta difícil creer que Dios puede escuchar y contestar nuestras oraciones, y sin embargo creen que los astronautas pueden abando-

nar la tierra y viajar por el espacio a miles de kilómetros por hora, sin dejar de ser dirigidos desde su base; y que pueden mantenerse en contacto con su base de operaciones, recibir instrucciones, ser orientados en sus actividades y finalmente ser traídos de vuelta, salvos, a la tierra.

¿Como podemos dudar del poder de Dios para escuchar y contestar nuestras oraciones, y guiarnos en todas las cosas si sólo nos mantenemos en contacto con El, y al mismo tiempo no desconfiar que el "Surveyor 3", un instrumento mecánico, puede ser enviado a la luna y desde aquí controlado por simples hombres? Dicho aparato cumplió cada instrucción al ordenársele que excavara, que dejara de excavar, que enviara un informe, que emitiera fotografías, que excavara nuevamente y que obedeciera toda indicación. Y mientras se mantuvo en contacto, pudo ser dirigido.

Nosotros somos como austronautas, o como el "Surveyor", enviados por Dios a la tierra para cumplir una misión. El quiere que tengamos éxito. El está siempre listo para contestar nuestras oraciones y nos ha asegurado un aterrizaje feliz cuando retornemos, si sólo nos mantenemos en contacto con El mediante la oración y hacemos lo que nos manda.

Al orar, sin embargo, ¿estamos dispuestos a pedirle al Señor que nos bendiga para que, al recibir sus órdenes, las aceptemos y le sirvamos? ¿Estamos, asimismo, dispuestos a pedirle que nos perdone, así como nosotros perdonamos a nuestro prójimo? Porque el Señor ha dicho:

". . . *Si perdonáis a los hombres sus ofensas, vuestro Padre Celestial os perdonará también; mas si no perdonáis a los hombres sus ofensas, vuestro Padre tampoco os perdonará vuestras ofensas.*"

Al orar, ¿ordenamos al Señor, diciéndole: "Bendice esto; bendice aquello; danos esto; danos aquello; haz aquello"? ¿O le imploramos que nos guíe en hacer lo que es justo, o nos bendiga con las cosas que serán para nuestro bien? Orad por el deseo y la fortaleza y la determinación para hacer la voluntad de nuestro Padre Celestial, y estad siempre dispuestos a hacer lo que os manda.

El hombre ora por varias razones diferentes. Muchos caen sobre sus rodillas por temor, y sólo entonces oran. Otros se allegan al Señor cuando tienen necesidad de una orientación inmediata y no tienen a nadie más a quien recurrir. Los pueblos reciben la exhortación de sus gobiernos para orar por la protección y orientación divinas cuando se producen tragedias de carácter nacional, sequías, plagas, hambre o guerra. La gente ora al Señor para que bendiga a sus familiares, a sus seres amados y a sí misma con sincero empeño. Todo esto, estoy seguro, es bueno a la vista del Señor.

Es de enorme importancia, sin embargo, que también dediquemos tiempo a expresar nuestra gratitud hacia nuestro Padre Celestial por las numerosas bendiciones que recibimos.

Me pregunto si a veces no somos culpables de no expresar nuestra gratitud al Señor, tal como los leprosos de la historia de Jesús, después que fueron sanados. Todos recordamos el relato de los diez leprosos que clamaron:

"Ten misericordia de nosotros . . .

"Entonces uno de ellos, viendo que había sido sanado, volvió, glorificando a Dios a gran voz, y se postró rostro en tierra a sus pies, dándole gracias; y éste era samaritano.

"Respondiendo, Jesús dijo: ¿No son diez los que fueron limpiados? Y los nueve, ¿dónde están? ¿No hubo quién volviese y diese gloria a Dios, sino este extranjero?"

Estoy seguro de que el Señor espera que le expresemos nuestra gratitud.

Cuando oremos, es importante que estemos dispuestos a hacer todo lo que esté a nuestro alcance para posibilitar que el Señor conteste nuestras oraciones. Tal como mi padre me dijo cuando era niño: "Hijo mío, si quieres que tus oraciones sean contestadas, debes ponerte de pie y hacer tu parte."

Con frecuencia pienso cuánto más eficaz sería si, cada vez que el Presidente de nuestra nación nos llame a dedicar un día a la oración, todos estuviéramos en ese momento viviendo vidas honradas, y preparados para reconocer a Dios como nuestro Creador, y guardáramos sus mandamientos. Parece que muchos han perdido completamente su fe en Dios y que otros dudan que pueda contestar nuestras oraciones. Otros tienen fe y confianza en su propia sabiduría y en su propia fuerza y poder.

"Con frecuencia me pregunto si realmente reconocemos el poder que tiene la oración", amonestó el presidente Tanner, Segundo Consejero de la Primera Presidencia.

También están los que Juan identifica como "gobernantes", diciendo:

"Con todo eso, aun de los gobernantes, muchos creyeron en él; pero a causa de los fariseos no los confesaban, para no ser expulsados de la sinagoga.

"Porque amaban más la gloria de los hombres que la gloria de Dios."

Escuchemos la amonestación del Señor, cuando dijo refiriéndose al Continente Americano:

"He aquí, éste es un país escogido, y la nación que lo posea, se verá libre de la esclavitud, del cautiverio y de todas las otras naciones debajo del cielo, si tan sólo sirve al Dios del país, que es Jesucristo."

Junto a esta amonestación del Señor, tenemos esta promesa:

". . . Buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas."

Debemos tener el valor y la determinación para poder decir, como Josué:

". . . Escogeos hoy a quién sirváis; . . . pero yo y mi casa serviremos a Jehová. . ."

También el Señor ha dado instrucción a los padres para que enseñen a sus hijos a tener fe en Cristo, el Hijo del Dios viviente, y a orar y andar rectamente delante del Señor. No hay duda de que a nuestros hijos, si les enseñamos a orar al Dios viviente, en quien tenemos fe, les será más fácil andar rectamente delante del Señor.

Al recordar cuando acostumbrábamos, con mi familia, arrodillarnos cada mañana y cada anochecer para orar, me doy cuenta de lo que significaba para nosotros, los niños, escuchar a nuestro padre invocar al Señor y prácticamente conversar con El, expresándole su gratitud e implorando sus bendiciones sobre la cosecha, el ganado y todas nuestras actividades. Siempre nos era más fácil resistir las tentaciones al recordar que esa noche habíamos de dar cuentas al Señor de todo.

La oración familiar en todo hogar acercará aún más a la familia y redundará en una relación más íntima entre el padre y la madre, los padres y los hijos, y entre uno y otro hijo. Al orar por ellos, los hijos apreciarán más a los padres, y al orar unos por otros se sentirán más unidos, especialmente al comprender la magnitud de estar dirigiéndose de rodillas a su Padre Celestial, en familia o en la intimidad de su alcoba. Es entonces cuando olvidamos nuestras diferencias, pensamos en lo mejor de los demás, y oramos por su bienestar y por la fortaleza para dominar nuestras debilidades. No hay duda que somos mejores personas cuando tratamos de estar en comunión con el espíritu de nuestro Padre Celestial para comunicarnos con El y expresarle nuestro deseo de hacer su voluntad, al suplicar sus bendiciones.

El Señor nos ha exhortado, diciendo:

"Ora siempre, no sea que entres en tentación y pierdas tu galardón. Sé fiel hasta el fin, y he aquí, estaré contigo. . ."

Entonces agrega:

"Estas palabras no son de hombre ni de hombres, sino son mías, aun de Jesucristo, tu Redentor, por la voluntad del Padre."

El Señor ha dicho también:

"La oración eficaz del justo puede mucho."

Con frecuencia me he preguntado, y he tratado de contestar la pregunta: "¿Por qué hay gente que se rehusa a orar? ¿Es que piensan que no tienen tiempo?"

Recuerdo que una vez cierto padre vino a mí con respecto a su hijo mayor, con quien estaba teniendo algunos problemas. Su hijo era un joven bueno, pero se estaba rebelando un poco. Pregunté entonces al padre si tenían oraciones familiares con regularidad en su hogar. Su respuesta fue: "Bueno, no, sino a veces. Usted sabe, estamos tan ocupados y cada uno va a trabajar en horas diferentes. Por lo tanto, es muy difícil para nosotros reunirnos para la oración familiar."

Yo le pregunté: "Si usted supiera que su hijo está enfermo gravemente, ¿no sería capaz de reunir a la familia cada noche y cada mañana, durante una semana, para orar a fin de que pudiera ser sanado?"—Y él dijo: "Claro, por supuesto."

Entonces traté de explicarle que hay otras maneras, aparte de una enfermedad grave, de perder un hijo. También le dije que las familias que oran juntas generalmente se conservan juntas, y que sus ideales son mayores, se sienten más seguras y experimentan un amor más grande entre sí.

Otra pregunta: ¿Se siente esta gente muy independiente, muy inteligente, y piensan que todo lo pueden hacer solos? ¿O tienen vergüenza de acudir a Dios? ¿Creen que eso es una muestra de debilidad? ¿O no creen o no tienen fe en Dios? Quizás no valoren sus numerosas bendiciones. ¿O no se creen dignos?

Si uno no se siente digno, debe reconocer sus debilidades, expresar su remordimiento, arrepentirse, convenir en hacer lo bueno y pedir la guía necesaria.

¿Es quizás que algunos no saben cómo orar? Si esto es así, os sugeriría que acudáis a vuestro Padre Celestial secretamente. Confesaos sinceramente con El. Orad regularmente, a fin de que podáis sentiros cómodos al comunicaros con El. Todo lo que uno precisa hacer es expresar sus sentimientos, y el Señor lo comprenderá. El nos ha invitado a que recurramos a El regularmente, y nos ha prometido que escuchará nuestra suplicación. El antiguo profeta Moroni, refiriéndose al Libro de Mormón, dijo:

"Y cuando recibáis estas cosas, quisiera exhortaros a que preguntaseis a Dios el Eterno Padre, en el nombre de Cristo, si no son verdaderas estas cosas; y si pedís con un corazón sincero, con verdadera intención, teniendo fe en Cristo, El os manifestará la verdad de ellas por el poder del Espíritu Santo."

Esta promesa es válida para todos nosotros, si sólo nos arrepentimos y acudimos al Señor sabiendo que nos escuchará y contestará nuestra oraciones. Debemos reconocer que somos hijos de Dios, y que El tiene hoy tanto interés en nosotros como jamás antes: El contesta aún la oración de los justos y de los que le buscan diligentemente.

Este es mi testimonio. Ruego que todos tengamos la humildad y la disposición para buscar al Señor mediante la oración, y entonces andar rectamente delante de El, a fin de que podamos ser guiados hacia la inmortalidad y la vida eterna; y lo hago humildemente en el nombre de Jesucristo.

Una canción para Navidad

por Reed Blake

CUANDO se le pidió a John M. Macfarlane que vendiera su casa y propiedad, para trasladarse a Cotton Mission, en St. George en la primavera de 1868, sintió que era más que un simple llamamiento de dirigir uno de los mejores coros del territorio. Para él había en este llamamiento una obra misional especial, un destino, del cual no sabía su alcance.

El coro de la misión había sido organizado dos años antes, cuando el presidente Brigham Young llamó al prefesor Charles J. Thomas, director de la orquesta del Teatro de Salt Lake City y del Coro del Tabernáculo, para que fuera a St. George a "enseñar los correctos principios del canto y entrenar a los talentos locales para que sigan en esta dirección." Ahora que el profesor Thomas se iba, Macfarlane, que había ganado aclamaciones como director del Coro de Cedar City, tomaba su lugar como director del Coro de St. George.

John Macfarlane, quien era abogado, profesor de escuela, y agrimensor así como también músico, llevó a cabo muchas cosas en su nueva posición en pocos meses. Reorganizó el coro, introduciendo un solista en el mismo, organizó la Sociedad Armónica de St. George y tuvo en Charles L. Walker, el poeta de la ciudad, un amigo eterno.

Walker y Macfarlane colaboraron en muchas canciones, entre ellas una que fue escrita para los niños de la Escuela Dominical, "Niños, Dios os Ama", Macfarlane compuso la música y Walker escribió la letra. Cuando trabajaban juntos en una composición era generalmente para conmemorar una ocasión especial—la dedicación de un edificio, la visita de una autoridad general, la celebración de una fiesta en la plaza de la ciudad.

Y así fue como comenzó esta "misión especial" por la cual John M. Macfarlane sintió que había sido llamado a St. George.

En el otoño se les había pedido que escribieran una canción para el próximo programa de la Navidad. Walker terminó la letra para la canción y ahora Macfarlane estaba tratando de adaptar la música. Una noche se fue a la cama desilusionado; había dedicado todo el día para escribir la canción de Navidad, pero su esfuerzo había sido en vano. Cuántas veces se había puesto de rodillas para orar con el mismo fin. Ahora mientras miraba el obscuro techo se preguntaba porqué no era capaz de escribir la música que tanto deseaba componer.

Sin embargo, quizá por muchas semanas había tratado de formar en su mente la canción que esa noche debería finalmente escribir. De ese intenso y consciente esfuerzo, probablemente había depositado en su subconciente la construcción del himno, los elementos que formaban la canción que deseaba escribir.

Al comenzar la pesadez del primer sueño, empezó a soñar, y repentinamente oyó la canción. En su subconciente comenzaron a formarse acordes musicales y venir en un estado consciente.

Marfarlane se levantó rápidamente.

—¿Por qué te levantas a esta hora?—le preguntó su esposa Ana.

—Ya tengo la canción—respondió—tengo la canción y debo escribirla.

—Podrías hacer lo mismo en la mañana—le contestó.

—Debo hacerlo ahora.

Obedientemente, Ana se levantó y siguió a su esposo a la sala. La casa estaba fría, y mientras Ana conseguía sus materiales para escribir, él revivía el fuego, tarareando la canción y mientras así lo hacía, la melodía y las palabras cruzaban su mente. Entonces comenzó el trabajo.

Era un espectáculo extraño. La corpulenta figura del compositor estaba encorvada sobre el órgano, vestido en su camisa de noche y gorra de media, sus tobillos expuestos, sus movimientos ora violentos y apurados, ora lentos y pensativos. Y cerca de él, estaba su esposa confusa sosteniendo sobre sus hombros una vela, vestida con ropa de dormir de franela, cambiando la vela de una mano a la otra, y sosteniendo con la mano libre el codo del otro brazo.

Prontamente Macfarlane escribió la línea melódica y entonces añadió la lírica que lo había despertado de su sueño. Lo que estaba tomando vida era una pieza tan nueva, tan dramática, que una emoción fluía fuertemente de él, y perdió contacto con el mundo a su alrededor.

Afuera los esporádicos graznidos, los extendidos acordes que venían de la casa, cayeron en la ciudad envuelta en una noche invernal. Un gallo cantó perturbado prematuramente, para luego callarse. Una

brisa fría pasó entre los árboles para desaparecer por sí sola. En el frío de la mañana el cuarto fue enfriándose cada vez más, el fuego había muerto, pasando a ser un montón de cenizas. Pero el compositor no tomó tiempo para revivirlo.

Ahora estaba trabajando en las partes, y el ritmo era más lento. Con una mano tocaba el teclado, mientras con la otra escribía. De tiempo en tiempo se inclinaba y miraba a su esposa; Ana le sonreía y lo alentaba. A la conclusión de un pasaje, ella le palmeaba un hombro o apretaba su brazo, manifestándole su aprobación, orgullo y aliento. Las horas pasaban.

Finalmente, se levantó, estiró y fue a la ventana. Al este el sol se encontraba en las orillas de las rocas de rosa, oro y bronce; en el valle, el Río Virgen recogía los dardos de luz, brillando como listones de plata en sus pesados movimientos hacia el sur.

Macfarlane regresó al órgano y se acomodó en su banquillo. Indeciso al principio, luego intrépidamente tocó los acordes. Repentinamente el cuarto tomó vida. Su esposa cantó la melodía y el compositor la fuerte melodía del bajo. Juntos cantaron la composición una, dos, y tres veces. Al final Ana estaba llorando. En su gozo Macfarlane tenía temor: la canción ya no contenía ninguna evidencia de las palabras de Charles Walker. Sin embargo era el escrito del poeta que había orientado la canción y por esta contribución él adjudicó el nombre de Walker en el manuscrito.

Charles Walker estaba feliz con la nueva canción. Reconoció su atractivo y pensó en la popularidad que un día podría tener. Sin embargo él no demandaría nada de su origen. Era una canción de Macfarlane, palabras, música, y todo el crédito debía tenerlo él.

Cuando el coro de St. George entonó la canción por primera vez, tuvo una ardiente recepción. En las semanas siguientes la gente la cantó en sus casas, con los villancicos, en sus variadas reuniones. En la siguiente Navidad, santos de todas partes de la Iglesia cantaban el himno de Macfarlane.

Del territorio de Utah, la canción se esparció en toda la nación, en Albania y Atlanta, Lafayette y Lincoln la gente cantó:

"En la Judea en tierra de Dios,
fieles pastores oyeron la voz."

A través de los mares el mundo la oyó. En Bruselas, Bordeaux, Liverpool y Lausana los acordes continuaron:

"¡Gloria a Dios, Gloria a Dios!
¡Gloria a Dios en lo alto!
¡Paz y buena voluntad!
¡Paz y buena voluntad!"

Y así el mensaje de John M. Macfarlane se repite cada año, declarando al mundo el gran mensaje de la Navidad, como en estas palabras del segundo verso:

"Dulces los cánticos de su amor,
Dulce mensaje de paz y loor:"

Y de la tercera estrofa:

"Ya con los ángeles santos de Dios,
Siempre cantemos con alma y voz."

Entonces la canción concluye con una llamada mundial de hermandad:

"Tiempo vendrá que en todo lugar,
Hombres vendrán en unión a cantar:
¡Gloria a Dios, Gloria a Dios!
Gloria a Dios en lo alto,
¡Paz y buena voluntad!
¡Paz y buena voluntad!"

No inmediatamente, sino gradualmente él se dio cuenta que un mormón había dado al mundo uno de sus himnos universales de Navidad, John M. Macfarlane declaró que el punto culminante de su llamamiento especial, como el de Judea, ya se había cumplido.

La Página de la Escuela Dominical

Un cocodrilo no va a la Escuela Dominical

FRANCISCO tenía tres años de edad.

—Cuando tengas tres años podrás ir a la Escuela Dominical—le había dicho su madre. Se acordó porque hoy era su tercer cumpleaños.

—Quiero ir a la Escuela Dominical—dijo Francisco, y se puso las medias nuevas y zapatos relucientes.

—La Escuela Dominical es mañana—le dijo su madre—hoy es sábado. Vamos al zoológico para ver los animales.

—¿Van los animales del zoológico a la Escuela Dominical?—preguntó.

Su madre se rió y dijo:—No, los animales no sabrían como comportarse en la Escuela Dominical.

La puerta del zoológico se veía tan alta como el cielo, en ambos lados de la misma hay un puma agachado hecho de cemento. Francisco corrió rápidamente hacia adentro, donde no podían verlo. Entonces oyó un fuerte rugido, tan fuerte como un trueno con la almohada puesta sobre la cabeza. Francisco tomó la mano de su madre y se dirigieron hacia el lugar de donde provenía el sonido. Un león de color miel, se paseaba de un lado a otro en su jaula. Con cada paso abría la boca y dejaba salir un terrible rugido.

—Yo sé porque un león no va a la Escuela Dominical—dijo Francisco—Hace mucho ruido.

Los rugidos del león pararon los chillidos de los monos, y Francisco corrió para verlos mecerse y treparse en las barras. Un mono perseguía a otro muchas veces en derredor. Un pequeño mono castaño, con ojos serios, se dió vuelta patas arriba sobre las barras y miró a Francisco por en medio de sus patas.

—Tú no puedes ir a la Escuela Dominical—le dijo Francisco—porque no sabes como mantenerte quieto.

El burro era suave y castaño y tenía la nariz mojada y caliente—Parece un caballo a excepción de las orepas. Pero cuando el burro abrió la boca: —¡Rebuznó y rebuznó!—Francisco lo regañó—Tú no puedes reírte tan alto en la Escuela Dominical—le dijo.

El buey estaba detrás de dos cercas de alambre fuerte, pero cuando vió a Francisco, corrió hacia él y trató de empujarlo con sus afilados cuernos. —Tú tienes que aprender a dejar de empujar a la gente —le dijo—o no vas a escuchar las historias. Pero el buey sólo movió sus puntiagudos cuernos.

Cuando Francisco se acercó a la jaula del hipopótamo, vio comida por todo el suelo. Al hipopótamo no parecía importarle. Estaba durmiendo debajo del agua mostrando sólo la nariz. Había algunas lechugas a un lado de la jaula y al otro lado había naranjas. El heno estaba esparcido en el suelo, y las zanahorias flotaban en el agua golpeando casi al hipopótamo en su soñolienta nariz.

—Nosotros no tiramos comida o cosas al suelo en la Iglesia—dijo Francisco—Cuidamos de nuestros edificios. El hipopótamo bostezó, abrió su enorme boca, se tragó una zanahoria, y se fue a dormir.

El cocodrilo estaba profundamente dormido en su jaula. Francisco lo llamó—¡Eh cocodrilo! Pero el animal no pestañeó ni movió su cola. El encargado del zoológico le tiró comida, y Francisco lo llamó fuertemente—¡Eh cocodrilo! El cocodrilo permaneció dormido. Parecía un animal grande de plástico para jugar en el baño—Si este viejo cocodrilo no escucha, nunca oirá las canciones e historias.

Francisco vió a todos los animales del zoológico, pero pensó que ninguno sabría la manera de comportarse en la Escuela Dominical. El elefante era el último animal que vieron. Francisco esperó hasta el final para verlo porque era su favorito. Su madre le había dicho que un elefante podía recordar por

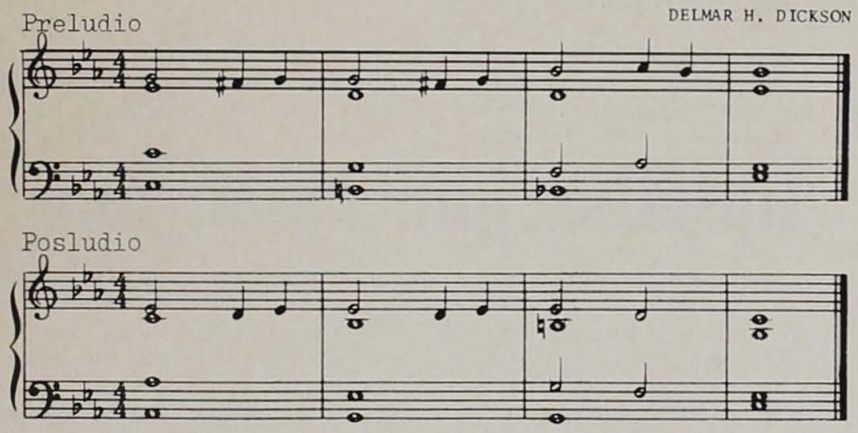
años y años. Observó caminar alrededor al inmenso elefante gris. Cuando el elefante lo vió, se reclinó al lado de su jaula y puso la trompa a su alcance.

—¡Se acuerda de mí!—Francisco se rió y le dió las migajas de pan que tenía en su bolsa.

—Y yo recordaré como comportarme en la Escuela Dominical. Voy a acordarme de no hacer ruido como el león, ni moverme como los monos, ni reírme tan fuerte como el burro, ni empujar a otros como el buey. No seré tan desordenado como el hipopótamo, y tendré especial cuidado en escuchar las historias. No me iré a dormir como el cocodrilo.

Y cuando Francisco fue a la Escuela Dominical al día siguiente lo recordó.

MUSICA PARA ACOMPAÑAR LA JOYA SACRAMENTAL



JOYA SACRAMENTAL

para el mes de febrero

Escuela Dominical

Jesús dijo: "El que quiera hacer la voluntad de Dios, conocerá si la doctrina es de Dios, o si yo hablo por mi cuenta." *Juan* 7:17.

Escuela Dominical de Menores

Jesús dijo: "Este es mi mandamiento: Que os améis unos a otros, como yo os he amado." —*Juan* 15:12.

JUVENTUD DE LA PROMESA

Aquellos que aman más

por Sue Smart

UNO está fuera del hogar. Conoce a un extraño y durante la conversación él se entera de que uno es mormón. Está interesado pero es cínico. Escépticamente pregunta: "¿Cuál es el principio más importante en la Iglesia?" ¡Aquí está la oportunidad de oro que uno ha estado esperando, la oportunidad de convertir a alguien! Pero este hombre y sus preguntas confunden. Uno sabe los Artículos de Fe. Y ha aprendido las primeras lecciones para misioneros. Pero, ¿qué se le puede decir a este hombre que sólo quiere saber la cosa más importante de la Iglesia?

"Y el segundo es semejante: Amarás a tu prójimo por tentarle, diciendo: Maestro, ¿Cuál es el gran mandamiento en la ley?

"Jesús le dijo: Amarás el Señor tu Dios con todo tu corazón y con toda tu alma, y con toda tu mente.

"Este es el primero y grande mandamiento.

"Y el segundo es semejante: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. De estos dos mandamientos depende toda ley y los profetas." (*Mateo* 22:35-40.)

¡Amor! Este fue el primer principio en la Iglesia de Jesucristo cuando El estuvo en la tierra, y el primer principio en su Iglesia cuando fue restaurada por medio de José Smith. Tenemos tanto, nosotros los mormones, que nos preocupamos con las diferentes facetas de nuestra religión, y perdemos de vista las metas y propósitos principales. Sobre todo, nuestra religión es una religión de amor. "Este es mi mandamiento. Que os améis unos a otros, como yo os he amado." (*Juan* 15:12.)

Toda la vida Cristo fue una lección de amor, servicio, y compasión. El, entonces, es nuestro Salvador, el que nos enseñó que el amor es una manera de vivir. Yo creo que podría basar todo mi testimonio en esto, porque aun en mi corta vida, he encontrado que lo más verdadero y las cosas de mayor recompensa han sucedido por causa del amor.

Pero aunque el amor es una cosa tan hermosa, no es un principio fácil de practicar. William Penn dijo una vez: "El amor es la lección más grande de la cristiandad; por esta razón nuestro cuidado máximo debería ser el aprender a amar." ¿Por qué, si el amor es una cosa tan hermosa, es tan difícil de aprender y practicar?

Una razón es porque la mayoría se olvida del amor en un sentido práctico. Piensan del amor como

una cosa abstracta, de la que se pueden dar discursos muy bonitos, pero cuando es necesario, no es un modo práctico y factible de hacer frente a la vida en nuestro mundo de inquietud y tensión.

Cristo edificó el mejor caso de amor. Aquí estaba uno, que más que cualquier otro, tenía un profundo amor por toda la humanidad. Multitud de gente lo rodeaba y lo seguía dondequiera que iba. Algunas veces creo que mucha gente no entendía lo que Jesús decía pero lo seguían por puro amor.

Hay otras evidencias de la fuerza del amor. "Psycho-Cybernetics" es un libro que trata del desarrollo de la personalidad. El autor Dr. Maxwell Maltz, describe el amor y la caridad como los elementos extremadamente esenciales del éxito. Este hombre no está predicando una religión, al contrario nos muestra el valor del amor en la psicología.

El filósofo Eric Fromm, describe el amor como el único medio eficaz que tienen los hombres para hacer desaparecer la innata soledad de la experiencia humana. El no está hablando de religión sino desde el punto de vista filosófico.

Si no podemos admitir el amor como una fuerza práctica que pueda utilizarse en nuestras vidas, el siguiente paso es vencer el miedo que nos impide amar.

Tal como el miedo impide a las naciones confiar y cooperar una con otra, el miedo puede impedirnos dar y compartir nuestro amor.

Estamos espantados por los que nos rodean, tenemos miedo de ser heridos. Como el miedo que impulsa a las naciones a emprender guerra una con otra, el miedo también nos empuja a nosotros a hacer guerra con los que están a nuestro alrededor y a destruir el amor.

Cada uno de nosotros tiene su propio mecanismo defensivo. Para evitar ser heridos desarrollamos un sistema de defensa. Estas barreras que levantamos pueden protegernos de ser heridos, pero ellas también nos impiden dar y recibir amor.

Actos de sospecha sirven como un sistema de radar en nuestra guerra en contra del amor, nos dicen que neguemos el amor a aquellos que quizá no puedan devolverlo. Eso suena muy bien, pero Jesús dijo: "Oísteis que fue dicho: Amarás a tu prójimo, y aborrecerás a tu enemigo. Pero yo os digo: Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen, haced bien a los que os aborrecen, y orad por los que os ultrajan y os persiguen." (*Mateo* 5:43-44.)

"Porque si amáis a los que os aman, ¿qué mérito tenéis? Porque también los pecadores aman a los que los aman." (*Lucas* 6:32.)

"A cualquiera que te pida, dale. . ." (*Lucas* 6:30) Podemos ver que no hay lugar para sospechas en el corazón de los seguidores de Cristo; él no puso estipulación en el amor.

La negligencia y la complacencia edifican barreras a nuestro alrededor que nos impiden amar. Casi todos somos culpables de cierto grado de negligencia. Quizá no aprovechamos la oportunidad de ayudar a otros. Tal vez, podríamos haber ayudado a alguien a resolver sus problemas y ofrecido algún aliento. Sin embargo, si dejamos que esta negligencia se torne en hábito, nos negamos la oportunidad de amar.

Los sentimientos de lástima e inferioridad propia, edifican una cantidad enorme de armas que espantan el amor. La inferioridad es un sentimiento común, pero a menudo convierte el amor en imposible. Una de las personas que conozco tiene un sentimiento distinto de inferioridad. A menudo siente que no vale nada. Esta actitud le impide aceptar amor, porque no lo reconoce o porque duda de su sinceridad. De la misma manera, no puede amar porque siente que será de poco valor.

Esto es muy triste, porque este muchacho podría tener una gran capacidad para amar, si echara por tierra las barreras de inferioridad.

El orgullo declara nuestras guerras. ¿Cuántas veces no hemos sido amigables con aquellos que sentimos inferiores a nosotros simplemente porque nos da miedo poner en peligro nuestra posición social? El orgullo le dice a todos los que están a nuestro alrededor, que más nos preocupamos de nosotros mismos y de los frutos ilusorios del orgullo, que del amor. Dice que no necesitamos amor y que no nos arriesguemos a darlo.

Al guardar rencores, emprendemos una guerra fría—guerras que no podemos resolver porque no estamos dispuestos a olvidar o transigir.

Malos genios lanzan el ataque. Invaden los corazones de los mejores amigos y destruyen el amor que pudo haberse compartido.

Algunas personas usan las armas de la ofensa para destruir el amor. Bombardean el amor con una ofensa como ésta: "No seré de tu agrado por lo que soy, así que seré algo ofensivo; quizá entonces te des cuenta de mí." Realmente esta gente recibe mucha atención, pero no pueden dar o recibir amor, porque no están dispuestos a ser honestos con ellos mismos, o a admitir realmente quienes son.

Así que aquí está el problema: Dejamos que nuestros temores locos inciten a emprender la guerra entre nosotros e impidan la aparición del amor. ¿No es tiempo de hacer un convenio de paz, y adoptar un plan de desarme? Sólo cuando se han quitado las barreras puede entrar el amor en nuestros corazones.

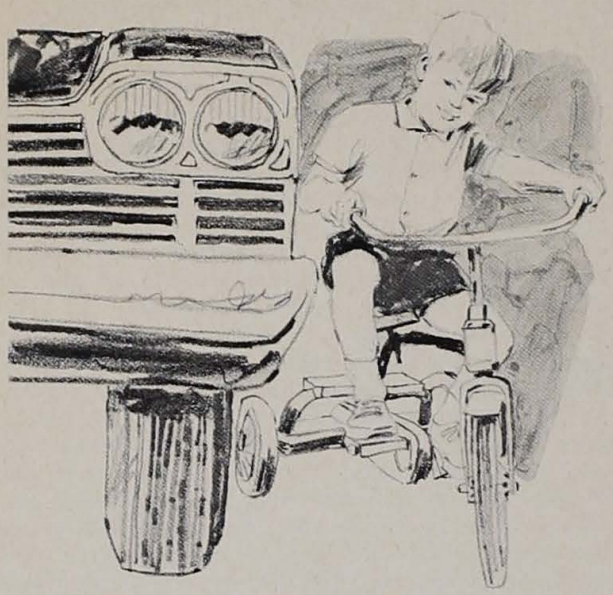
No siempre participaremos en campos iguales. Puede que estemos desarmados, mientras otros luchan con bombas atómicas, pero debemos tener valor, porque éste es el desafío de nuestra religión.

Una vez que estemos desarmados, podemos permitir que el amor entre en nuestros corazones. Sin embargo hay más cristiandad que esto. No sólo debemos admitir el amor en nuestros corazones, sino dar abiertamente e irradiar amor. Debemos amar a la gente que está a nuestro alrededor; amar a los que no conocemos; amar a nuestros enemigos. Este amor debe llegar a ser una total forma de vida; debe dirigirnos en todas las cosas. Debe estimular-

(*sigue en la página* 375)

Omie

por Lowell M. Durham, Jr.



—YO tengo la *halidad* de un hombre—Insistió Omie.

Se paró cuadrándose delante de mí, con la nariz en dirección al cielo y las manos en sus pequeñas caderas. Había tratado de explicarle sin ningún éxito, porqué un hermano de cuatro años no podría ayudarme debajo del auto. Sus pantalones estaban desteñidos, pero limpios y yo sabía que mamá nos quitaría hasta la piel si les cayera grasa.

Omie trajinó alrededor del auto, levantó una llave inglesa y comenzó a golpear la tapa de la rueda, al principio suavemente, pero aumentando el ruido y velocidad con cada golpe. En un momento fugaz de cólera, tomé la llave de su puño y apreté su mano. Inmediatamente comenzó a lloriquear y a caminar tristemente alrededor del auto. Reapareció al minuto chupándose el dedo índice derecho mientras que con la mano izquierda tiraba, disculpándose, del lóbulo de la oreja. Para Omie ésto era un anuncio de extrema fatiga o señal de que sus sentimientos estaban heridos.

Continué trabajando en el auto, haciendo lo posible por ignorarlo. Pude darme cuenta de que sus sentimientos heridos habían cesado muy pronto. Me miraba fríamente de reojo; entonces, rápidamente montó su triciclo y comenzó a dar vueltas alrededor de mis pies, tocándolos de vez en cuando con la rueda del triciclo, para finalmente pasar por encima de ellos. Todavía lo seguí ignorando.

Introdujo su cabecita rubia debajo del auto.

—Juguemos al aereoplano—chilló.

—Mejor no—le grité. Se detuvo y entonces dijo suavemente:

—Me gustan los perritos. ¿Y a ti?

Le respondí que sí de mala gana. En el momento tenía problemas para que me gustaran los hermanitos pequeños.

Omie me golpeó en el tobillo rápidamente, pero con firmeza, para desaparecer por unos treinta gozosos segundos. Entonces desde mi posición debajo del auto lo ví regresar. Sus ásperas botas de las que sobresalían la bocamanga del pantalón venían amenazadoramente hacia mí. Nuevamente su carita morena apareció debajo del auto.

—Mamá te llama—le dije.

Caminó como diez pasos, se agachó y comenzó a jugar canicas, levemente inclinado en el piso del garaje. Las dos primeras canicas me pasaron por la derecha. La tercera, sin lugar a dudas la más grande, me golpeó justamente en la cabeza.

Mi poca paciencia finalmente se había terminado. Salí de debajo del auto, golpeándome la cabeza. Lo tomé y le dí unos severos golpes en el lugar apropiado y luego lo senté en los escalones de atrás. Esto fue seguido por lágrimas y sollozos. Su desconsolado dedo índice estaba nuevamente en la boca y los dedos de su mano izquierda en el lóbulo de la oreja. Su carita morena, no era tan morena como yo pensé, una lágrima había hecho una huella más blanca en su mejilla.

—¿Qué hago ahora?—pensé—Los vaqueros no lloran—le dije.

Miró hacia el suelo, y se limpió un ojo con el antebrazo.

—¿Quieres crecer para ser un vaquero muy grande, verdad?—le pregunté.

—No—dijo quedamente. Esto era una sorpresa, porque cabalgar en el campo, había sido siempre lo primero para él.

—Bueno, ¿qué quieres ser entonces?—le pregunté.

Hizo una pausa, mirándome con sus ojos azules llenos de lágrimas. Entonces casi sin aliento dijo:

—Quiero ser como tú—Al decir esto se volvió y subió las escaleras.

Al momento sentí un frío y a la vez un sentimiento caluroso—caluroso porque un hermanito quería ser como yo, y frío porque había hecho tan poco para merecer esta devoción. Subí las escaleras, le dí a Omie un abrazo grande de hermano, y juntos bajamos para trabajar en nuestro auto.

AQUELLOS QUE AMAN MAS

(*viene de la página* 373)

nos a ser tolerantes con todos los hombres, a dar ayuda a cualquier hombre que la necesite, a compartir y a tener una compasión ilimitada. José Smith describió el amor como una fuente "hasta la consumación de nuestra carne."

Esto es lo que estamos buscando. Es más del 75 por ciento de asistencia a la Escuela Dominical. Es más que pagar un diezmo completo. Es el conseguir un estado de amor que irradie de nosotros y gobierne nuestra vida entera.

Piensen por un momento acerca de las cosas que aman. Tal vez piensan en su familia, o en los pocos amigos que realmente se preocupan por uno. ¡Piensen cómo les hace sentir este amor! ¡Ahora imagínense este amor en todos los aspectos de la vida! ¡Imagínense este sentimiento para toda la humanidad! Esta es la Cristiandad de Jesucristo.

El gran escolástico germano, Baron von Spanheim, dijo una vez: "No son los discípulos de Cristo los que saben más sino los que aman más."

Como Iglesia debemos mostrar al mundo que pertenecemos a la Iglesia de Jesucristo ¡porque amamos! Nuestro sistema misional es grandioso, pero si pudiéramos magnificar una Iglesia de miembros que realmente amaran, la gente clamaría por unirse a nuestras filas.

Obsequie

"Liahona"

en Navidad

Saludo Navideño

A mis amigos:

Mis sinceros saludos en esta Navidad.

Una vez más corazones, mentes y espíritus se unen en reverente amor y adoración por el nacimiento, vida y obra de nuestro Señor y Salvador Jesucristo. Otra vez más tratamos de comprender su divinidad, su nacimiento mortal, su vida, su misión, su sacrificio final y la resurrección, que nos trajo a cada uno de nosotros las preciosas bendiciones de nuestros destinos. Nuevamente queremos entender su regreso a su hogar eterno, tomando su lugar en la Trinidad.

Dios declaró que su obra y gloria eran: "Llevar a cabo la inmortalidad y la vida eterna del hombre" —un ser resucitado cada uno en la imagen de Dios mismo, con un progreso eterno delante de sí. Jesús declaró nuestro destino a la multitud en la montaña: "Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto."

Somos bendecidos con la enseñanza que Jesús le dio a Nicodemo: "Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna." Más tarde reprendió a los discípulos, quienes estaban enojados por que una villa samaritana se había negado a alojarlo. Los discípulos dijeron que si él quería que ellos mandaran caer fuego del cielo para que los consumiera a todos como hizo Elías, entonces volviéndose les dijo: "Vosotros no sabéis de qué espíritu sois; porque el Hijo del Hombre no ha venido para perder las almas de los hombres, sino para salvarlas."

Qué bendecidos somos por las palabras que le dijo a la mujer samaritana, una pecadora, a quién le declaró que el agua que él tenía para dar era agua viva para la vida eterna, y que cualquiera que bebiera de ella no tendría sed jamás.

El pan y agua que Cristo nuestro Señor da, son la comida espiritual que trae salvación y exaltación a toda alma humana.

Qué bendecidos somos por nuestra fe: 'Creemos que por la Expiación de Cristo todo el género humano puede salvarse, mediante la obediencia a las leyes y ordenanzas del evangelio" — toda la humanidad puede salvarse, aquellos que han vivido desde el principio, a través de nuestra obra por los muertos, los que ahora viven, y aquellos que nacerán en el futuro, mediante la promulgación del evangelio hasta que el plan de Dios se haya cumplido.

Cuán bendecidos somos de tener esta esperanza resplandeciente, que nunca obscurece y también este conocimiento eterno que nos pertenece, que nos alienta y nos anima en la vida para que podamos aumentar la obra y gloria declarada por Dios, ganando para nosotros, y para todos los creyentes y hacedores, el destino inapreciable de la inmortalidad y vida eterna.

Que Dios nos conceda el poder de vivir así, es mi oración.

J. Reuben Clark, hijo
Navidad de 1958

El 24 de septiembre de 1967 fue dedicada una nueva capilla en Managua, Nicaragua por el Presidente de la Misión Centroamericana Ted E. Brewerton. Asistió una gran concurrencia a la reunión de dedicación y todos pudieron gozar del Espíritu que allí reinó. La Iglesia está creciendo rápidamente en Centroamérica y la dedicación de esta nueva capilla es una prueba más de su progreso.

La fotografía muestra la nueva Presidencia de la Misión Andina, y son de izquierda a derecha: Carlos Rodríguez, 1er. Consejero, J. Avril Jesperson, Presidente y Charles N. Gordon, 2do. Consejero. Hace 5 años que el hermano Rodríguez es miembro, él y su esposa tienen cuatro hijas. El hermano Charles Gordon hace dos años que está en el Perú y es contador público.

El 17 de junio de 1967 se reunieron más de doscientos niños y adultos en el Barrio 4 para participar en la "Feria de los niños" organizada por la Primaria de la Estaca de Buenos Aires. Se prepararon varios puestos con regalos y sombreros de papel para los niños. En la fotografía de la izquierda vemos una muestra del programa que estuvo muy bien preparado y del que gozaron tanto los padres como los hijos. En la de la derecha se ve a la Presidencia de la Primaria de la Estaca y son de izquierda a derecha: Esther Principi, Consejera, Victorina de Abrea, Presidenta, el miembro del Sumo Consejo, asesor de la Primaria, hermano Ricardo González, Aileen Dahl, Consejera y Dina Alvarez, Secretaria.

Dentro o fuera de la Iglesia

(Tomado de *the Church News*)

EN una de las revelaciones al profeta José Smith, el Señor nos amonestó diciendo: "No juegues con las cosas sagradas." (Doc. y Con. 6:12.)

Esta amonestación tan oportuna fue dada a algunos de los primeros miembros de la Iglesia, quienes no comprendían completamente el significado de la restauración del Evangelio. Pero esa misma amonestación también se aplica a nosotros en la actualidad.

En especial no debemos jugar con el nombre sagrado y obra divina de Cristo, como se hace con hechos insinceros o hipócritas.

Muchos proclaman ser miembros de una u otra iglesia, pero admiten que no hacen nada al respecto. Uno puede decir: "Soy católico, pero no practico mi religión", otro puede decir "soy mormón pero no practico el mormonismo" y otro puede decir que es presbiteriano pero no pone en práctica las enseñanzas de su iglesia.

No se les ocurre pensar que si no son cristianos "prácticos", casi no son cristianos en absoluto. El Salvador enseñó que aquellos que no estaban con El, estaban en contra de El. Si no practicamos Sus enseñanzas, ¿cómo podemos decir que estamos "con" El?

¿Qué es, entonces, un cristiano? ¿No es acaso aquél que practica los preceptos del Señor en su vida diaria? ¿No es aquél que trata sinceramente de lograr las cualidades que lo harán semejante a Cristo en sus hábitos, actitudes y en sus relaciones con la humanidad?

Si una persona no practica el catolicismo, ¿es acaso un católico? Si no es un mormón práctico, ¿puede acaso decir que es un Santo de los Ultimos Días? ¿O un presbiteriano, si ignora sus propias creencias?

A menudo hablamos de la apostasía del evangelio. Aparece en varias formas, y no se encuentra solamente en aquellos que se apartan de una iglesia para unirse a otra, o aún entre los que se apartan del cristianismo para unirse a otra fe que no cree en Cristo.

Cada acto de desobediencia o rebeldía en contra de los preceptos del Señor es una muestra de apostasía. El resistir al Señor, es apostasía hasta cierto punto.

Cuando nos bautizamos, tomamos sobre nosotros el nombre de Cristo y hacemos un convenio de servirlo y guardar Sus mandamientos.

Cuando participamos del sacramento de la Cena del Señor, hacemos lo mismo, y cuando aceptamos una ordenación en el sacerdocio convenimos vivir Su palabra.

¿Podemos ser verdaderos cristianos si no guardamos nuestros convenios y no seguimos al Señor? ¿No es acaso nuestro fracaso en obedecer, una apostasía al punto de nuestra desobediencia? ¿Acaso no nos ponemos del lado del demonio cuando rehusamos obedecer al Señor, como lo ha expresado el presidente George Albert Smith?

El verdadero cristiano aprenderá la verdad sobre el Señor y Su Iglesia y gustosamente tomará Su yugo sobre sí. Nadie puede ser realmente un cristiano, a menos que conozca la verdad de Dios. Debemos tener una fe inteligente, pues nadie puede salvarse en la ignorancia. Dios no puede ser considerado incomprensible, pues de ser así ¿cómo podríamos adorarlo? Por tanto debemos aprender las verdades sobre Cristo y entonces adoptarlas. Ningún otro substituto nos servirá. El sólo tiene una Iglesia, una fe, un bautismo, y un plan de vida.

Aunque ya hemos encontrado la manera verdadera, si no cumplimos con los mandamientos, estamos poniendo en peligro nuestra salvación.

Uno puede estar DENTRO de la Iglesia pero no ser DE ella, al igual que puede estar en el mundo pero no ser del mundo.

Sólo el hecho de ser miembros de la Iglesia no nos salvará. Si uno está DENTRO de la Iglesia también debe ser DE ella al participar activamente en su programa.

Estamos jugando con cosas sagradas si profesamos devoción pero rechazamos nuestras responsabilidades, y, a menos que nos arrepintamos cosecharemos torbellinos.